

EL SECRETO
DE
LAS BRUJAS

JOSE M. ORTEGA MELERO

1ª Edición: Noviembre 2012
© Jose M. Ortega Melero 2012

ISBN: 978-84-616-1253-6
DL: GI-1614-2012

Impreso en España / Printed in Spain
Impreso por PrintColor

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el
previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

*A mi madre,
por haberme regalado la vida
sin pedir nada a cambio.*

Toledo, año 1.160

El perezoso sol de la mañana calentaba la vía empedrada, evaporando la humedad que cubría los adoquines y formando una capa de bruma de escasos centímetros, que planeaba sobre la calle cubriendo los pies de los transeúntes. El rumor del mercado se podía escuchar a muchos metros de distancia. Un caballero, provisto de armadura y con un yelmo bajo el brazo, se abría paso con delicadeza entre la gente. Sobre la armadura vestía una túnica blanca, con una capucha que cubría su cabeza y gran parte de su rostro. A la altura del pecho, cerca de su corazón, se podía distinguir una cruz de color rojo, emblemática de la Orden del Temple. Avanzó con cautela, sin levantar la vista del suelo y apartando ligeramente a los viandantes que importunaban su paso. A pesar de llevar la cabeza gacha y la capucha sobre ella, le llegaban todo tipo de olores de los distintos puestos del mercado. Su olfato reconoció la característica fragancia del incienso; los aromas del romero, azafrán y otras especias; el olor de sabrosos quesos y todo tipo de viandas...

Por un instante pensó que hubiera preferido ser cualquiera de las personas que comerciaban, compraban, o discutían bajo los toldos de las paradas ambulantes.

Pero enseguida desechó la zozobra de sus pensamientos. Todas aquellas gentes no podían ni imaginar cuán noble era su propósito. Su fe en la Orden estaba por encima de toda duda.

Dejó atrás a la multitud y levantó por unos segundos la cabeza, buscando con la mirada su destino. Puso rumbo al mismo con apremio, viéndolo ya muy cerca. Se le aceleró el pulso y tuvo que luchar consigo mismo para no aumentar su parsimonioso caminar. Tenía que pasar desapercibido. Llegó a la altura de la entrada de lo que parecía ser un comercio, con dos grandes portones de madera oscura, uno de los cuales estaba abierto. El caballero se plantó ante el umbral y, después de mirar a ambos lados de la vía, entró cerrando la puerta tras él.

El comercio era amplio y con una notable altura. Tenía las paredes de piedra y el techo de madera. Todo estaba repleto de diversos tipos de maderas y el suelo lleno de virutas y paja. Avanzó por la estancia en penumbra, tras despojarse de la capucha, en dirección al único foco de luz: una vela de considerables dimensiones, soportada por una mesa muy amplia de roble, maltrecha por el trabajo y el paso del tiempo, donde un hombre de mediana edad serraba un enorme tablón.

–Buenos días carpintero. ¿Tenéis nuestro encargo listo? –preguntó el caballero mientras seguía acercándose al lugar de trabajo del artesano.

–Por supuesto, mi señor. Acérquese a la mesa. Lo tengo aquí mismo –dijo el pequeño hombre de pelo canoso.

–Perfecto. ¿Me lo mostráis? –añadió el caballero mientras miraba la cara del carpintero, con evidentes signos del paso del tiempo y llena de polvo procedente de

la madera.

–Sí. Por favor, venga aquí mi buen caballero. Lo verá mejor a la luz de la vela. Espero que este mero artesano haya sido de ayuda –dijo el carpintero haciendo una leve reverencia.

El artesano apartó el tablón en el que estaba trabajando y señaló un pequeño cofre de madera muy clara, con dos joyas engarzadas en el frontal. El hombre mostraba mucho respeto por el caballero, hasta tal punto que no era capaz de mirarle a los ojos. El caballero, con un leve movimiento de los dedos índice y pulgar, abrió el cierre del cofre y levantó la tapa. En el interior descansaba una copa de madera, muy sencilla, que aparentaba muchos más años de los que realmente tenía. El caballero no podía dejar de mirar aquella obra maestra y, al pensar en la valía del aquel artesano, le volvieron a entrar las dudas. Pero debía hacerlo. Era su deber. Por la Orden... Por la Iglesia... Por Dios...

–¿Es lo que vos esperabais? –preguntó inquieto el carpintero.

–Es perfecto. ¿Alguien más sabe...? –empezó a preguntar antes de ser interrumpido por el artesano.

–¡No señor! Ni mi esposa ni mis hijos saben de mis quehaceres.

–Muy bien –dijo el caballero mientras recogía el cofre.

–Perdone mi osadía, mi buen caballero, pero... ¿cuándo se remunerará mi trabajo? –preguntó el hombre, que se arredraba tan sólo con la mirada del Templario.

–Ahora mismo –concluyó mientras desenvainaba su espada de doble filo, bien oculta bajo la túnica.

Los gritos del noble carpintero fueron amortiguados por

las gruesas paredes del comercio y por el tumulto del mercado.

El caballero salió del recinto con la capucha puesta y el cofre bajo el brazo. Miró al cielo y recitó unas palabras al viento, que le fortalecieron el corazón y le dieron ánimos para seguir adelante. Bajó la cabeza y desapareció entre las gentes.

II

Cadaqués, Noviembre 2.010

El sol empezó a abrirse paso en el horizonte, que se tornó de un color anaranjado mientras un par de nubes perdidas parecían huir del astro. Un señor, que vestía un traje bajo una elegante e impoluta gabardina, sonreía levemente, sentado en la terraza del único bar abierto a esas horas. A Arquímedes le gustaba levantarse temprano y observar la salida del sol mientras se tomaba un café, o dos. Estaba animado ya que parecía que haría un buen día, soleado y sin mucho frío para estar en la segunda quincena de Noviembre. Miraba hacia el azulado mar mientras apuraba su café. Unos empleados municipales podaban los árboles de la plaza del paseo de Cadaqués. Le gustaba viajar a la población costera, mucho más en otoño y entre semana, cuando no solía haber tanta gente haciendo turismo y se respiraba tranquilidad.

Arquímedes Boix era un programador informático, pero no uno cualquiera. A sus treinta y ocho años había conseguido encumbrar a la empresa británica *Omus&Wells*, gracias al diseño de un nuevo sistema operativo, el *Cerberus*, mucho más fiable y seguro que otros. El sistema *Cerberus* empezaba a implantarse en la mayoría de empresas de Gran Bretaña y parte de los Estados Unidos. En España, *Omus&Wells* acababa de

abrir su sucursal de Barcelona, dando a conocer su producto estrella a las empresas nacionales. Para los administradores, Arquímedes tenía una inteligencia fuera de lo común y era muy perspicaz. Ambas cualidades le permitían escribir el código de cualquier lenguaje de programación con una rapidez pasmosa. Trabajaba por libre desde su casa, aunque la mayoría de su tiempo laboral lo facturaba a la nueva líder del mercado informático. *Omus&Wells* había intentado, en miles de ocasiones, incorporar en plantilla al cerebro de *Cerberus*, pero éste había declinado la oferta otras tantas veces. En tiempos de la programación modular por equipos de trabajo, Arquímedes seguía prefiriendo trabajar solo y sus logros hablaban por sí mismos. Cuando trabajaba en un programa, o una aplicación nueva para *Cerberus*, solía concentrarse tanto que llegaba a trabajar hasta quince o dieciséis horas seguidas. Por este motivo, y por la generosa remuneración de sus facturas, gozaba de muchos períodos de vacaciones, que solía dedicar a viajar, su mayor afición.

Cadaqués era uno de sus lugares favoritos, entre otras cosas porque allí vivían Sergi y Susana. Sergi Aulet fue compañero de Arquímedes en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde cursaron la carrera de ingeniería informática. La amistad entre ambos cuajó desde el primer momento y llegaron a ser inseparables. Susana era la novia de Sergi desde la época universitaria. Habían traído al mundo a Mireia hacía ya casi dos años y llevaban uno de casados.

Arquímedes se levantó de la silla de la terraza con una amplia sonrisa para saludar a sus amigos, que llegaban con cierto retraso a la cita. El suave viento meció su media melena rubia mientras besaba delicadamente la mano de Susana y daba un firme apretón de manos a

Sergi. Apartó la silla de la mujer para que se sentara y acto seguido ocupó su lugar al lado del hombre. Antes de intercambiar palabra alguna, escrutó a la pareja con sus clarísimos ojos verdes.

–¿Habéis perdido la noche? ¿Mireia está enferma? –preguntó.

–¿Cómo narices lo sabes? –espetó Susana atónita.

–Bueno, Sergi suele pasar un buen rato arreglando su pelo, pero hoy da la sensación de no haber perdido más de un minuto en su cuidado, lo cual me dice que habéis salido con prisa de casa. Por tu parte, el exceso de maquillaje que llevas hoy no ha podido ocultar tus ojeras y tu cara denota bastante cansancio. Además, al dar la mano a tu marido he visto una leve mancha en el puño de su camisa, que desprende un ligero olor a leche agria. Por tanto, deduzco que Mireia no ha pasado buena noche por culpa de una gastroenteritis o un cólico.

–Eres increíble tío, pero deja de analizarnos, al menos hasta tu próxima visita –dijo Sergi poniendo los ojos en blanco.

–Por supuesto –finalizó Arquímedes mientras levantaba la mano para reclamar la atención del camarero–. ¿Sería tan amable de traernos café? ¡Que sean dobles para la pareja!

Una mujer menuda, ataviada con un holgado vestido largo y un pañuelo que tapaba parcialmente su cara, intentaba caminar sobre una de las peculiares calles centrales de Cadaqués, de piedra tallada, que conferían una apariencia artesanal a la vía. La calle tenía una

moderada pendiente y a la señora le estaba costando trabajo llegar a su destino, que buscó con la mirada mientras se despojaba momentáneamente de sus gafas de sol. Sonrió levemente y avanzó unos metros más hasta el siguiente portal, que quedaba a su derecha. El portal del número doce de la calle Bellaire tenía una puerta doble de madera, barnizada de color oscuro, con unos pequeños ventanucos con barrotes en cada hoja. En el primer piso ondeaban un par de toallas de playa, colgadas del balcón. Sacó una mano enguantada de su vestido y pulsó el timbre. En pocos segundos se personó una chica joven que, tras echar un vistazo por el ventanuco, abrió la puerta. La corriente de aire meció la melena rubia de la chica y tuvo que apartarse de la cara un mechón de pelo con la mano.

–Hola. ¿Le puedo ayudar en algo? –dijo la joven observando a la pequeña señora.

–Sí, bonita. Mira, me he encontrado esta piedra en la calle y una vecina me ha dicho que es vuestra –comentó la menuda mujer mientras levantaba las manos en forma de cuenco.

La muchacha, que no aparentaba ser mayor de edad, puso las manos como la visitante y recibió de ésta el objeto que ocultaba en sus manos. Era una piedra de color negro, lisa y muy suave al tacto.

–Pues no la había visto nunca, pero ésta no es mi casa. Si quiere pasar más tarde cuando estén los dueños –aclaró la chica después de observar detenidamente la piedra.

–Me temo que no podrá ser, guapa. Te está entrando mucho sueño, ¿verdad? –dijo la mujer lentamente y con un leve tono musical.

–¿Qué dice? –acertó a preguntar la joven, mientras empezaban a cerrarse sus ojos.

–Mejor será que entremos y te tumbes un rato. Pareces muy cansada –dijo la intrigante mujer mientras empujaba con delicadeza la hoja de la puerta y ponía un pie en el peldaño de entrada.

–Quizá sí. Pase, pase –invitó la chica, cada vez más cansada y débil.

La señora entró mientras la adolescente se daba la vuelta hacia el pasillo, sin poder dejar de mirar el objeto que había recibido, y dos pasos después caía desplomada. La recién invitada se giró, para echar una ojeada a la calle y cerró la puerta. Se agachó ante la joven y recogió la piedra, negra cual azabache. Hizo un rápido reconocimiento a la adolescente y, no sin pocos esfuerzos, la arrastró hasta el salón. Una vez allí apagó el televisor, en el que se podía ver una serie juvenil. Cuando se apaciguó su respiración, volvió a acercarse a la joven y, en un nuevo esfuerzo que le pareció sobrehumano, la dejó tumbada en el sofá. Se sentó en el brazo del mismo, para recobrar fuerzas, mientras el sudor perlaba su frente. Se levantó, ya que no tenía tiempo que perder y volvió hacia el pasillo, donde estaba la escalera que daba acceso a los pisos superiores. Se agarró a la barandilla, de hierro forjado y pintada simulando estar oxidada, y subió tan rápido como sus ya viejos pies le permitieron. Llegó a un pequeño rellano, donde había tres puertas y un nuevo tramo de escaleras que llevaban al segundo piso. Probó fortuna en la primera puerta y una sonrisa cruzó su rostro. Todo estaba saliendo a la perfección. Se acercó con sigilo a la cuna, que estaba situada en un extremo de la habitación. Se apoyó en la estructura de madera y miró al interior. Una pequeña figura ocupaba el centro de la

cuna, completamente dormida. La pequeña niña estaba tapada con una manta y una colcha de punto, sólo dejando a la vista su escaso y fino pelo rubio. La señora volvió a sonreír y se preparó para coger a la niña.

La puerta de entrada estaba abierta de par en par, y por ella habían entrado, y salido, varios agentes de los *Mossos d'Esquadra*. El sargento Enric, del Área Básica Policial del *Alt Empordà*, en Roses, acababa de llegar al domicilio de los Aulet. Estaba cansado porque no había podido dormir suficiente, ya que su hija, en plena adolescencia, empezaba a acudir a fiestas y a él le tocaba ir a recogerla de madrugada. Esa mañana ni siquiera se había afeitado y su incipiente barba, sumada a su canoso pelo rizado y sus ojeras, le confería un aspecto de cincuentón con resaca. Y, para más inri, la jodida migraña parecía estar de vuelta, justo en el mejor momento...

Al parecer, algún desalmado se había llevado a la hija, de menos de dos años, de Sergi Aulet y su esposa Susana. Había aprovechado que la niñera dormía en el sofá del salón, y sus padres estaban fuera con un amigo, para trepar por el balcón, romper un cristal y acceder a la vivienda para secuestrar a la criatura. La joven canguro no recordaba nada, ni había oído como rompían el cristal, y lloraba desconsolada por haber dejado que se llevaran a la pequeña. Enric miró a la chica, que estaba sentada en el mismo sofá donde los padres la habían encontrado dormida, y la descartó inmediatamente. Ella estaba al borde del colapso mental y hubiera apostado cualquier cosa a que no tenía nada que ver con el rapto, tan sólo se había quedado dormida en un mal momento. Subió al primer piso, más para alejarse del llanto de la joven que por curiosidad. Entró en la habitación de la pequeña,

decorada con infantiles cenefas en sus paredes de color salmón. Dentro estaban los padres, visiblemente muy afectados, hablando con un agente, y también un hombre de, aproximadamente, un metro ochenta, demasiado delgado a simple vista y con una media melena rubia. El susodicho se giró y escrutó al sargento con sus claros ojos verdes. Arquímedes volvió a girarse hacia el balcón y lo observó detenidamente, mientras Enric se acercó a presentarse a los padres. Susana arrancó a llorar y el sargento le pidió al agente que se la llevara a tomar el aire.

Susana salió de la habitación y se sentó en las escaleras. El agente se apartó dejándole algo de intimidad, que ella aprovechó para agotar su reserva de lágrimas. No podía creer que le hubieran arrebatado a su hija en su propia casa. Mireia. No había nada en el mundo que quisiera más que a esa pequeña mocosa. Y ahora no estaba. Y no sabía cómo la estarían tratando los desalmados que se la habían llevado. Quizás tuviera frío, o tal vez no la alimentaran bien. Pero en ningún momento se había puesto en el peor de los casos. Su hija estaba viva. Lo sabía por instinto. Un instinto maternal que le había llegado desde muy pequeña y la había acompañado siempre. Cuando se pasaba horas jugando con muñecas en casa de sus padres. Cuando mimaba al gato de sus progenitores como si fuera un bebé. Cuando se detenía en un parque a mirar como jugaban los niños. Siempre había deseado tener un hijo, y ese deseo se acrecentó cuando conoció a Sergi. Un deseo que le había sido concedido dos años atrás. Ahora estaba convencida de que no sería capaz de seguir viviendo sin su pequeña. Cómo podía cambiar tanto la vida en apenas dos años...

Cuando regresó de lo más profundo de sus pensamientos, se dio cuenta de que volvían a resbalar las

lágrimas por sus mejillas. Sacó un pañuelo y las secó mientras se levantaba. El agente se acercó para comprobar el estado de Susana y ésta, asintiendo con la cabeza, le aseguró que se encontraba bien. Entró en la habitación, donde seguían Enric, Arquímedes y Sergi mirando hacia el balcón.

–¿Es éste el balcón por el que entraron? –rompió el silencio el sargento, señalando hacia el cristal roto.

–No... ¿Con quién tengo el placer de hablar? –se adelantó Arquímedes a su amigo, que había empezado a asentir con la cabeza.

–Sargento Enric Fabra. ¿Y usted es...?

–Arquímedes, Arquímedes Boix. Un placer señor Fabra.

–¿Por qué dices que no entraron por aquí? –preguntó Sergi a su amigo.

–No hay ningún cristal dentro, Sergi. Todos están en el balcón. Por tanto lo rompieron desde el interior. ¿Está usted de acuerdo sargento? –contestó Arquímedes.

–Sí, sí claro –acertó a decir Enric que no se había dado cuenta del detalle hasta ese momento.

–Entonces, quien se llevó a Mireia no entró por el balcón y, según me ha parecido ver, no forzó la puerta. Sargento, me gustaría aconsejarle que hagan el examen toxicológico a la niñera.

Enric cerró los ojos con fuerza y se dio un masaje en las sienes. «Lo que me faltaba: migraña, un secuestro y un tío que va de listo», pensó.



Cadaqués, Noviembre 2.010

Arquímedes pasaba las páginas del diario buscando la noticia del secuestro de Mireia, la hija de sus amigos. Una escueta crónica, de un cuarto de página, hacía eco de la desaparición de la pequeña. Pocos datos se daban sobre el suceso. Estaba convencido de que, quien se hubiera llevado a la niña, debía conocer a la familia o, en su defecto, a la niñera. Habían esperado que los padres estuvieran fuera y que la canguro se hubiera dormido, lo que denotaba que sabía lo que iban a hacer. Su amigo Sergi le había informado que los Mossos no habían encontrado ningún tóxico en el cuerpo de la joven. Era un auténtico misterio y a Arquímedes le encantaban los misterios.

Se acercó a la barra de madera, roble según le pareció, que estaba siendo limpiada por el camarero, aunque creía que no podía estar más limpia. Una hilera de focos, suspendidos sobre la barra, se reflejaban en ella como en un espejo, gracias al brillante barniz que protegía la noble madera. Se encontraba en la cafetería de su hotel, el más lujoso de Cadaqués, de cuatro estrellas y con unas maravillosas vistas al mar. Le gustaba vivir bien, solía decir, y como se lo podía permitir, sus alojamientos vacacionales siempre eran los mejores que podía

encontrar.

–¿Sería tan amable de servirme otro café y facilitarme un bolígrafo? –preguntó al camarero.

–Claro que sí, caballero –contestó servicial el barman.

Una vez estuvo servido, cogió una servilleta de papel y empezó una lista de todas las personas que pudieran tener acceso a la casa de los Aulet, al principio las que él conocía y más tarde con la ayuda de Sergi, al que llamó con su teléfono móvil. No había mucho donde investigar. Tan sólo existían tres copias de las llaves de la casa: una la poseían los padres de Susana, que vivían en Barcelona; otra estaba en poder de los padres de Sergi, que también residían en la ciudad condal y la última la tenía una vecina de la calle, que no había abandonado su hogar y tenía controlada la llave.

Decidió dar un paseo por la playa para ordenar sus ideas, pues le relajaba mucho el mar, y más tarde pasar a visitar a sus amigos, para darles apoyo y, de paso, ver si había novedades en la investigación policial. Salió del hotel dejándose bañar por la luz del sol, después de dejar la llave de su habitación a una bella señorita que atendía la lujosa recepción. El clima no era caluroso pero al abrigo del astro solar se estaba francamente bien. Arquímedes decidió despojarse de su gabardina y, después de doblarla con mimo, la depositó en su antebrazo. Recorrió los escasos metros que separaban su alojamiento de la playa con unas pocas zancadas. Al llegar a la acera, se descalzó de sus caros zapatos italianos, se quitó los calcetines y remangó las perneras de sus pantalones. Inició el paseo acercándose a la orilla, hasta que notó una ligera humedad en los pies, entonces continuó en paralelo al mar. Anduvo caminando por la playa de pequeños guijarros durante unos quince minutos, con la cabeza bien

erguida y sin pensar en nada concreto, ni mirar a ningún sitio en particular. Mientras tanto, los transeúntes del paseo de Cadaqués le miraban con curiosidad, preguntándose quien era ese excéntrico personaje.

Sergi Aulet abrió la puerta de entrada con semblante preocupado y las marcadas ojeras dejaban entrever sus pocas horas de sueño. Su atuendo, una camiseta blanca y unos vaqueros muy raídos, contrastaban con el fantástico traje de Arquímedes, de corte recto y elegante, probablemente de *Hugo Boss* o *Ives Saint Laurent*.

–Buenos días. ¿Alguna novedad? –preguntó al anfitrión, una vez estuvo sentado en el sofá.

–No, Arquímedes. La policía no ha encontrado ninguna pista. Dicen que las primeras veinticuatro horas son claves en las investigaciones por desaparición –dijo Sergi abatido.

–No te preocupes. Yo te ayudaré a encontrar a tu hija – intentó animar a su amigo.

–¿Tienes algo? Dime que has visto alguna cosa que los *Mossos* han pasado por alto –rogó Sergi con un atisbo de esperanza en sus ojos.

–Es posible –dijo para tranquilizar al padre–. Ningún vecino vio nada sospechoso. Quien fuera se atrevió a secuestrar a una niña a plena luz del día, lo que nos dice que se encuentra cómodo en estas calles. Ergo, podemos decir que es alguien de la población, que pasó completamente desapercibido y se ganó la confianza de la niñera para que le abriera la puerta.

–Pero la canguro dice que no abrió a nadie.

–Sí, al menos que lo recuerde. De alguna manera

debieron drogar a la chica, sin dejar rastro en su sangre y borrando su memoria a corto plazo. ¿Se te ocurre alguien que quiera haceros daño?

–No, no tenemos enemigos, Arquímedes –contestó Sergi con un gesto de cansancio–. ¿Crees que la encontraremos con vida?

–¡Por supuesto! –exclamó Arquímedes con entusiasmo–. Ya sabes que siempre resuelvo los enigmas.

–La vida de mi hija no es ningún enigma –dijo Sergi con voz apagada.

–Lo sé, amigo, créeme –dijo Arquímedes mientras se levantaba y posaba una mano en el hombro de Sergi–. Descansa. Volveré esta noche con noticias frescas.

Al salir a la calle, viejos recuerdos atravesaron la puerta abierta de su memoria. Arquímedes evocó la noche en que conoció a Sergi en una fiesta universitaria. Desde aquel preciso día fueron colegas. Sus personalidades eran muy diferentes, así como sus objetivos en la vida. Era lo que hacía funcionar la relación. Arquímedes no habría podido aguantar a alguien con su mismo carácter, pero Sergi le complementaba. Arquímedes era tenaz y Sergi inconstante; uno era decidido y el otro timorato; el primero era de convicciones cerradas y el segundo de mente abierta... Rió para sus adentros, recordando cuando charlaban sobre su futuro. Sergi siempre había dicho que no se quería casar, y mucho menos tener hijos, en ocasiones dando sensación de ser un misógino empedernido. En cambio Arquímedes deseaba tener una pareja estable y formar una familia. Y ahora eran la antítesis de lo que un día habían querido ser.

Le volvió a la mente la última imagen de su amigo

antes de salir de su casa: un hombre de estatura media, a caballo entre los treinta y los cuarenta, con el cabello oscuro y unos ojos también oscuros, que expresaban melancolía al mirar una foto de su hija que reposaba sobre la mesa. «Tranquilo amigo», se dijo, «yo la encontraré».

IV

Sant Martí d'Empúries, Noviembre 2.010

Cerró el cuento y lo dejó con suavidad en la mesilla de noche. Se levantó lentamente de la butaca y arropó a su hija mientras le daba un beso en la mejilla con mucho cariño. Se acercó a la puerta, apagó la luz y, después de echar un último vistazo a la pequeña, dejó la puerta entreabierta. Eran casi las diez de la noche y Matías empezó a sentirse cansado. Bajó las escaleras de la casa y entró en el salón, donde esperaba su mujer, mirando la televisión junto a la chimenea.

Aunque no hacía excesivo frío, en Sant Martí d'Empúries solía haber la típica humedad de la costa gerundense y, estar a la vera de una chimenea, era un auténtico gustazo. Cogió el atizador y, tras añadir un nuevo leño, removi6 las ascuas para avivar el fuego. El crepitar de la madera en el hogar inundó la estancia. Se acercó a la mesilla baja que había frente al sofá y se sirvió una copa del vino que degustaba su esposa.

–¿Ya se ha dormido? –preguntó la mujer.

–Sí, pero no antes de leerle su cuento favorito – contestó Matías con gesto cansado–. ¿Algo interesante en la televisión?

–Nada, para variar. Películas que ya hemos visto o

tertulias sin sentido.

Matías se rió e hizo ademán de echar mano del libro que tenía en la mesilla, una novela policíaca que le estaba enganchando y se dispuso a relajarse. Con la llegada de la pequeña Pilar habían tenido poco tiempo para dedicarse a ellos mismos y sus horas de descanso solían ser después de dormir a su hija. A sus cincuenta y dos años, el estresante trabajo como director de una entidad bancaria, en plena crisis económica, consumía gran parte de su energía. Por esta razón, trataba de disfrutar de los escasos momentos de tranquilidad que le quedaban.

Residía en una confortable casa, que había sido propiedad de los padres de su mujer, en la apacible localidad de Sant Martí d'Empúries, perteneciente al término municipal de l'Escala. El núcleo residencial, situado en un promontorio rocoso, contaba con unos sesenta habitantes y había sido en la antigüedad una isla, que más tarde fue unida a la costa donde se estableció por primera vez la ciudad griega de *Emporion*, hacia el año 600 antes de Cristo. La localidad era un foco de turismo, por la belleza de sus calles y su costa, y por la proximidad de las ruinas de la ciudad greco-romana de *Emporion*. A pesar de la gran cantidad de turistas que atraía, sobre todo en verano, Matías había escogido ese lugar para vivir por la tranquilidad del resto del año.

El director de banca cogió la copa de vino, removiéndole ligeramente su contenido y se la acercó a la nariz, antes de tomar un pequeño sorbo. Le encantaban las catas de vinos y, después de haber realizado varios cursos, comenzaba a entender un poco y a distinguir los buenos caldos. Volvió a dejar la copa en la mesilla, repasando mentalmente los sabores y olores que había distinguido. «Garnacha y Merlot», se dijo. Recogió el libro y, tras

acomodarse bien en el sofá, se dispuso a leer. Al abrir la novela fue cuando notó el primer pinchazo en la barriga. Se dio un leve masaje en el vientre y se removió en el sofá para continuar leyendo. Una nueva punzada, esta vez más dolorosa, despertó su sentido de alarma. Se incorporó justo cuando un fuerte dolor en el estómago le dobló y tuvo que hincar una rodilla en el suelo. Núria, su esposa, se levantó rápidamente y fue al amparo de Matías.

–¿Qué te ocurre? –preguntó con preocupación.

–No lo sé –contestó el marido con esfuerzo.

Una sensación, como si decenas de agujas le atravesaran la zona abdominal, le acabó de tumbar y contuvo un grito para no despertar a su hija.

–Será mejor que vayamos al médico –concluyó Núria.

Matías asintió con la cabeza, ante la imposibilidad de hablar que le causaba el dolor. Su mujer se agachó, pasó un brazo del dolorido marido por su cuello y, con mucho esfuerzo, intentó levantar el peso muerto del hombre pero no pudo. En el segundo intento, con una pequeña ayuda de Matías, logró su objetivo y se encaminaron torpemente a la puerta. Núria recogió las llaves del coche del mueble bajo del recibidor y las puso en su bolsillo.

–Pi...Pi...Pilar... –gimoteó Matías cuando ella intentaba abrir la puerta de entrada a la vivienda.

–Está dormida, ni se enterará que nos hemos ido –contestó ella mientras veía la negativa de su marido en sus ojos–. Está bien. Te llevaré al coche y volveré a por ella.

Salieron de casa, dejando la puerta entreabierta y bajaron la calle maldiciendo no tener garaje en casa, pues

tenían un par de minutos caminando hasta el aparcamiento. Núria llegó al coche entre jadeos y, con un último esfuerzo, ayudó a Matías a sentarse en el asiento del copiloto.

–Ahora mismo vuelvo –dijo mientras tomaba algo de aliento.

Se giró y empezó a correr en dirección a su casa, no sin antes echar la vista atrás para ver el gesto dolorido de su marido. Cubrió la distancia en poco tiempo y entró en la casa como una exhalación, visiblemente agotada. Subió los peldaños de dos en dos, con la adrenalina disparada, y llegó a la puerta de la pequeña, donde se detuvo unos segundos para calmarse, pues no quería asustarla. Giró el pomo y entró en la habitación, al tiempo que cambiaba su semblante de la preocupación al pánico. La cama estaba vacía.

–¡Pilar! ¿Dónde estás hija?!

V

Cadaqués, Noviembre 2.010

Esa mañana Arquímedes decidió no tomar el desayuno en el hotel y salió a una temprana hora en busca de alguna cafetería, en las casi desiertas calles de Cadaqués. Le llevó un cuarto de hora encontrar un bar de su agrado, en un pequeño callejón cerca del paseo principal. El local, estrecho y alargado, era muy acogedor. Cortas vigas de madera, que habían visto pasar clientes de varias décadas diferentes, perpendiculares a la larga barra conferían una sensación de poca altura a la cantina. Diversos motivos marineros adornaban las paredes de la pintoresca taberna como un timón, un cuadro con diversos tipos de nudos o un trozo de una red de pesca. Arquímedes se acercó a la barra, que estaba desierta tanto de clientes como de trabajadores, cogió el diario provincial y se sentó en un taburete. Pocos segundos después, procedente de una puerta al final de la barra, apareció una mujer de cabello castaño y ondulado, que cargaba con una caja de refrescos. Depositó la misma encima de las neveras y, con una amplia sonrisa, saludó a su primer cliente del día.

–Buenos días. ¿Qué le pongo? –preguntó la camarera, que no aparentaba más de treinta años.

–¿Sería tan amable de servirme un café? –contestó

Arquímedes con su melifluo tono de voz, mientras miraba fijamente los preciosos ojos oscuros de la chica.

–Enseguida. Si desea sentarse le serviré en la mesa – concluyó ella a la vez que le guiñaba un ojo.

Se levantó del taburete para acomodarse en la mesa más cercana a la puerta de entrada, donde había más concentración de claridad, ya que en el local no abundaba la luz. Dejó el diario sobre la mesa y se sentó en, para su sorpresa, una confortable silla de madera. Del callejón le llegó un ligero olor a quemado y un breve flash accedió a su memoria: la casa de sus padres ardiendo y él observando desde la distancia. Cerró con fuerza los ojos intentando olvidar ese recuerdo.

–¿Se encuentra usted bien? –preguntó la camarera, que acababa de dejar el café delante de él.

–Sí... Sí, por supuesto. Gracias –contestó Arquímedes volviendo al presente–. Disculpe mi osadía señorita, ¿cómo se llama usted?

–Esther. Pero, por favor, le pido que me tutee. Que me traten de usted me hace sentir mayor.

–Así lo haré, siempre y cuando hagas lo mismo –dijo Arquímedes, embelesado por la sonrisa de la chica.

–¿Desea alguna cosa más?

–De momento no. Gracias Esther –finalizó, sorprendido por el mutuo coqueteo que acababa de producirse.

Como él mismo solía decir, no había conocido aquello que la gente llamaba amor. Había tenido varias relaciones más o menos estables, pero aún no había aparecido una mujer en su vida que le hubiera hecho cometer las locuras que había visto hacer a sus amigos. Empezaba a pensar que era un bicho raro, pero no le preocupaba en exceso.

Dejó atrás sus pensamientos y se concentró en el diario. Buscó las páginas de sucesos para comprobar si la prensa había publicado alguna novedad que arrojara luz al caso de Mireia. Pero no era así. Dio el último sorbo a su café justo cuando iba a pasar a las páginas de cultura, pero un artículo captó su atención. Otro supuesto secuestro. Ésta vez en la localidad de Sant Martí d'Empúries. También era una niña pequeña de poco más de dos años, y llamada Pilar. La alarma en su cerebro se encendió al momento y, tirando de intuición, dedujo que ambas desapariciones estaban relacionadas. Y su intuición solía fallar pocas veces. Se levantó raudo y fue a pagar su consumición.

–¿Cuánto le debo señorita? –preguntó a la camarera.

–¿No habíamos quedado en que sería mejor tutearnos? –dijo Esther con mirada pícaro.

–Tienes toda la razón. Siento mi imperdonable descuido –contestó Arquímedes con una encantadora sonrisa, mientras dejaba una moneda de dos euros en la barra–. Quédate con el cambio.

–¿Ha sido de tu agrado el café?

–¡Por supuesto!

–¿Deduzco entonces que volveremos a vernos? –preguntó, apoyando sus codos en la barra y adelantando su rostro hacia el cliente.

–Puedes estar segura –concluyó Arquímedes mientras se daba la vuelta, huyendo de la encantadora mirada de la joven, y se despedía con la mano extendida.

Al salir a la calle miró al claro cielo y decidió dejarse caer por Sant Martí d'Empúries.

VI

San Sebastián, Noviembre 2.010

Unai caminaba con paso tranquilo y la mirada despistada por las estrechas calles del casco antiguo de San Sebastián. Estaba contento de volver a Donostia, pues le encantaba la ciudad. Y le gustaba sobremanera perderse por esas calles del barrio viejo, que se extendían desde el pie del monte Urgull hasta el inicio de la bahía de la playa de la Concha. A ambos lados de las empedradas calzadas, decenas de comercios de todo tipo lucían sus mejores escaparates, y numerosos bares y restaurantes invitaban a hacer un alto en el paseo para disfrutar de la afamada gastronomía vasca. Pero la atención de Unai se centró un poco más arriba, en los balcones de los altos edificios: en uno, un señor fumaba un cigarrillo, apoyado en la baranda y con la vista perdida en la transitada calle; en otro, ondeaba al viento una *ikurriña*; en el siguiente, se podía ver una pancarta a favor de los derechos de los presos de ETA; en el de más allá, una señora hablaba con su vecina de enfrente, salvando la distancia de las fachadas con un tono elevado de voz...

Pero su alegría no era sólo por su animado paseo. También porque en breves momentos volvería a ver a su hermano, después de un par de meses separados. Una amplia sonrisa se dibujó en su cara. Aún podía recordar

las numerosas veces en las que le había ayudado, en las típicas peleas de niños en el colegio. Unai siempre había tenido tendencia a meterse en líos, pero por fortuna Ander había estado atento al quite en todas las ocasiones. Ander Labache era respetado por todos en Basauri, donde habían nacido, sobre todo por los rumores que afirmaban que era miembro del brazo armado de ETA. Pero Unai estaba convencido que todo era mentira. Sabía de los deseos de Ander de que Euskadi fuera independiente, pero estaba seguro que la violencia no era el camino que su hermano mayor había escogido. Después de casi dos meses detenido y pasar numerosos interrogatorios y penurias, había sido puesto en libertad sin cargos ya que la justicia no había podido demostrar nada.

El pequeño de los Labache se dirigía hacia el puerto pesquero. Una chica joven se cruzó con él y le miró fijamente a los ojos. A sus casi treinta años, era un joven bien parecido y sabía que causaba un agradable efecto en las mujeres. Unai rozaba el metro noventa, era delgado pero con los músculos bien definidos y lucía una media melena muy oscura, a juego con sus grandes ojos. Era una de las pocas cosas en las que superaba a su hermano mayor: la belleza. Ander, con treinta y tres años, le superaba en experiencia, fuerza, seguridad y muchas más cosas. Su *anaia* siempre había sido el prototipo de persona en que quería convertirse con los años.

Dejó atrás el barrio antiguo para entrar en el paseo del muelle. A su izquierda le quedaba el ayuntamiento, con la playa de la Concha a su espalda, y a su derecha la zona de locales de restauración del puerto, a unos metros siguiendo el paseo. Unos edificios de color blanco, que habían vivido días mejores, albergaban en sus bajos casi una decena de restaurantes, donde los platos estrella eran el pescado y el marisco. Unos arcos, también

pintados de blanco, separaban el paseo de las terrazas de los restaurantes. Eran casi las once de la mañana y a esa hora los locales estaban aún cerrados. Todos menos uno, el que le quedaba más alejado y, a su vez, el que estaba más cercano a la subida al monte Urgull. Todas las terrazas, con mesas y sillas que ya llevaban muchas batallas en sus osamentas de madera, estaban desiertas salvo la del mencionado local. La puerta de acceso al restaurante estaba entreabierta y un hombre flanqueaba el portal, de pie y con los brazos cruzados. En la única mesa ocupada de la terraza, un cliente parecía disfrutar de un café y un cigarrillo. Cuando le pareció distinguir a su hermano, Unai apretó el paso, mientras Ander se levantaba de la silla y abría sus brazos. Los hermanos se fundieron en un efusivo abrazo, ante la atenta mirada de la persona que esperaba en el portal. Se separaron unos centímetros, pero cada uno con las manos en los hombros del otro, y se observaron por unos instantes. Ander tenía buen aspecto: sus ojos oscuros tenían un alegre brillo; su cabello, corto y limpio; su barba, densa pero bien cuidada y su vestimenta, impoluta.

–¡Te veo bien hermano! –exclamó Unai.

–No mejor que tú –replicó Ander, soltando después una carcajada.

Los hermanos Labache se sentaron a la mesa entre risas. Ander se giró hacia el espectador y señaló su taza, para luego señalar a Unai. El hombre descruzó sus brazos y entró en el local para preparar el café pedido.

–Me alegro que estés de vuelta, Ander. ¿Te han tratado bien? –preguntó Unai, que no podía quitarse la sonrisa del rostro.

–Pues sí, para mi sorpresa. Hay algún que otro imbécil,

pero eso pasa hasta en las mejores familias.

–¿Cuándo pasarás por Basauri para ver a los *aitas*?

–Aún no, Unai. No estoy preparado. Imagino que el pueblo debe ser un hervidero de habladurías.

–Ya sabes. La gente que tiene una vida insulsa no puede hacer nada más que hablar de los demás. No te preocupes, en breve todo volverá a la normalidad.

–Realmente no me importa demasiado lo que piense la gente –dijo Ander mientras ponía una mueca de asco–. Tengo una nueva misión y debo viajar a Toledo.

–¿Qué misión? No me digas que los rumores son ciertos, Ander –inquirió Unai con gesto de sorpresa.

–Cómo suele decir *ama*: cuando el río suena, agua lleva. Hermano, no estoy orgulloso de algunas cosas que he hecho, pero tenemos que seguir luchando por nuestra independencia.

–La violencia no nos dará la independencia. ¡La violencia no lleva a ningún lado! –exclamó Unai con indignación.

–Lo sé, hermanito, lo sé. Por eso la organización está cambiando el rumbo. En un futuro, no muy lejano, anunciaremos el alto el fuego. Me darán un cargo en la rama política, y a eso me dedicaré a partir de ahora. Se acabó la violencia.

–Y, ¿qué tienes que hacer en Toledo? –preguntó Unai extrañado.

–Aún no me lo han dicho. Pero sólo política, te lo aseguro. Además, tienes un trabajo a mi lado, si quieres –dijo Ander mientras posaba una mano en el brazo de su hermano.

–Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Te ayudaré en cualquier cosa que no tenga nada que ver con el brazo armado. ¡Que ellos hagan su trabajo sucio!

–Tranquilo hermano. No habrá más trabajos sucios.

–En ese caso, ¿cuándo nos vamos de vacaciones a Toledo? –preguntó Unai a Ander, y ambos estallaron en una sonora carcajada.

Apuraron sus cafés y se levantaron, dispuestos a dar un paseo por el monte Urgull, aprovechando que el sol empezaba a calentar un poco más. Los hermanos se alejaron del restaurante mientras iniciaban una animada conversación sobre fútbol, y dejaban aparcada la charla de momentos atrás.

VII

Sant Martí d'Empúries, Noviembre 2.010

Sergi removía por enésima vez su café, con la vista perdida en algún punto del líquido negro. Sus pensamientos estaban lejos de allí. «Está con su hija», pensó Arquímedes. Y no le faltaba razón.

No lograba entender cómo había cambiado tanto su vida. Cómo había pasado de aborrecer a los niños a que se le cayera la baba con cada sonrisa de su hija. Aquella criatura adorable se había convertido en el centro de su mundo y el de su mujer. Cada nueva experiencia vivida con la pequeña era motivo de satisfacción, así como cada leve resfriado era causa de una profunda preocupación. Y en ese momento su mundo se desmoronaba al no poder ver la sonrisa de su Mireia, al no poder abrazarla, al no poder darle cariño, al no haber sabido protegerla. Tenía que encontrarla, a toda costa.

Se encontraban tomando café en la terraza de un bar, en la localidad donde había desaparecido la otra niña: Sant Martí d'Empúries. La terraza, protegida por un toldo y unas lonas transparentes laterales, estaba a escasos metros de la iglesia. Dos estufas de propano, similares a dos alargadas setas, proporcionaban el suficiente calor para soportar la fresca mañana otoñal. No hacía excesivo frío, pese a la proximidad del invierno, pero la humedad

estaba presente en el ambiente.

El camarero, que llevaba un rato apostado en la puerta del local, se acercó y preguntó servilmente si deseaban alguna cosa más. Ante la negativa de los clientes, regresó a su puesto de vigía. Debido a la interrupción, Sergi volvió a la realidad.

–¿Por qué estamos aquí Arquímedes?

–Tengo una corazonada, Sergi. Estas desapariciones tienen que estar relacionadas –contestó con aire pensativo.

–¿Y cómo encontraremos a la familia? –preguntó Sergi con desánimo.

–Es un pueblo pequeño, sólo debemos seguir a la gente –concluyó Arquímedes mirando en dirección a la iglesia.

La iglesia se alzaba en la plaza central de la pequeña localidad, orientada a la salida del sol. Su fachada, alta y rectangular, contrastaba con la portalada y el rosetón, de tamaño más reducido, pero que conferían una belleza especial al templo de arquitectura gótica. Arquímedes y Sergi se acercaron al edificio, al que empezaban a llegar algunos curiosos atraídos por el tañido de las campanas, enclavadas entre las pilastras centrales de la cornisa, que eran menos voluminosas que las de los extremos del edificio. El arco apuntado de piedra de la portalada encuadraba otro más bajo y entre ambos había una lápida de mármol del siglo XVI, que conmemoraba la construcción de la edificación existente. Los portones de madera estaban abiertos e invitaban a entrar a las personas a la misa que se estaba organizando.

Arquímedes se paró en el umbral y echó un vistazo al interior del templo. Una señora de mediana edad,

plantada frente a la pila bautismal, captó la atención del informático. Su largo pelo dorado estaba parcialmente tapado por un pañuelo negro. «El maquillaje no ha podido ocultar la mala noche», pensó Arquímedes al ver sus enrojecidos ojos. Se giró hacia Sergi al tiempo que una anciana se disponía a entrar a la iglesia.

–Disculpe señora, ¿sería tan amable de indicarme a qué se debe la misa de hoy? –preguntó Arquímedes con su habitual educación.

–¿No se ha enterado joven? Ha desaparecido la hija de los señores Estevez. El párroco ha decidido mostrar el apoyo del pueblo a la familia oficiando una misa –contestó la mujer encantada de poder ayudar.

–Gracias señora. Que pase un buen día.

Arquímedes volvió a mirar a la señora rubia. «Hola señora Estevez», se dijo. Se volvió para comprobar que su amigo daba la espalda al templo. Posó su mano en el hombro de Sergi al tiempo que decía:

–Ven, te necesito a mi lado.

–¿Vamos a misa? No me digas que ahora eres creyente –dijo Sergi en tono burlesco.

–Esa mujer de allí –indicó con un leve gesto con la cabeza– es la madre de la niña desaparecida. Parece muy cansada. La policía debe haberla agotado a preguntas. Tú estás en la misma situación y quizás puedas ganarte su confianza.

Los dos hombres se acercaron a su objetivo, que se disponía a ir en dirección al altar. Cuando llegaron a su altura, la mujer se giró y los miró con desconcierto.

–Señora Estevez, ¿nos permite entretenerla cinco minutos? –preguntó Arquímedes con semblante amistoso.

–¿Quiénes son ustedes? – contestó con otra pregunta la sorprendida mujer.

–Mi nombre es Arquímedes Boix, y él es Sergi Aulet. Sabemos que está pasando por un mal momento, pero es importante que hablemos con usted.

La conversación llamó la atención del marido, que se excusó con el párroco y se acercó al lugar del coloquio con cara de pocos amigos.

–Cariño, la ceremonia está a punto de empezar –dijo el recién llegado a su esposa.

–Disculpe señor Estevez, es vital para todos nosotros que nos den cierta información –interrumpió Arquímedes al hombre.

–¿Vital? Alguien se ha llevado mi hija, ¿cree que me importa lo que sea vital para ustedes? –dijo con enojo pero intentando no levantar la voz por estar en lugar sagrado.

–Podemos encontrar a su hija, y la de mi amigo, si colaboran con nosotros.

–¡¿Qué demonios está diciendo?! –exclamó el señor Estevez mientras daba un paso amenazador hacia Arquímedes.

–No es necesaria la violencia, señor –añadió Arquímedes mientras daba unos pasos atrás, rehuendo la confrontación.

–Tranquilo, señor, mi amigo, aunque muy educado, carece de sensibilidad –intervino Sergi mientras se colocaba delante de su amigo–. También han secuestrado a mi hija, y sé por lo que están pasando. Tan sólo queremos saber si las desapariciones pueden estar relacionadas.

Una vez acabada la ceremonia, los amigos disfrutaron de la hospitalidad del matrimonio Estevez. Mientras Núria ejercía de anfitriona, preparando un pequeño aperitivo, Matías les contaba los detalles de la aciaga noche. Arquímedes escuchaba con atención al hombre, que se emocionaba por momentos con su exposición de los hechos. «Un pequeño descuido y la niña desaparece. La indisposición no fue casual», pensó Arquímedes mientras la mujer entraba en el salón con unas cervezas, una bolsa de patatas fritas y unas aceitunas. Los *Mossos d'Esquadra* no habían encontrado ninguna huella en la casa y el análisis de tóxicos del organismo de Matías estaba limpio. Los investigadores no tenían ninguna pista que seguir, concluyeron los Estevez abatidos.

–Fue un dolor muy intenso, que llegó de repente y se marchó de la misma manera –empezó a explicar el hombre–. Jamás había notado una sensación igual.

–Daría lo que fuera por acariciar su pelo... –dijo entre sollozos la mujer–. ¿Por qué se la han llevado? ¿Por qué no piden nada a cambio?

Con la pareja consolándose mutuamente, Arquímedes y Sergi decidieron dar por concluida la entrevista sopesando que no conseguirían mucha más información. Se levantaron y, tras mostrar su agradecimiento a la pareja, se marcharon dejando intacto el aperitivo y prometiendo mantenerlos informados en caso de alguna nueva.

Cuando Arquímedes abrió la puerta, se dio de bruces con un hombre de mediana edad que le era familiar. El sargento Enric Fabra miró a los amigos con semblante de

sorpresa.

–¿Qué hacen aquí, señores?

–Es sólo una visita de cortesía, sargento –contestó Arquímedes con una sonrisa.

–Ya veo. Les aconsejo que no entorpezcan la investigación policial o me veré obligado a tomar medidas.

–Quizás debería concentrar sus esfuerzos en encontrar a las desaparecidas y buscar la relación entre ambas –replicó borrando el anterior gesto de su cara.

–¿Sabe una cosa? Tiene razón. De momento la única relación que he encontrado entre ambos casos es su presencia. Imagino que aún debe hospedarse en el Hotel del Mar. Le recomiendo que no abandone Cadaqués sin comunicármelo.

El sargento vio alejarse a los dos amigos mientras pulsaba el timbre de la casa de los Estevez. Tenía muy claro que ese tipo que se las daba de inteligente no entraba en la lista de sospechosos, pero quería darle una lección de humildad. No le gustaban los que alardeaban de inteligencia, la tuvieran o no, y no estaba dispuesto a permitir que la gente anduviera indagando por su cuenta, ya fuera un amigo, el mismo padre o el espíritu santo. Se presentó a la voz que le hablaba desde el portero automático y empujó la puerta, después de un breve zumbido. Sacó una pastilla del bolsillo del pantalón y se la introdujo en la boca. «Maldita migraña», pensó. Necesitaba descanso, tan sólo era eso. Una semana de vacaciones y estaría como nuevo. Una semana sin investigaciones ni informes, para poder dedicar más tiempo a su hija, que empezaba a volverlo loco. La adolescencia había llegado a su apogeo y su disciplina había perdido muchos enteros. Su madre se lo consentía

todo, pero él no. No podía. Él era la autoridad en casa, quien imponía disciplina. Pero últimamente parecía que era mucho más sencillo ser la autoridad en las calles.

VIII

Cadaqués, Noviembre 2.010

El sol asomaba con timidez por el horizonte, como si percibiera el fenómeno que iba a ocurrir en escasos momentos. Según había visto en las noticias televisivas de la noche anterior, el astro solar sería eclipsado parcialmente por la luna ese mismo día. La mañana se antojaba bastante más fresca que días anteriores y un cielo medio encapotado amenazaba con privar a los curiosos del espectáculo. Arquímedes decidió dar un paseo para aclarar sus ideas. Se había despertado muy temprano, sobre las siete de la mañana, y desde entonces no había parado de cavilar sobre las desapariciones, pero sin poder arrojar luz al asunto. Sobre las ocho salió del hotel y se puso a caminar sin rumbo fijo. Caminó por la playa como gustaba hacer: descalzo. Las olas se balanceaban suavemente en la orilla con su armoniosa melodía. Una ligera brisa meció con levedad el cabello del informático y éste, levantando la cabeza al cielo, inspiró profundamente, impregnándose de olor a salitre. Una sonrisa cruzó su rostro. Sólo el mar le producía tal sosiego. Unos metros más allá, un padre aleccionaba a su hijo sobre cómo podían observar el eclipse, aunque era evidente que las nubes iban a dificultar tal cosa. «Por su bien espero que no se despeje el cielo», pensó Arquímedes al pasar a su lado y ver el calamitoso artillugio

casero que habían fabricado para el acontecimiento.

Después de recuperar la paz interior, el hambre hizo acto de presencia. Tras dejar atrás varios locales donde saciar su apetito, pasó ante un callejón de grato recuerdo. Entró al local llamado “Bar El Navío”, con afán de encontrar en la barra a Esther, y viendo cumplido su deseo sonrió a la camarera, para luego sentarse en un taburete de la barra y apoderarse del diario que estaba sobre la misma. Pasó las páginas del periódico leyendo los titulares mientras esperaba su desayuno.

Alguien tosió en el fondo del local y Arquímedes perdió su concentración. Un anciano con una gorra de marinero sacaba un pañuelo del bolsillo. Observó durante unos segundos al hombre para constatar que era un auténtico lobo de mar, de los que ya no quedaban. A la gorra de capitán de navío se le sumaban una raída chaqueta azul y una densa barba blanca. Una pipa de madera humeaba en un cenicero sobre la mesa. Arquímedes ya imaginaba su tono de voz cuando la camarera le sacó de su ensimismamiento, portando un café con leche y un cruasán. Metió la cucharilla en la taza para remover su contenido, mientras observaba a Esther que, con gráciles movimientos, hacía sus tareas: limpiaba la cafetera, rellenaba las cámaras frigoríficas, secaba los platos y tazas...

El informático contemplaba a la camarera, que llevaba su largo pelo ondulado recogido en una cola que caía sobre su espalda. La belleza de la mujer quedaba patente y Arquímedes no podía dejar de mirarla. No parecía usar maquillaje, a excepción de una intensa línea negra en sus ojos que conseguía que destacaran aún más. Esther le obsequiaba con una mirada, entre plato y plato, esbozando una sonrisa.

–Una pena que las nubes no nos dejen ver el eclipse – dijo Arquímedes para escapar de la hipnotizante mirada de la mujer.

–Pues sí, aunque yo desde aquí tampoco podría verlo –objetó la camarera.

–Brujería, nada de eclipses –dijo en voz baja el anciano, atrayendo la mirada de los jóvenes.

–¿Qué ha dicho? –preguntó Arquímedes sonriendo al escuchar el tono de voz que había imaginado minutos antes.

–Brujería. Que es brujería –contestó el lobo de mar sin levantar la cabeza.

–¿Y en qué se basa para decir tal cosa? –comentó el joven con curiosidad, mientras Esther le indicaba, con su dedo índice en la sien, la mengua en la cordura del anciano.

–Estamos en tierra de brujas –dijo el hombre mirando a Arquímedes, y añadió–: La gente lo ha olvidado y eso les ha venido muy bien.

–¿Brujas? ¿En Cadaqués? Cuénteme más –pidió el informático mientras se sentaba a la mesa del anciano.

Esther continuó con sus quehaceres mientras negaba con la cabeza sin perder la sonrisa. La bella mujer observó al que se había convertido en su cliente preferido. No sabía nada de él pero era muy atractivo y parecía inteligente. Un hombre interesante. Últimamente no había tenido tiempo para ella, y mucho menos para el amor. Su madre, con una enfermedad pulmonar degenerativa, requería la mayor parte de su tiempo. En los últimos meses la fibrosis había empeorado y a su madre le costaba horrores hacer cualquier actividad física. Los

médicos eran pesimistas y el trasplante de pulmón parecía ser la última y única solución. Pero había más complicaciones: el tiempo medio de espera para dicho trasplante rondaba el año, y su madre no sería una buena candidata debido a pasados problemas con drogas y alcohol.

El anciano apuró su café y con un gesto pidió dos más, uno para él y otro para su contertulio.

—Hace ya muchos años hubo una gran bruja por estos lares. La gran Savanna de Cadaqués. El Empordà siempre ha sido lugar de muchas habladurías sobre brujería, pero casi todas coinciden en que esta mujer fue la última bruja que hubo por estos lares. Cuenta la leyenda que Savanna murió a causa de un incendio provocado por su marido, pero días después fue puesto en libertad por falta de pruebas. Tres días más tarde se ahorcó en el sótano de su casa. Extrañas circunstancias, ¿no le parece? —preguntó el hombre, y sin dejar responder a Arquímedes añadió—: Todo el mundo pensó que la brujería había muerto con ella, pero la experta bruja se las arregló para legar a su hija, Lidia, todos sus secretos. Lidia fue una gran pescadora y una excelente hospedera, ya que cobijaba a amigos y turistas en su casa. Con el paso del tiempo todo el mundo empezó a decir que sufría graves trastornos psicológicos, y sus conocimientos de brujería no pasaron desapercibidos y corrió como el fuego el rumor que había sido la pequeña Lidia quien había provocado el incendio, con un conjuro que se le fue de las manos. Nada más lejos de la realidad. Lidia murió recluida en un asilo de Agullana, próximo a Figueres.

—Entonces, ¿qué piensa usted? —preguntó Arquímedes cada vez más interesado en el relato.

–Que Lidia no fue la última bruja, aunque sí la más conocida. Que el resto de brujas consiguieron desquiciarla y apartarla del grupo, así como en su día incendiaron la casa de su madre. Desde entonces las brujas han seguido campando a sus anchas por el Empordà, haciendo todo tipo de fechorías.

–¿Qué tipo de fechorías?

–Mal de ojo, echar a perder campos de cultivo, provocar abortos en mujeres embarazadas, eclipses de sol e incluso prácticas similares al vudú...

–¿Me está diciendo que hay gente en este pueblo que juega pinchando muñecos con agujas y que pueden influir en fenómenos astronómicos?

–Piense lo que quiera, joven. Han sobrevivido todo este tiempo gracias a la incredulidad de gente como usted. Las brujas son mujeres que en su día hicieron un pacto con el diablo para obtener diversos poderes. No las infravalore ni las dé por muertas –finalizó el anciano mientras se levantaba y se acercaba a la barra.

–Deje, deje. Yo le invito. Aunque no comparta sus creencias, he disfrutado de su exposición.

–Sí, sí. Que los vientos le sean favorables... –dijo el lobo de mar mientras salía del local.

Arquímedes sonrió al escuchar al anciano y se acercó a la camarera, que seguía atareada en la barra.

–Tienes un cliente un tanto...

–¡Loco! –acabó la frase Esther.

–Iba a decir excéntrico, pero también me vale –dijo Arquímedes provocando la risa de la chica–. Me preguntaba si te gustaría que te invitara a cenar...

–Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca –contestó la camarera clavando sus intensos ojos en los del informático–. Claro que sí.

–¿Esta noche? ¿Sobre las ocho y media?

–Perfecto. Quedamos en la plaza de la iglesia. Quiero enseñarte algo –concluyó la joven con una sonrisa pícara.

IX

Rupià, Noviembre 2.010

El flamante Audi de color plateado enfiló la bajada tras el cambio de rasante. Su conductor, un cincuentón de pelo canoso, pudo ver el campanario de la iglesia de Rupià desde la carretera. Estaba llegando a su destino y disminuyó la velocidad. Bajó las ventanillas para que entrara aire fresco y apagó la radio. Un nuevo abanico de sonidos llegó a sus oídos. La fricción de los neumáticos con el asfalto, el canto de los gorriones revoloteando sobre los árboles, el vaivén de la hierba... Oriol Masbové se sintió relajado y disfrutó del paisaje: a un lado, un campo de un verde intensificado por la incidencia de la luz del sol; al otro, un campo recién arado con sus perfectos surcos imperfectos; más allá, un campo repleto de margaritas, amarillas y blancas, que danzaban al compás marcado por el viento. Se sentía en casa, en su amada comarca, lejos del estrés de Barcelona donde trabajaba.

Oriol era un distinguido notario, como lo fue su padre. No le gustaba mucho su trabajo pero se ganaba muy bien la vida y, además, disfrutaba de mucho tiempo libre para dedicar a su familia: su esposa, María, y su hija, Inés. Ellas le esperaban en Rupià, donde tenían una casa de segunda residencia. Oriol vivió muchos años allí, con sus padres, y tras la muerte de éstos, restauró la masía para

pasar los veranos y los fines de semana. Para él era todo un lujo no trabajar los viernes por la tarde y así conseguía estirar más el fin de semana. A las tres de la tarde solía salir de Barcelona en dirección al Empordà, mientras su mujer lo hacía de buena mañana para preparar la casa y hacer la compra.

Entró en el pueblo y tras dejar atrás el centro de la villa, llegó al barrio de la Atalaya, donde se encontraba la masía. Un portalón de hierro franqueaba la entrada a la finca. Oriol accionó el mando a distancia y el mecanismo de la puerta se puso en marcha, dejando libre el paso. Un camino empedrado, con una ligera pendiente, llevaba directamente al garaje. El notario abrió la puerta del mismo, tras bajarse del auto. Un gato negro se precipitó hacia el interior. «Si María sigue recogiendo animales perdidos tendremos que ampliar la casa», pensó Oriol con resignación. Volvió al coche y lo estacionó dentro, pegado a las bicicletas que había comprado meses atrás y aún no había estrenado. Se acarició la barriga al bajar del vehículo. «Tengo que hacer más deporte, pero hoy estoy muy cansado», se dijo, alegando una de las mil excusas que utilizaba para no estrenar las bicicletas. El gato negro se acercó de forma amistosa y se restregó entre sus piernas, contorsionando su lomo. Oriol sonrió. Los otros animales, dos perros y dos gatos, que había adoptado María no solían acercarse a él. Quizás reconocían, de forma instintiva, cuando una persona no era devota de ellos. Una puerta a su derecha daba acceso a la vivienda. El notario la abrió y el gato entró, subiendo presuroso las escaleras que llevaban a la segunda planta, donde se encontraban las habitaciones.

–¡Hola cariño! ¡Ya estoy en casa! –exclamó Oriol mientras se dirigía a la cocina, siguiendo un excelente olor a guiso que le abrió el apetito.

–¡Prepara la mesa que la comida ya casi está lista! –le contestó su mujer.

Dejó su maletín de piel en el sofá y se quitó la americana, que colgó en el respaldo de una butaca junto a la chimenea. El salón tenía unas vistas espléndidas al jardín gracias a unas inmensas puertas correderas de vidrio. Junto a la cocina se hallaba una mesa alargada, para doce comensales, de color blanco, a juego con las sillas de respaldo muy alto. El notario sacó dos manteles individuales de una cómoda baja, y los colocó en la mesa uno frente al otro. Después dispuso los cubiertos y acabó acomodando un par de copas. Con el menaje listo en la mesa abrió las puertas de una alacena, contigua a la cocina, donde Oriol guardaba su pequeña bodega. Seleccionó uno de la veintena de vinos de los que disponía y, con gran habilidad, lo descorchó. Se sirvió una pequeña cantidad en su copa y olisqueó el líquido con brevedad, para luego saborearlo y finalmente dar su aprobación al caldo. Acudió a la llamada de su esposa para ayudarla a servir los platos y luego se sentaron a disfrutar del estofado de ternera.

–Está delicioso María –comentó Oriol tras probar el guiso.

–Gracias. Es una receta nueva que vi en un programa de televisión.

–¿Inés está durmiendo?

–Sí, pobre. Después de tomar su biberón se ha quedado dormida enseguida.

–Bien, así tendremos un rato para nosotros, que hace tiempo que no... –dijo Oriol guiñando un ojo a su esposa.

La pareja había adoptado a la pequeña Inés, ante la imposibilidad de María para quedarse embarazada. Ella,

mucho más joven que él, quería darle un hijo a su marido y tras mucho tiempo de espera les fue dada la bendición de prohijar a un bebé.

–Por cierto, muy simpático el nuevo gato que has adoptado. Parece que ha hecho buenas migas conmigo – dijo Oriol sonriente.

–¿Qué nuevo gato? No he recogido a ninguno –replicó María con gesto sorprendido.

En ese mismo instante saltó la alarma de la casa. El notario acudió veloz al panel de control, situado en la pared al lado de la chimenea, donde se dibujaba un plano de la vivienda con un punto rojo señalando una habitación y una letras que decían: ventana abierta. Era la habitación de Inés. Se giró hacia su esposa con semblante interrogativo y, tras unos segundos de confusión, corrió hacia las escaleras, llegó a la habitación de la pequeña que tenía la puerta abierta para que pudieran escucharla si se despertaba y entró para comprobando dos cosas: la ventana efectivamente estaba abierta y su hija no estaba en la cuna.

X

Toledo, año 1.306

En un estrecho callejón empedrado, una figura se ocultaba en la penumbra, al amparo de la oscuridad de la fría noche. Estaba de pie junto a un portal cerrado, con las manos en el cinto del que colgaba un gran espadón, mirando a ambos lados de la vía. Se despojó de la capucha que cubría su rostro dejando al descubierto una calva que se extendía desde su frente hasta la coronilla y una melena grisácea que sobrepasaba su nuca. Una densa barba canosa completaba el lóbrego rostro. Se giró con brusquedad al oír un ruido a su espalda, pero inmediatamente esbozó una sonrisa al ver avanzar en su dirección una silueta femenina. La mujer llevaba una capa con caperuza gris oscura y un vestido que algún día había sido blanco. Al llegar a la altura del hombre dejó libre su largo cabello rubio y, con sus claros ojos azules, le miró fijamente.

–No debería llevar esa indumentaria Jacques –dijo la mujer señalando la túnica blanca con la cruz roja en el pecho.

–No tengo miedo, Ana. Llevan días siguiéndome, pero juro por Dios que todas las acusaciones son falsas – aclaró el hombre.

–Sé muy bien de qué habla. Y bien, ¿qué desea el

Gran Maestro de la Orden del Temple de una simple bruja? –preguntó la hermosa mujer mientras sonreía.

–Siempre es un placer verla, Ana. Pero no es ése el motivo de nuestro encuentro. Necesito que guarde un secreto –contestó Jacques de Molay, mientras pensaba en lo mucho que le había costado siempre mantener su voto de celibato en presencia de aquel bello rostro.

–¿Y cree que soy la persona adecuada?

–Al igual que las acusaciones contra nuestra orden, sé que no hay fundamento en las que les conciernen. Además, confío en que sepa hacer lo correcto –concluyó el caballero.

–Como desee, Jacques, siempre es un placer ayudarle –dijo la bruja haciendo una leve reverencia–. Explíqueme tan misterioso secreto.

El buen caballero se acercó a la mujer y, tras darle un cofre, le susurró unas palabras al oído. Minutos después se separó de ella, para volver a mirar su bello rostro.

–¿No ha oído hablar de la curiosidad de las brujas?

–Sí, pero también de su fidelidad. Y creo que será fiel a su promesa. Debe prometer que partirá de la ciudad con el cofre al alba y lo protegerá con su vida.

–¿Por qué no viene conmigo, Jacques? –preguntó la mujer con tristeza–. Si le apresan le condenarán por herejía, si son ciertos los rumores que he escuchado.

–No rehuiré mi destino, Ana. Soy un siervo de Dios y debo creer que éste es su designio. Hágame la promesa Ana –concluyó el caballero con pesar por la carga que iba a transmitir a aquella hermosa mujer.

–Así será, Jacques. Cuidaré del cofre como si fuera mi

hijo, y nunca desvelaré su contenido.

–Gracias, Ana. Debe partir inmediatamente –añadió Jacques mirando a su espalda–. Tenga mucho cuidado. No me perdonaría que le pasara alguna desgracia.

–Espero que su Dios le acompañe –dijo la bruja mientras besaba al caballero en la mejilla y partía hacia un destino impreciso.

Jacques de Molay se quedó mirándola mientras se alejaba. Una sombra de duda cruzó su mente. Quizás había condenado a aquella mujer que en tan alta estima tenía. Era la última vez que la vería y le habían quedado tantas cosas por decirle... Como que la deseaba. Como que, si pudiera volver al pasado, cambiaría muchas cosas para poder estar con ella, para que su amor no hubiera sido imposible. Pero ya era tarde. Allí estaba, de pie, viendo el grácil caminar de aquella mujer que se alejaba. Una mujer a la que, por más que había querido, no había podido amar por culpa de sus creencias. Una mujer a la que no volvería a ver...

Se giró con lágrimas en los ojos y empezó a caminar, rumbo a su destino. Un destino cruel y nada alentador. Pero era un caballero y moriría como tal. Se negaba a huir. Quizá la iglesia pudiera silenciarle, pero su secreto estaría a buen recaudo, esperando el día en que la verdad saliera a la luz.

XI

Cadaqués, Noviembre 2.010

Arquímedes estaba sentado. Debía de encontrarse en algún jardín ya que notaba el tacto de la hierba en sus manos apoyadas en el suelo. El resplandor del fuego se reflejaba en su cara y en sus ojos, de una claridad asombrosa. Miraba hacia una casa que era pasto de las llamas. En una de las ventanas una figura humana parecía mirarle, mientras se consumía por el fuego ante la impotencia de los bomberos por salvarla. Una mano se posó en su hombro sobresaltándolo. Era un bombero que le preguntaba: ¿Estás bien chico? ¿Cómo has logrado escapar?

Se despertó en ese momento. Jamás había podido responder a aquella segunda pregunta. Y ya pensaba que nunca podría hacerlo. La misma pesadilla asaltaba sus sueños, desde mucho tiempo atrás, un par de veces por semana, como mínimo. Sus padres adoptivos murieron en un terrible incendio, en su propia casa, cuando Arquímedes contaba cinco años. Él estaba durmiendo y minutos más tarde se encontraba fuera de peligro. Los psicólogos dijeron que el joven había reprimido aquellos instantes. El trauma no le dejaba recordar. Nunca llegó a conocer a sus padres biológicos y perder a sus adoptivos fue un duro golpe. Pero era un muchacho muy fuerte, o

eso decía su tía, María Boix, que se hizo cargo de él tras la muerte de su hermano.

Se sentó en la cama y presionó con fuerza sus sienes. Cuando consiguió despejar su mente se incorporó y echó un vistazo al lecho al tiempo que sonreía. La cita con Esther había ido muy bien. Hablaron, rieron y se divertieron, hasta que entrada la madrugada la invitó a subir a su habitación en el hotel. Después de algunos juegos de seducción, la evidente atracción mutua que sentían acabó en una tórrida sesión de sexo. Miró a la chica, que yacía en brazos de Morfeo. Una sábana blanca cubría sus piernas dejando la espalda al desnudo. Un mechón rizado caía sobre su cara. Ella le gustaba mucho y quizás era el momento de dar una oportunidad al amor, o que el amor se la diera a él. «El tiempo dirá», pensó.

Entró en el espacioso baño y abrió el grifo de la ducha. Se quitó la camiseta de manga corta, la única prenda que llevaba, y dejó al descubierto un símbolo extraño tatuado en la parte posterior de su cuello.

–Curioso tatuaje –dijo Esther que acababa de entrar.

–Buenos días –saludó Arquímedes al reflejo de la chica en el espejo.

–¿Qué significa?

–Energía. Me lo tatuó un hindú en un viaje a India. Después de intentar quitármelo de encima unas seis veces, comprendí que sería más rápido dejarme tatuar.

–¿Y por qué energía?

–Fue su elección. Me dijo que yo desprendía mucha energía. Por no escucharle más acepté. Por fortuna, el cuello de las camisas lo cubren, aunque debo confesar que le tengo cierto cariño.

–¿Me puedo dar una ducha? Tengo que ir a trabajar.

–¡Por supuesto! ¿Quieres que pida que nos suban el desayuno?

–No, gracias. No tengo mucho tiempo. Tomaré algo en el bar.

Arquímedes la dejó en la ducha y se acercó al pequeño escritorio que había frente a la cama. Sacó de la funda su potente ordenador portátil y lo dejó sobre el mueble mientras el sistema operativo *Cerberus* se iniciaba. Durante la cena con Esther recibió una llamada de Sergi para contarle las novedades del caso de la desaparición de Mireia, que brillaban por su ausencia. Le fastidiaba no poder dar ninguna luz al incidente. «¿Qué clase de secuestradores son los que no piden rescate?», pensó. Algún detalle se le escapaba y, por muchas vueltas que le había dado al asunto, no conseguía entrever la solución. Cada vez tenía más claro que el dinero no era el motivo de los raptos. Una breve melodía le indicó que el sistema ya estaba listo para trabajar. Se conectó a la red *wi-fi* del hotel y abrió el navegador de internet. Accedió a la página web del diario *El Punt* y ojeó las noticias del día, haciendo hincapié en las de sucesos. En esa sección encontró el reporte de una nueva desaparición, esta vez en Rupià. La hija de un respetado notario se había esfumado de su casa en extrañas circunstancias. Por primera vez, la prensa hacía eco de la posible relación de los tres casos, según había trascendido de fuentes policiales. Arquímedes estaba totalmente convencido de ello. Pero, ¿cuál podía ser esa maldita relación?

Sin saber muy bien el porqué, tecleó la palabra “brujería” en el buscador. Enseguida apareció el siguiente mensaje bajo el vocablo: “aproximadamente 1.500.000 resultados”. Se rió de sí mismo. No podía creer que se

dejara influenciar por el relato del viejo lobo de mar. Tan sólo por curiosidad decidió seguir investigando. Mirar todas las páginas que listaba el buscador le hubiera podido llevar años. Por fortuna, Arquímedes tenía un as en la manga. Hacía unos años, había creado un pequeño programa para conseguir una relación de las palabras más repetidas en documentos de la *World Wide Web* de una misma temática, a partir de una o varias palabras clave. Cambió el código del programa para fijar “brujería” y “Empordà” como tales. Ejecutó el programa y al momento empezaron a aparecer los términos en la pantalla: brujas, diablo, magia, hechizos, conjuros... Ninguno llamó su atención hasta que el motor de búsqueda mostró el duodécimo y el vigésimo: Savanna y Nicolau Eimeric.

XII

Toledo, Noviembre 2.010

Ander Labache miraba hacia la calle a través del ventanal de un pintoresco bar. Cientos de gotas de agua se inmolaban en el cristal, en su descenso suicida de las nubes a la tierra. Observaba el tráfico lento debido a las condiciones climáticas y a la gente, que corría para ponerse a salvo de la lluvia que acababa de hacer acto de presencia. Estaba esperando a su hermano pequeño, que había ido a comprar la prensa del día. Apuraba su café, con un evidente exceso de agua, sentado a una mesa de mármol, fijada a un suelo decorado con unos gastados azulejos blancos y negros. La típica taberna de principios del siglo XX estaba atestada de clientes que vociferaban sus pedidos por encima del tumulto del local. Una nube de humo sobrevolaba las cabezas de los asistentes. Ander ya tenía ganas de que llegara el próximo año, ya que entraría en vigor la nueva legislación que prohibía fumar en locales de restauración, entre otros lugares.

Se encontraban en Toledo, a escasos metros del núcleo histórico, esperando órdenes de la organización para su último trabajo. Siempre le habían dicho que era muy difícil entrar en el brazo armado de *Euskadi Ta Askatasuna*, pero que era mucho más complicado salir. Él les había comunicado su intención de dejarlo, para

enrolarse en la facción política, y parecían entenderlo. Tan sólo le habían pedido que se hiciera cargo de un último “encargo”. Aún no sabía cómo iba a decírselo a su hermano, que odiaba la violencia. Le quería a su lado para trabajar juntos en la lucha política por la independencia de Euskadi. Pero antes debía convencerlo para que le ayudara a cometer, lo que a buen seguro iba a ser, un atentado en Toledo.

Unai entró en la taberna risueño, como de costumbre, y con el periódico en la mano. Se sentó al lado de Ander y tomó un sorbo del café que había dejado a medias. Puso una mueca, ya que el líquido estaba helado.

–Mira Ander. El Athletic ganó dos a uno a la Real –dijo mirando la sección deportiva del diario.

–¿Quién marcó?

–El de siempre: Llorente. Tamudo recortó distancias a cinco minutos del final. Acabamos pidiendo la hora y sufriendo, como siempre.

El pequeño de los Labache pasó las páginas mientras Ander pensaba cómo enfocar el problema para que Unai no pusiera el grito en el cielo y accediera a ayudarlo. Continuaba su lucha interior, ya que no quería arrastrar a su hermano a continuos remordimientos diarios, como él solía tener por las muertes que sus actos habían provocado. «Es aún tan inocente», pensó Ander.

Ander quería mucho a su hermano, siempre le había protegido y se había llevado muchas reprimendas de sus padres, por cubrir algunas travesuras de Unai cuando eran más jóvenes. Con el paso de los años, Ander había ido perdiendo la inocencia y su círculo de amistades le llevó a ingresar en la organización. Por su parte, Unai continuaba conservando toda su candidez y su hermano

mayor se había esforzado mucho por ampararle cuando la situación lo requería. No concebía una vida sin su hermano pequeño y, por descontado, lo más duro de su tiempo en prisión había sido no poder estar a su lado. Pensar en que iba a traicionar las convicciones de Unai le dolía profundamente, pero ya tendría tiempo de compensarle. Todo iba a salir bien y les esperaba una vida mejor.

–El Papa va a visitar Toledo, Ander. El próximo fin de semana. Quizás puedas confesarte con él –dijo Unai con tono burlesco, sabiendo que su hermano odiaba la religión.

Ander notó como su piel palidecía ante la noticia que acababa de darle su hermano. Nada más salir aquellas palabras de la boca de Unai, supo cual iba a ser su último trabajo.

XIII

Cadaqués, Noviembre 2.010

El informático seguía con la vista clavada en la pantalla de su portátil bastante después de que Esther se marchara. Tal como le había explicado el anciano, Savanna de Cadaqués fue una de las brujas más conocidas del Empordà y, al parecer, su hija Lidia siguió sus pasos. Después de mucho navegar por la red, encontró no pocas historias sobre brujas en el Empordà, pero no pasaban de ser meras leyendas. Tuvo más suerte en la búsqueda de documentación sobre Nicolau Eimeric. Fue un inquisidor de la Corona de Aragón, con gran reputación en la persecución de blasfemos, herejes y brujas. Sus dudosos juicios, su extrema violencia en sus castigos y su continuo enfrentamiento con el rey Pere III, le llevaron al exilio en Avinyó, donde escribió su obra más conocida: el *Directorium inquisitorum*. Eimeric definió en él la brujería y expuso los medios para descubrir a las brujas, así como sus prácticas mágicas prohibidas.

Una idea empezó a formarse en la mente de Arquímedes, pero la desechó de inmediato. Él no creía en nada. Ni en religiones, ni en leyendas, ni en supersticiones... Le parecían supercherías y no era momento para cambiar sus convicciones. Las causantes de las desapariciones eran personas humanas, se dijo, y

como tales cometerían algún error, tarde o temprano.

Salió del hotel para visitar a Sergi. Un cielo encapotado le saludó nada más pisar la calle. Unos nubarrones, de un gris muy oscuro, se acercaban lentamente a la población desde el mar, con intención de descargar con violencia el agua que tenían acumulada. Se podía respirar en el ambiente la tormenta eléctrica que estaba por llegar. Otras nubes menos amenazadoras, justo encima de la localidad, dejaban pasar débiles rayos de luz solar. Aunque apenas eran las diez, daba la sensación de estar más cerca el ocaso que el mediodía.

En un par de minutos se encontraba tocando el timbre de la casa de su amigo. El anfitrión tardó en abrir y cuando lo hizo mostró un semblante triste y cansado, acentuado por unas prominentes ojeras. Arquímedes esperó a que le invitara antes de hacer ademán de entrar.

—¿Alguna novedad? —preguntó, mientras caminaban por el pasillo.

Sergi negó con la cabeza justo antes de entrar en el salón. Allí estaba Susana, tumbada en el sofá, con los ojos rojos e hinchados. Nada quedaba de la risueña chica que habían conocido tiempo atrás en una fiesta universitaria. Se sentó junto a su esposa y volvió a reinar el silencio. Arquímedes se acomodó en un sillón de piel granate y observó a la pareja durante unos segundos, como quien contempla una pintura colgada en una pared desde la distancia adecuada. Un óleo que sólo podía tener un nombre: desazón.

—Dime que has descubierto alguna cosa, Arquímedes — dijo Sergi rompiendo el silencio.

—Hay algo que ronda mi mente, pero no consigo que salga. Algún detalle que he visto o he oído, y que puede

ser importante.

Susana rompió a llorar. Se levantó del sofá con lágrimas resbalando por sus mejillas. Unas lágrimas que, no debía hacer mucho rato, habían recorrido el mismo camino.

–¡Tienes que encontrarla, Arquímedes! ¡Tienes que encontrarla! Tienes que encontrarla, tienes que encontrarla... –se desahogó la joven, descargando toda la amargura contenida. Disminuyó progresivamente su tono de voz hasta que logró calmarse–. Disculpadme –dijo con la voz rota, mientras subía las escaleras para refugiarse en su habitación.

Los dos hombres siguieron con la mirada a la mujer hasta que quedó fuera de su alcance. Prosiguieron con el mutismo unos minutos más.

–No te he ofrecido nada –dijo Sergi sin mirar a su amigo.

–Tranquilo, ahora mismo no me apetece nada. Supongo que ya te has enterado de la nueva desaparición.

–Sí. Me ha llamado el sargento Enric Fabra. Ha preguntado por ti, por cierto.

–Lo supongo. Tiene que haber alguna relación entre las desapariciones. Sergi, ¿no conocías al notario?

–No. No sé qué puedo tener en común con un empleado de banca y un notario –respondió Sergi mientras veía como se iluminaban los ojos de su amigo.

–¡Claro! ¡Eso es! –exclamó Arquímedes ante la confusa mirada de Sergi–. Un banquero, un notario y tú.

–No te sigo.

–Son dos figuras casi imprescindibles en cualquier transacción inmobiliaria. ¿Habéis comprado o vendido algún inmueble?

–No. Esta casa es propiedad de mis padres, desde hace muchos años –contestó Sergi, viendo como el entusiasmo desaparecía del rostro de Arquímedes, que volvió a sumirse en sus pensamientos–. Aunque quizá...

–Quizá... –repitió Arquímedes apremiando a su contertulio.

–¿Te sirve un terreno en Foixà? –añadió Sergi no muy seguro de sus palabras.

–¡Sí! –añadió mientras se levantaba del sillón–. ¿Tienes la prensa de hoy?

Sergi indicó con la cabeza la ubicación del periódico, en una mesilla contigua al sofá, sobre la que también se encontraba el teléfono. Buscó con avidez la noticia que buscaba y en escasos segundos dio con ella. La nueva informaba de una serie de actos vandálicos en varias parcelas de cultivo del Empordà, echando a perder las cosechas de los propietarios. Arquímedes plantó el diario en el sofá, junto a Sergi, y con un golpe en el mismo dijo:

–*Quod erat demonstrandum.*

XIV

Girona, año 1.396

Una densa niebla se empezaba a apoderar de la ciudad con la caída de la noche. Una figura caminaba con ritmo acelerado, desafiando a la desapacible noche. El sordo repicar de las sandalias anudadas a sus tobillos contra los adoquines de la calle empedrada, rompían el silencio sepulcral en el crepúsculo gerundense. La figura avanzó unos metros y se detuvo para escrutar entre la bruma. Se trataba de un joven fraile, de mediana estatura, ataviado con una túnica marrón que le llegaba a los pies. Su rostro estaba oculto por la capucha y sus manos entrelazadas a la altura de la cintura dentro del ropaje. Echó la vista atrás dos veces mientras contenía el aliento. Asegurándose de que nadie le seguía inició la marcha mientras brotaba de su capucha una gran vaharada debido al frío y a la incipiente humedad. Después de unos metros empezó a dibujarse ante él la fachada del convento de Sant Domenech. Aminoró el paso sintiéndose aliviado ante la presencia del edificio. Subió los peldaños que llevaban a la entrada de la iglesia gótica, observando por última vez la calle vacía a sus espaldas. Una vez dentro su ánimo se tornó más sosegado y avanzó hacia el altar. Sentado en la primera fila de bancos se encontraba otro fraile, un poco más bajo y orondo, que vestía una túnica similar. El recién llegado se acercó lentamente y,

tras un leve carraspeo, empezó a hablar.

–Frai Nicolau. Tengo el gusto de anunciarle que su voluntad se ha cumplido –dijo en voz muy baja.

–Excelente. ¿Cuándo será la ejecución? –preguntó sin dirigir la mirada a su interlocutor.

–¿Ejecución? Primero deben ser juzgadas –contestó extrañado.

–¡Son brujas! Frai Bernat, ¿acaso no recuerda quién es el inquisidor general? –dijo Frai Nicolau visiblemente enfurecido.

–Disculpe mi osadía Frai Nicolau, pero el rey Joan I le despojó del cargo y le expulsó –contestó Frai Bernat.

–¡El rey Joan murió! –exclamó Nicolau Eimeric mientras se ponía en pie–. El nuevo rey, Martí, no tardará en darse cuenta de los errores de su antecesor. Pero mientras dejamos que el tiempo ponga a cada uno en su lugar, os pido que deis la orden de ejecución a Frai Guillermo, él sabrá qué hacer.

–Si es lo que desea, Frai Nicolau, así lo haré. Pero exigiré a Frai Guillermo que tome todas las precauciones posibles. La ejecución de doce mujeres... brujas, sin juicio alguno, puede exaltar a la población.

–¿Ha encontrado el cáliz?

–Aún no, Frai Nicolau, el cofre estaba vacío.

–Utilicen cualquier método de tortura que esté a su alcance. Verá como finalmente confesarán –dijo Eimeric con una sonrisa en sus labios.

–Así lo haremos –finalizó Frai Bernat, con un atisbo de duda en sus ojos.

El joven fraile se santiguó ante la figura del gran cristo que colgaba varios metros por encima del altar, se colocó la capucha y se dirigió hacia la salida del templo.

Nicolau Eimeric lo observó mientras se alejaba. «Es joven, pero será un buen soldado del Señor», pensó. Sí, estaban en guerra. Herejes, brujas, demonios... Había muchos enemigos a los que hacer frente, con la fe de Dios. Pero pronto tendrían ayuda. Si encontraban aquel objeto, que los herejes templarios habían robado a la iglesia, tendría un gran poder, convirtiéndose en el mayor defensor del cristianismo, el mariscal de la milicia de Dios. Aquellos zafios templarios no acabarían con la hegemonía de la iglesia. Y, por fin, la tediosa búsqueda estaba acabando. Pronto llegaría el momento.

XV

Cadaqués, Noviembre 2.010

Grandes nubes, de diferentes tonalidades, luchaban por impedir el paso a los rayos solares y, como consecuencia, empezaba a oscurecer a la una del mediodía. Al menos la lluvia parecía dar una ligera tregua, después de haber regado el Empordà un par de horas antes. La tormenta se alejaba hacia el interior sin prisa, sabiéndose implacable y temida por los humanos. Arquímedes se detuvo justo antes de subir al coche de Sergi e inspiró profundamente. El característico olor del agua evaporándose sobre el asfalto le llegó con fuerza.

–¿Quieres subir al coche y decirme por qué vamos a Foixà? –preguntó Sergi devolviendo a su amigo a la realidad.

–¡Por supuesto! –exclamó Arquímedes mientras se sentaba en el asiento del copiloto, y tras el silencio de su amigo añadió–: Nadie ha pedido un rescate por los secuestros, ergo el dinero no es la motivación de estas desapariciones. El trasfondo de las mismas tiene que ser de otra índole.

–Puede ser, sí. Pero entonces, ¿a qué se deben?

–Te diré de antemano, que mis facultades mentales no están alteradas... Por lo que puedas pensar después de lo

que voy a explicarte. Hace un par de días me encontré a un anciano en un bar. Tengo dudas de si estaba en sus cabales o no, pero me comentó que por estas tierras hubo brujas tiempo atrás. Y, según su parecer, aún las hay. Debo añadir que no creo en la brujería, pero sí en la maldad de la gente. Gente que puede querer utilizar el miedo irracional de las personas hacia las brujas en su propio favor.

–Suerte que me has dicho que estás cuerdo... –dijo Sergi con sorna, mientras arrancaba el coche y empezaba la maniobra para salir de la plaza de aparcamiento.

–Era necesario, créeme. Decidí investigar un poco sobre brujería. Por lo que pude leer, las brujas solían ser mujeres de escasa inteligencia y, a menudo, con defectos físicos que provocaban las burlas de sus vecinos. Por esta razón hacían un pacto con el diablo, para obtener ciertos poderes y poder vengarse de quienes se reían de ellas, o abusaban de su precaria astucia. Bien podría ser que el diablo con el que hacían el pacto sólo fuera algún vecino que se aprovechara de ellas, pues solían ser habituales las orgías con el supuesto diablo.

–Continúa, por favor. Me tiene intrigado el destino de tu monólogo.

–Pues bien, entre sus diversas venganzas las más usuales eran matar a los fetos de las mujeres embarazadas, a los recién nacidos y malograr los campos de cultivo de los lugareños. También conseguí información sobre Nicolau Eimeric, un inquisidor de la Corona de Aragón que quemó a muchas brujas en la hoguera, algunas de ellas sin juicios justos.

–¿Quieres decir que mi hija está muerta, Arquímedes?
–preguntó Sergi con semblante preocupado.

–No, amigo, no. Hay alguien que nos quiere hacer creer que son brujas buscando venganza. El rapto de tu hija, la del empleado de banca y ahora la de un notario... Creo que, en realidad, buscan algo. Y después de ver la noticia de las cosechas estropeadas en el Empordà, tengo claro que buscan algo que quizá esté escondido en un terreno de la comarca. Y tu familia tenía uno...

Enric tomó otra píldora para la migraña. Cogió una botella de agua medio vacía del asiento trasero del coche y la acabó de un solo trago. Devolvió el recipiente a su ubicación anterior y miró al conductor. El joven agente David Bonet pilotaba el vehículo sin dejar de mirar a la carretera. Aún recordaba el primer día del muchacho en la comisaría. Nada más verlo supo que sería un buen agente, aunque se podía oler el miedo al acercarse a él. Después de dos años en el cuerpo, David se había ganado su confianza y, siempre que podía, contaba con él para la investigación de campo. Era un chico comprometido con la justicia, un buen policía. Si no se descarriaba, en pocos años ocuparía un alto cargo. «Los más inteligentes llegan a lo más alto y una vez allí se vuelven tontos», pensó Enric esperando que no fuera el caso del chaval que tenía a su lado.

Estaba desorientado en la investigación de las desapariciones. No tenían ninguna pista y nadie había reclamado rescate alguno por las niñas. Estaban a ciegas en un caso atípico. Había salido del despacho con David para patrullar por Rupià y las localidades aledañas, por si sonaba la flauta y veía alguna cosa que le proporcionara cualquier pista. Creía que eso era mejor que estar sentado en la oficina.

Su paseo les había llevado a Foixà. Después de dar una vuelta entera a la pequeña población se dispusieron a salir, por orden del sargento. Enfilaron la carretera de salida y, después de una curva pronunciada, el castillo de Foixà quedó al descubierto a su izquierda. El castillo, a lomos de un pequeño montículo, tenía unas magníficas vistas de los campos del Empordà, en dirección este. Un sendero de tierra conducía desde la carretera a la entrada del edificio, reconvertido en vivienda con el paso de los años. A los pies del palacio, una barriada de casas de piedra descansaba al abrigo de la fortaleza.

Enric vio como dos personas caminaban por el sendero, en dirección al castillo.

–David, ve hacia el castillo. Me temo que esos señores no quieren hacer caso de mis advertencias –dijo el sargento con una sonrisa maliciosa.

El joven agente cumplió la orden de su superior y viró a la izquierda para tomar el camino de tierra. Se apearon del vehículo y descendieron por la suave pendiente, hasta llegar a la altura de Sergi y Arquímedes, que se habían detenido al ver el coche.

–Señores, espero que no sigan investigando por su cuenta. No desearía tener que detenerles por entorpecer una investigación oficial –dijo Enric a modo de saludo.

–¿Investigar? No, sargento, estamos haciendo turismo. Hay muchos pueblos preciosos en el Empordà –contestó Arquímedes con una encantadora sonrisa.

–Claro... Me dirán que es casualidad que les haya encontrado en los alrededores de donde se produjo la última desaparición.

–¿Otra desaparición? –preguntó el informático exagerando en demasía su actuación.

–Verá sargento... –intervino Sergi para evitar que su amigo se metiera en problemas–. Tenemos una hipótesis. Bien, Arquímedes ha descubierto una posible relación entre las desapariciones.

–¿Una hipótesis? Señor Aulet, deberían dejar las indagaciones para los profesionales. Entiendo su preocupación y que sean amigos, pero nosotros tenemos más medios para resolver el caso.

–Entiendo, sargento. Pero este hombre –continuó Sergi mientras posaba una mano en el hombro de su amigo– tiene el don de la clarividencia, aunque en ocasiones sea un tanto impresentable.

–Señores...

–Arquímedes hazle una demostración –atajó Sergi el diálogo de Enric mientras le señalaba.

–Sargento Enric Fabra. Cerca de los cincuenta años. Por la marca en su dedo anular, deduzco que está usted casado, aunque no le gusta llevar el anillo mientras trabaja. Hubo un tiempo en que le gustaba su trabajo pero la justicia actual le hastía. Al juzgar por las manchas y arrugas de su ropa, diría que tiene problemas familiares y su mujer no ha podido, o no ha querido, ayudarle a adecentar su vestimenta. En su bolsillo derecho se intuye un frasco de pastillas, probablemente tenga algún tipo de enfermedad crónica...

–¡Ya basta! –exclamó Enric colérico.

–¿Cómo lo hace? –preguntó el joven agente atónito.

–Tan sólo observo los detalles y después conjeturo. Debo admitir que en ocasiones tengo fortuna.

–Está bien. Cuéntenme sus teorías –claudicó el sargento, lanzando una mirada iracunda a Arquímedes.

XVI

Foixà, Noviembre 2.010

El sargento Enric Fabra escrutaba los claros ojos de Arquímedes como si quisiera entrar en su mente. Estaban compartiendo almuerzo, acompañados por Sergi y el agente Bonet, en un conocido restaurante de Foixà. El local, una casa de piedra de estilo rústico, tenía fama de dar una buena cocina casera catalana y en realidad así era. Su mesa se encontraba situada en una amplia sala, donde había repartidas una decena más. A escasos metros, una gran chimenea hacía las veces de barbacoa, asando unas cuantas butifarras y algunas rebanadas de pan. La decoración de estilo rural y los manteles de cuadros blancos y marrones, transportaban a los comensales unos años atrás en el tiempo. La cubertería merecía una mención aparte: los tenedores, con el mango de madera, estaban extremadamente desgastados, y los cuchillos bien podían haber sido utilizados como arma arrojadiza en la guerra civil.

Una vez acabada la comida, el informático expuso sus sospechas a los agentes. Una camarera de escasa estatura sirvió los cafés, al tiempo que guiñaba un ojo a Arquímedes, que respondió con una sonrisa. Enric vertió el azúcar en la taza y removió la cucharilla para mezclar el contenido.

–Veamos si le he entendido bien. ¿Me está diciendo que hay una serie de personas, que se hacen pasar por brujas, que quieren hacernos creer que se están vengando de un cruel suceso del medievo, cuando en realidad su cometido es apoderarse de un objeto que se halla enterrado en estas tierras? –preguntó Enric con sorna.

–Sargento, si lo expone así a sus superiores, no le van a creer. Debería adornarlo un poco, como he hecho yo.

–Señor Fabra, sabemos que la hipótesis es un tanto excéntrica, pero a falta de pistas, como es el caso, no estaría de más que la tuvieran en cuenta –intervino Sergi para evitar la reprimenda del policía a su amigo.

–¿Qué esperan que hagamos? No tenemos ninguna base de datos de brujas y magos.

–Quizás bastaría con comprobar la titularidad de los terrenos afectados por los actos vandálicos –concluyó Arquímedes.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Enric. El agente del orden se excusó y salió del restaurante para contestar la llamada.

–¿Qué ocurre Helena?

Le había manifestado a su mujer, en innumerables ocasiones, que le molestaba que le llamara mientras estaba de servicio. Sus problemas personales no podían interferir en su jornada laboral. Con el paso de los años, la concentración de la que había hecho gala en sus inicios en el cuerpo se había visto mermada en exceso y ya no conseguía abstraerse de sus propias preocupaciones.

Helena le informó que su hija tenía pensado salir esa noche, a pesar del castigo que le había impuesto su padre

y se disponía a marcharse antes de que llegara él a casa. Sus actos de rebeldía empezaban a irritarle sobremanera. La llamada finalizó con la discusión de los progenitores. Helena quería que Enric hablara con su hija, para disuadirla de su salida nocturna y éste le recriminaba que no era el momento adecuado.

Cortó la conversación dejando a su mujer con la palabra en la boca. Suspiró y sacó de su pantalón otra pastilla para la migraña. Era la segunda del día. Trató de serenarse antes de volver a entrar al restaurante. Empezaba a discutir con Helena con asiduidad y el motivo inicial siempre era María, su hija, para acabar mostrando sus desavenencias sobre otros temas airadamente.

Cuando regresó a la mesa los amigos charlaban con el agente Bonet sobre fútbol. A Sergi le aburría la pasmosa superioridad que mostraban Barcelona y Real Madrid sobre el resto de equipos de la liga española. Aunque el campeonato aún no había llegado a su ecuador, tan sólo estos dos clubes tenían opciones reales de ganar la competición. Enric se tomó su café de un sorbo y esperó a que la conversación llegara a su fin. Cuando todos quedaron en silencio, miró a los dos amigos fijamente.

–Está bien, señores. Buscaré información sobre los propietarios de esos terrenos. Mañana tendré la información, a lo sumo pasado. Si hay alguna relación con las desapariciones se lo haré saber.

Sergi y Arquímedes asintieron con la cabeza, y Enric examinó el semblante de éste último. No le gustaba ese hombre, por muy inteligente que fuera, pero debía reconocer que él tenía razón en una cosa: no tenían ninguna otra pista que investigar.

La camarera dejó la cuenta en la mesa y el informático

la recogió, sacando después una tarjeta de crédito de su cartera.

–Permitan que les invite, caballeros.

–Muchas gracias, señor Boix –dijo Enric mientras se levantaba–. Ahora la pelota está en nuestro tejado. Les pido que no sigan investigando por su cuenta, por favor.

El sargento Fabra se alejó de la mesa sin esperar respuesta. El tono tampoco había dejado lugar a dudas: era una orden. El agente Bonet se incorporó y se despidió de los amigos con la mano derecha extendida sobre la sien.

XVII

Cadaqués, Noviembre 2.010

Después del almuerzo, Sergi y Arquímedes regresaron a Cadaqués. El primero pasó por su negocio, un comercio de pinturas que había regentado su padre hasta la jubilación. Llevaba unos días sin pasar por el establecimiento, pero su empleado se las había apañado muy bien durante su ausencia. Jordi, que así se llamaba, se preocupó por el estado de salud de su patrón y le dijo que se marchara a descansar, que él tenía la situación controlada. Su subalterno no tuvo que insistir mucho, pues se sentía agotado y decidió ir a casa con Susana.

Arquímedes puso rumbo al hotel para descansar un rato. Se dio una ducha rápida y se tumbó en la cama con el torso aún mojado. Recogió el mando a distancia, que reposaba en la mesilla de noche, y se dispuso a ver la televisión. Desesperado por no encontrar nada de su agrado, decidió optar por una película que acababa de empezar en uno de los canales de pago, que el hotel ofrecía gratuitamente a sus huéspedes. El sueño y el soporífero filme le vencieron y se quedó dormido enseguida.

Una perseverante pesadilla de fuego y desgracia familiar volvió a perturbar su descanso. Estaba a salvo, lejos del fuego abrasador que consumía la casa de sus

padres. En una de las ventanas, con los vidrios hechos añicos por una deflagración, podía ver la silueta de una persona que, lejos de intentar huir del siniestro, parecía aceptar su destino por alguna razón. Intentó gritar en vano, pues sus pulmones debían de haber aspirado mucho humo, y sólo consiguió tener un acceso de tos. Se acercó a un bombero y le tiró de la manga de la chaqueta para atraer su atención. El hombre le preguntó cómo había escapado del incendio y él se quedó callado, intentando buscar la manera de contestarle, pero no podía.

Se despertó empapado en sudor y decidió volver a ducharse. Se dio cuenta de que había dormido varias horas, pues la oscuridad empezaba a adueñarse de las calles de Cadaqués llegando desde el mar. Desde el balcón de su habitación pudo observar que poca gente transitaba por las calles, y una ojeada a su reloj le confirmó que había sesteado demasiado.

Una vez se hubo aseado, se dispuso a salir a cenar fuera. La humedad de la noche le recibió y Arquímedes agradeció la ligera brisa fresca que acarició su rostro. Empezó a pasear y sus pasos le llevaron al bar donde trabajaba Esther. Antes de entrar al local se giró, pues tenía la sensación de que le vigilaban. Se sintió extraño. Siempre había pensado que ese tipo de sensaciones, tan comunes en las películas y libros, no eran reales. ¿Cómo se podía dar cuenta una persona de que la estaban siguiendo? Escrutó el pequeño callejón sumergido en la penumbra, así como las ventanas de los pisos superiores de los edificios, sin conseguir ver a nadie espiando.

Entró en la taberna sintiéndose estúpido. Pero enseguida cambió su estado de ánimo. La joven camarera le dio la bienvenida con una amplia sonrisa, que le dejó

embelesado.

–Mi turno acaba en diez minutos, ¿por qué no me invitas a cenar? –preguntó Esther.

–Me parece una buena idea.

Salieron del bar y se dirigieron a un restaurante cercano. No había excesiva clientela. El invierno estaba a punto de llegar y el fin de semana se había acabado. Tan sólo un par de matrimonios franceses cenaban en el local. La camarera, una joven de mediana estatura y pelo rubio recogido en una coleta, les acomodó en una mesa alejada de los otros comensales, para que tuvieran más intimidad.

La cena discurrió entre charlas y risas y, una vez llegados a los postres, Esther se interesó por la hija de Sergi. Arquímedes mostró su preocupación, pues ya hacía una semana que Mireia había desaparecido, pero estaba convencido que seguía con vida. Planteó su hipótesis y añadió que estaban esperando información de la policía. Su contertulia asintió y se mostró de acuerdo con el planteamiento del informático.

Durante toda la distendida conversación no dejaron de mirarse a los ojos, mientras la pasión de ambos iba en aumento. Parecían dispuestos a devorarse con cada mirada y una vez acabada la cena no dudaron un instante en dirigirse a la habitación de Arquímedes en el hotel. Nada más cerrar la puerta de la habitación se fundieron en un interminable beso. Esther empezó a desabotonar la camisa de su amante, sin separar sus labios de los de él. La joven asió la corbata de Arquímedes, a modo de correa canina, y le llevó hasta los pies de la cama, donde le dio un empujón para tumbarlo en la misma. Ella empezó a contonearse al compás de una música que sólo ellos dos podían oír. A continuación se despojó de su jersey y su

camiseta, para proseguir con el sujetador, en el que se recreó para provocar aún más excitación en su espectador. Unos exuberantes senos quedaron al descubierto y a Arquímedes le llegó la confirmación de que su erección había llegado a su punto álgido.

Esther siguió con su baile mientras desabrochaba sus pantalones. Él se incorporó, clavando sus codos en la cama, para observar mejor el espectáculo. Apoyó las manos en los vaqueros y, muy despacio, los bajó hasta sus pies, ayudándose con un sensual vaivén de sus caderas. Unas minúsculas braguitas de color negro eran la única prenda que le quedaba a la chica, que mostraba una esbelta figura llena de sinuosas curvas. Tras liberar sus pies de los pantalones, se abalanzó sobre su presa, sentándose sobre su miembro viril que esperaba ser liberado cada vez con más ansia.

Arquímedes cogió por la cintura a su amante e intentó tumbarla, para obtener una posición ventajosa, pero la maniobra fue harto torpe y a punto estuvieron de caer al suelo. Se repusieron entre risas y por fin el informático consiguió su objetivo. Cogió las muñecas de Esther y estiró sus brazos por encima de la cabeza. Empezó a besar su cuello con sensualidad, para ir descendiendo lentamente por sus pechos y su vientre. Le liberó las muñecas para poder quitarle la ropa interior con suavidad. El éxtasis llegó a su momento cumbre cuando Arquímedes se perdió en el sexo de ella, animado por sus gemidos que iban *in crescendo*. Con un grito ahogado, Esther le agarró del pelo con una mano, levantándole la cabeza.

–Quiero que me folles... –musitó la joven.

Y Arquímedes obedeció con gusto.

XVIII

Cadaqués, Noviembre 2.010

Arquímedes despertó de un sueño plácido, libre de pesadillas. Echó un vistazo a su móvil, cuya pantalla le informó que pronto iban a ser las siete de la mañana. Notó el contacto del cuerpo desnudo de Esther en su espalda. Sonrió. No estaba enamorado de ella, era obvio, pero creía que aquella mujer podía conseguirlo. Empezaba a querer saber más cosas sobre ella, dándose cuenta de que no conocía casi ningún detalle de su vida.

La joven camarera abrazó a Arquímedes, rodeándolo con su brazo y aproximando más su cuerpo al de su amante. Él se giró con gesto risueño.

–Buenos días –dijo el informático al tiempo que apartaba con suavidad un mechón del rostro de la chica.

Ella tampoco podía dejar de sonreír. La embargó un leve sentimiento de culpabilidad. Su madre había pasado la noche sola en casa y no podría ir a verla hasta que acabara su turno a las seis de la tarde. «Ella lo entenderá», pensó. Estaba convencida de que Arquímedes sería del agrado de su madre. A ella también le gustaba, y mucho, quizás demasiado. Entonces volvió a sentirse culpable. Sentía que le estaba engañando, aunque no era así. Marta tan sólo le había pedido que le siguiera, e intentara sonsacarle información sobre la

situación de la investigación de las desapariciones. Y ni siquiera había sido necesario preguntar, puesto que él mismo le había explicado todo y cómo se sentía por no poder ayudar a sus amigos. En realidad no le había engañado, le estaba ocultando algo. Pero eso no evitaba que se sintiera culpable.

–¿Tienes familia? –le preguntó sacándola de su ensimismamiento.

–Muy poca la verdad –contestó, sorprendida por su muestra de curiosidad–. Mi padre nos abandonó, a mi madre y a mí, cuando nació. Soy hija única, pues mi madre prefería el alcohol y las drogas a relacionarse con un hombre que pudiera hacerle daño. Como consecuencia de sus vicios, sus hermanos la dejaron de lado, y no tengo ninguna relación con mis primos. Mis abuelos maternos murieron. Por tanto, sólo me queda mi madre, que no sé si durará mucho, ya que padece una fibrosis pulmonar. ¿Sigo o ya te he alegrado el día?

–Quizá me consigan una soga en recepción. ¿Me ayudarás a colgarme? –bromeó Arquímedes, tirando desde su nuca de una cuerda imaginaria mientras sacaba la lengua y ponía los ojos en blanco.

Esther rió con ganas. Ya estaba convencida: él le gustaba demasiado.

–Un desayuno nos puede animar el día. ¿Bajamos a ver si nos preparan algo?

–Ve tú. Yo me daré una ducha y enseguida me reúno contigo –concluyó la chica antes de entrar al baño.

Un servicial camarero dejó el café sobre la mesa donde Arquímedes leía distraído el periódico del día. El hotel era

de su agrado, evidentemente no era de los mejores en los que había estado, pero no estaba mal. La única pega que le podía poner era el desayuno. Detestaba el sistema de bufé libre, que se solía utilizar en la mayoría de los alojamientos. Él prefería sentarse en la cafetería y pedir que le sirvieran un café de máquina, y no tomar el agua oscura que se encontraba en el dispensario del bufé, que tenía más propiedades laxantes que cafeína. Las piezas de bollería seguramente serían las mismas, pero Arquímedes decidió esperar a Esther antes de probar bocado.

Estaba ojeando la contraportada del diario cuando ella hizo acto de presencia en la cafetería. La sala pareció iluminarse con su aparición. El camarero se acercó a la chica y adoptó una expresión más servil aún, para preguntarle si deseaba tomar alguna cosa. A su acompañante no le extrañó la conducta del empleado del hotel, al contrario, la entendía a la perfección. Era una mujer guapa, que conseguía hipnotizarte si mirabas sus profundos ojos oscuros, y que tenía una sonrisa cautivadora. Aunque su vestimenta no era nada especial, unos vaqueros desgastados y un jersey informal, conseguía que su figura quedara realzada y cualquiera hubiera quedado prendado del conjunto arquitectónico de la joven.

–Has tardado mucho. Estaba a punto de invitar a desayunar a una anciana que me ha guiñado el ojo –dijo Arquímedes mostrando una falsa indignación.

–Cosas de mujeres, ya sabes. Una ducha, varias cremas, diversas miradas al espejo... Media hora no nos la quita nadie.

–Has rozado los tres cuartos de hora, y suerte que no tenías vestuario donde elegir.

Ambos rieron mientras el camarero, que parecía ignorar al informático, sirvió a Esther un café con leche, donde coronaba un corazón realizado con la espuma de la leche.

–¿No quieres comer nada? –preguntó Arquímedes.

–No. Me iré enseguida. Tengo que abrir el bar – contestó Esther después de dar un buen sorbo a su bebida.

–Como quieras. ¿Cenamos juntos esta noche?

–No. Lo siento, pero debería cuidar de mi madre. ¿Mañana quizás?

–Está bien –contestó él sin poder contener su desilusión.

–Entonces hasta mañana –dijo la joven mientras se levantaba de su asiento con una sonrisa pícaro-. ¿Podrás soportarlo?

Arquímedes se quedó mirando como se alejaba, con un caminar que le pareció muy femenino. Cuando llegó a la puerta de la cafetería, que daba al exterior, se giró y lanzó un beso a su amante. El informático sonrió y se despidió con la mano.

Requirió la presencia del camarero con un ademán y pidió que le sirviera un cruasán. Volvió a leer el diario, esta vez con mayor atención. Cuando dio por finalizado su desayuno, decidió subir a la habitación para darse una ducha y más tarde hacer una visita a Sergi y su esposa.

Dejó correr el agua para que se calentara mientras se iba desnudando. Al pasar por el espejo se miró y pensó que se afeitaría al día siguiente. Cuando se iba a girar, algo captó su atención en el lavamanos. Restos de algún tipo de polvo blanco se habían quedado en el filtro del

desagüe. Los tocó con el índice y estuvo tentado de llevarse el dedo a la boca, cómo había visto hacer en infinidad de películas, pero desechó la ridícula idea. ¿Cómo podían deducir que era droga chupándose el dedo? Pero la pregunta que más le preocupaba era otra: ¿Esther tenía problemas con las drogas?

No le parecía una chica capaz de drogarse en la habitación del hotel de un hombre que acababa de conocer. El sonido del agua cayendo sobre la bañera llenaba toda la estancia. Arquímedes salió del lavabo para poder concentrarse. Al sentarse en una de las dos camas individuales que dominaban la habitación, descubrió nuevos restos del polvo sobre el oscuro barniz del parqué. Se dijo que aquellos restos no eran de ningún tipo de droga. Al inclinarse para observar mejor, vio una especie de dibujo bajo la cama. Apartó los dos lechos y quedó al descubierto un círculo dibujado con tiza, en cuyo interior había diversos tipos de extraños símbolos. El informático quedó estupefacto ante tal hallazgo.

Se dejó caer, abatido, en una butaca que estaba situada junto al pequeño escritorio donde descansaba su ordenador portátil. Sólo una persona podía haber hecho aquella inscripción y esa certeza le produjo aflicción y desconfianza por partes iguales. Aquel descubrimiento suponía un duro golpe. Había empezado a abrirse a aquella muchacha y si le volvían a decepcionar colocaría de nuevo la coraza sobre su corazón. Quizá el amor no tuviera lugar en el suyo. ¿Creía Esther que era una bruja? ¿Por qué había dibujado tal cosa bajo su cama? Se dijo que era mejor relajarse dándose una buena ducha y luego, más calmado, dar respuesta a dichas preguntas.

Salió del hotel con paso decidido, haciendo caso omiso

de las amenazadoras nubes que se cernían sobre la población. Llegó a la puerta del bar donde trabajaba Esther y se detuvo un instante para tomar aire y ordenar sus pensamientos. De nuevo volvió a sentirse observado. Se había cruzado con mucha gente en su camino hacia el local, pero no había reparado en nadie sospechoso. Finalmente traspasó el umbral.

La joven camarera estaba absorta en la portada de un diario. No había ningún cliente. Se acercó a la chica con aparente tranquilidad y ella no reparó en la visita hasta que estuvo a menos de un metro. Se sobresaltó al ver a Arquímedes.

–¿Qué haces aquí? –preguntó con gesto sorprendido.

–No he podido soportarlo. Necesitaba volver a verte.

Él estiró sus manos por encima de la barra, reclamando las suyas. Ella, aún más desconcertada, posó sus palmas en las del hombre. Un leve gesto, que no atinó a descubrir, cruzó el rostro de Arquímedes, que acto seguido acercó una mano de la muchacha a sus labios y la besó con dulzura.

Desandó sus pasos y cuando llegó a la puerta se volvió para despedirse.

–Hasta mañana, Esther.

La joven se quedó atónita ante el extraño y romántico detalle de su amante. Diversas teorías se agolparon en su cabeza.

Arquímedes puso rumbo a casa de Sergi con una sonrisa en la cara. Aún movía los dedos de sus manos notando el áspero tacto de la tiza.

XIX

Cadaqués, Noviembre 2.010

El aspecto desaliñado de Sergi no sorprendió a su amigo. Unas prominentes ojeras y un cabello enmarañado acaparaban la atención del informático. No había noticias de Mireia. A Arquímedes no le hubiera hecho falta preguntar, teniendo en cuenta la guisa del anfitrión, pero de todos modos lo hizo. Sergi le confirmó sus sospechas con un escueto «no».

De camino al salón vio a Susana, que bajaba las escaleras. Si el semblante de su marido no era muy bueno, el de ella era desolador. Siempre había sido una mujer jovial, de carácter juvenil y muy bella, pero ya no parecía quedar nada de antaño. A Arquímedes le pareció como una vela marchita que seguía consumiéndose con el paso inexorable de los días alejada de su hija.

El recién llegado se sentó en el sofá, acompañado por una silenciosa Susana, mientras su amigo entraba en la cocina. Dos minutos después, Sergi se personó en la estancia, con una bandeja provista de dos cafés para ellos y una tila para su mujer. Tras un par de sorbos, el informático decidió romper el alicaído ambiente.

–No quisiera daros falsas esperanzas –dijo, aunque en realidad deseaba infundirles un poco de fe– pero es posible que haya descubierto algo.

–¿Qué? –preguntó Sergi ansioso dando un ligero respingo en el sofá.

–Es mejor que no os lo cuente. Sospecho que me han seguido estos días. Además, puede que no signifique nada.

–¿Qué quieres decir con que te han seguido? ¿Quién? –inquirió su amigo cariacontecido.

–No lo sé. Es más bien una intuición. ¿Serías tan amable de prestarme tu coche esta tarde?

–Te acompaño –dijo, pensando que seguir cualquier indicio sobre el paradero de Mireia era mejor que estar encerrado en casa.

–No. Debo ir solo. Susana te necesita aquí.

Sergi echó una mirada a su esposa y, tras ver la congoja en lo más profundo de sus ojos, supo que Arquímedes tenía razón. Se levantó y recogió las llaves de su coche, que reposaban sobre un mueble bajo, y se las entregó sin mediar palabra.

–Tranquilo amigo, os tendré informados –concluyó mientras se disponía a irse ante la atenta mirada de los Amat, que se preguntaban qué podía barruntar aquel singular personaje.

La mujer se peinaba el largo cabello negro ante el espejo sin poder contener una maliciosa sonrisa. Era la noche del aquelarre. Todas aquellas memas besarían sus pies si ella lo solicitaba. Su plan marchaba a la perfección y ninguna de las aprendices sabía nada. Empezó a reír, casi a carcajadas. Brujas... Eso es lo que se creían. Pero

la única era ella. Bien sabía cuanto le había costado granjearse su poder. Un poder que ninguna de sus discípulas tendría jamás. Sólo ella, Marta Puig, había tratado con fuerzas más allá de toda comprensión. Nada ni nadie se interpondría en su camino.

La policía seguía dando palos de ciego, pero aquel tipo extraño se acercaba, aunque aún estaba a años luz de descubrir la verdad. «Esther tiene que ser más cuidadosa», pensó. El tal Arquímedes era un hombre arrogante y escéptico, y eso la ayudaría, pero no debía infravalorar su inteligencia. La camarera le había puesto al corriente de sus dotes y ella, personalmente, le había seguido algún que otro día.

Le recordaba a sus compañeros del colegio. Aquellos malnacidos que se reían de ella. Con tan sólo cinco años, su padre, un borracho empedernido, tuvo un accidente de tráfico y ella, sentada en el asiento del copiloto y sin el cinturón de seguridad abrochado, se llevó la peor parte. Su choque con el parabrisas le dejó el lado derecho del rostro desfigurado por unas horribles cicatrices. Todos los niños se burlaban de ella, y los que no, se compadecían, cosa que aún le provocaba más desprecio hacia ellos. Pero las niñas no eran mejores. Fingían ayudarla a integrarse, pero en realidad sólo era falsa solidaridad. Eran más populares siendo las “amigas” de la pobre niña fea, pero luego se pavoneaban ante todos los que ofendían a la pequeña Marta.

Su infancia y su adolescencia fueron un infierno, hasta que pudo valerse por sí misma y abandonar el hogar familiar. Ahora, muchos años después, sus cicatrices habían menguado mucho, gracias a diversos tratamientos, pero sobre todo a sus poderes de bruja.

Miraba con repulsión los pequeños surcos de su piel en

el espejo, mientras se disponía a maquillarse para eliminarlos temporalmente. Volvió a sonreír, esta vez pensando en la venganza. Todos los que habían mancillado su inocente juventud tendrían su merecido. Cuando ella obtuviera lo que buscaba sería mucho más poderosa. Y eso sería pronto... Muy pronto.

Arquímedes esperaba en un bar cercano el final del turno de trabajo de Esther. Había oscurecido y, debido a la iluminación interior del local, la cristalera provocaba un efecto espejo, que permitía a los clientes ver cuanto sucedía en la calle, pero no a la inversa. El informático pensó que era el lugar ideal para esperar a que la chica saliera del callejón y ver qué rumbo tomaba. Estaba decidido a seguirla y ver si podía averiguar alguna cosa en relación con sus intenciones.

Estaba convencido de que ella tenía algo que ver con las desapariciones e intentaba provocar algo, en él, con sus dibujos en la habitación del hotel. «Quizá me haya seducido mediante alguna artimaña», pensó, pero enseguida se rió. No creía en la brujería, punto. La chica era guapa y tenía un fuerte atractivo físico. Nada más.

Sumido en sus pensamientos, casi estuvo a punto de no ver a Esther, que pasaba ante el bar. Dejó unas monedas en la barra y salió con cautela al exterior. La joven caminaba unos cuantos metros por delante, en dirección a la salida de la población. Con satisfacción, vio como tomaba una calle que llevaba hasta un gran aparcamiento exterior. En dicho lugar, Arquímedes había dejado el coche de su amigo, un Seat que había conocido tiempos mejores.

Su vehículo estaba aparcado muy cerca de la calle, pero al parecer el de ella no. Se sentó al volante y esperó con el motor y las luces apagadas. Poco después, de entre las hileras de coches, apareció uno de pequeñas dimensiones, de color blanco y de la marca Ford, conducido por Esther. Arquímedes se agachó instintivamente. Después de un tiempo prudencial, arrancó el motor y la siguió. A pocos metros de la zona de estacionamiento, se encontraba la rotonda de acceso y salida de la población. En ella vio el coche de la chica, cediendo el paso a otro turismo. Se acercó bastante más de lo que hubiera querido, pero confió en que no lo reconociera en la incipiente oscuridad.

Cogieron la sinuosa carretera que subía hacia la montaña del Puig de Paní. Tras varios minutos de curvas, llegaron a otra rotonda donde se bifurcaba el camino: a la izquierda dirección Roses y a la derecha hacia El Port de la Selva. La chica tomó esta última.

La carretera que descendía hasta El Port de la Selva, también estaba llena de recodos y Arquímedes tuvo que disminuir la velocidad, para mantenerse a una distancia prudencial del coche de Esther, pues ella había aminorado la marcha de su automóvil. La vía de acceso a la población, finalizaba en la calle principal de la localidad, paralela al mar. A la derecha, El Port de la Selva se veía parcialmente iluminado, cual faro que avisaba a los navegantes de la presencia de la costa.

El viejo Ford de la camarera giró a la izquierda, en dirección a Llançà. El informático temía que ella le descubriera, ya que no había un solo coche circulando aparte de los suyos. Levantó el pie del acelerador para ampliar la distancia entre los dos vehículos. Antes de empezar el ascenso a la vecina población, el coche de la

chica torció a la izquierda, incorporándose a la carretera que moría en La Selva de Mar.

La Selva de Mar era un pequeño pueblo de poco más de doscientos habitantes, que antiguamente estaba unido a El Port de la Selva, donde los pescadores de La Selva y poblaciones aledañas tenían casas para guardar sus utensilios y la pesca. Años después, como todas las poblaciones costeras, el Port era un punta fuerte de atracción turística, y tenía bastantes más habitantes que la población originaria.

Esther detuvo su coche en un aparcamiento situado justo a la entrada de la localidad. Arquímedes tuvo que pasar de largo y entrar en las estrechas calles de la recóndita villa para no ser visto. Tan pronto como pudo estacionó el Seat de Sergi y esperó nervioso a que la chica llegara, confiando en que ella no eligiera otro camino. Pero la fortuna le sonrió y, en unos segundos que le parecieron horas, vio aparecer la silueta de la muchacha. Caminaba con paso decidido hacia un rumbo desconocido para él y por eso salió del coche resuelto a no perderle la pista.

La iluminación de las calles era deficiente, favoreciendo los precarios movimientos sigilosos de Arquímedes. Los pasos de la chica lo llevaron a una calle sin salida y él se alarmó, pensando que la oscuridad había jugado una mala pasada a Esther y que lo iba a descubrir si daba marcha atrás. Pero quedó sorprendido al ver que ella ascendía un pequeño montículo para acceder a un sendero sin asfaltar. Dudó por unos instantes, ya que aquel camino no le brindaba protección alguna y quedaría demasiado expuesto, a pesar de la noche tan negra.

La siguió durante unos minutos, dejando suficiente distancia entre ellos para no ser visto. Cada vez le

costaba más seguirla, ya que el camino se volvía más angosto. Ella parecía conocer hasta el mínimo detalle del sendero y empezaba a dejarle atrás. El nerviosismo empezó a apoderarse de él cuando la vegetación del camino se volvió más frondosa. Por unos instantes la perdió de vista y, al intentar acelerar su ritmo, tropezó y se dio de bruces con la tierra del camino. Se incorporó entre maldiciones temiendo que ella se hubiera percatado de su presencia, pero no fue así. Sacudió el polvo de su ropa y trató de calmarse.

Esther no estaba dentro de su campo de visión. Alzó la vista buscando la claridad de la luna para poder orientarse mejor, pero ésta no le llegó por culpa de las nubes. «Fantástico. Seguro que la lluvia me facilita las cosas», se dijo irónicamente.

Meditaba si continuar con la persecución o darse por vencido, en el momento en que escuchó un ligero murmullo. Avanzó lentamente hacia el lugar de donde le pareció que procedía el sonido, hasta que llegó a una bifurcación del camino. Se quedó en silencio, conteniendo la respiración para concentrarse en el murmullo. Avanzó vacilante hacia su derecha y el ruido se volvió más alto y claro. Agua. Sonaba como un pequeño salto de agua.

Siglos atrás, en aquel lugar, se podía encontrar un molino de harina del que quedaba una pequeña parte del edificio. Allí mismo, en épocas de lluvia, el riachuelo que descendía de la montaña, formaba una pequeña cascada.

El eco del agua arremetiendo contra las rocas envolvía el ambiente. Arquímedes pisó en falso y su pie no encontró apoyo cayendo al estanque que formaba el salto de agua, de poca profundidad. Se incorporó, chapoteando y lanzando improperios, e intentó salir del agua estancada.

Una vez erguido y al amparo, en tierra firme, trató de secar su traje empapado. Enseguida empezó a tiritar pues la humedad de su ropa mojada le empezaba a calar hasta los huesos. Con una mezcla de fastidio y desesperanza, cayó en la cuenta de que estaba desorientado. Sus ojos empezaban a aclimatarse a la oscuridad pero aún así no veía más allá de dos metros.

Empezó a caminar en la dirección que creyó correcta pero pasados unos minutos seguía sin encontrar rastro alguno de Esther ni tampoco del camino de vuelta al pueblo. El pánico amenazaba con hacer acto de presencia. Cada vez tiritaba más, pues la temperatura había bajado considerablemente y empezaba a tener síntomas de hipotermia. Además, se había perdido y se veía incapaz de volver. Se maldijo cien veces, intentando comprender porqué un ratón de despacho como él se había enfrascado en una persecución sin sentido en plena naturaleza.

Pensó que empezaba a delirar cuando creyó oír voces. Aguzó el oído. No deliraba. Escuchaba voces y el inequívoco sonido de un fuego crepitante. Avanzó medio a tientas y descubrió un claro donde se hallaban una decena de personas. Se escondió tras el tronco de un árbol.

Las figuras, que vestían unas largas túnicas oscuras con capucha, formaban un coro circular en torno a una hoguera, con una mujer en el centro, cerca de la misma. Entonaban un extraño canto en una lengua que Arquímedes no reconoció. Cuando acabaron los cánticos, se despojaron de sus capuchas y pudo distinguir a Esther. Todas eran mujeres, de diferentes edades, o al menos eso podía discernir desde su posición gracias a la luz del fuego. No podía creer que estuviera presenciando un

aquelarre en el siglo XXI.

La mujer del centro tomó la palabra. Su cabello era largo y oscuro y su edad debía rondar los cuarenta y pico. No podía escuchar sus palabras e intentó acercarse un poco más. Se ocultó tras otro árbol, pero seguía sin oír a la mujer que parecía arengar a las demás. Decidió aproximarse aún más, sabiendo que podría ser visto si daba un paso en falso. Y eso fue lo que ocurrió.

Su pie derecho pisó una piedra y cayó sobre unos arbustos, quedando oculto en ellos por fortuna. Esperó unos instantes, agazapado, antes de echar una ojeada y comprobar si le habían descubierto. Nadie parecía haberse percatado de su torpeza, pues todas las mujeres miraban a la que les hablaba. Pero ella...

Sí, estaba convencido, aquella mujer miraba exactamente hacia su posición. No buscaba con la mirada. Sabía perfectamente donde estaba, pero seguía hablando. Un escalofrío partió de su nuca para recorrer lentamente su espalda.

Con todo el sigilo del que fue capaz, salió de su escondite y decidió huir de allí. Sin saber muy bien cómo llegar a la población, se puso en marcha extremando las precauciones para no volver a caer. Le acababa de invadir un miedo irrefrenable y se le aceleró el pulso. Caminó sin rumbo fijo, sin ver nada, hambriento, sediento y con un frío que le llegaba hasta lo más profundo de su ser.

Comenzaba a asustarse sobremanera cuando un rayo iluminó el cielo, ayudando a Arquímedes a orientarse. Creyó ver las luces de la ciudad y aceleró el paso. Una ráfaga de viento gélido le hizo tiritar de nuevo. Necesitaba guarecerse del frío y empezó a correr para entrar en calor, trastabillándose una y otra vez con la hojarasca de

árboles y arbustos.

Tras unos minutos eternos, volvió a pisar el asfalto de las calles de la localidad resoplando ostensiblemente. No aminoró su marcha hasta estar frente al coche. Entró, encendió el motor y puso la calefacción al máximo, esperando que el aire se calentara rápido.

Pensó en quedarse allí, esperando a que el aquelarre acabara y ver adonde se irían después todas aquellas mujeres, pero desechó la idea y decidió no tentar más a la suerte por esa noche.

XX

Cadaqués, Noviembre 2.010

El joven recepcionista quedó sorprendido al ver que el hombre no le saludaba, entrando precipitadamente en el ascensor. Durante toda su estancia había hecho gala de unos modales ejemplares, pero esa noche ni siquiera se había percatado de su presencia.

Arquímedes recorrió con rapidez el pasillo, hasta llegar a la puerta de su habitación. Sacó la tarjeta electrónica de su bolsillo para abrir, pero la pequeña luz que había sobre la manija no daba su aprobación, mostrando una luz roja cada vez que él insertaba la moderna llave. Intentó calmarse y lo volvió a intentar. Un leve zumbido y una luz verde le permitieron el acceso. Miró a ambos lados del pasillo y entró, cerrando con celeridad la puerta y accionando el pestillo de seguridad. Se recostó contra la puerta suspirando.

Estaba extenuado debido a la agotadora tarde de espionaje. Entró en el baño y se echó agua en la cara. Observó el reflejo del espejo mientras se secaba con una suave toalla que aún olía a suavizante. Se asustó al ver su níveo rostro. «No puede ser cierto. ¿Me ha visto esa mujer? No entiendo cómo Esther puede participar en ese tipo de supercherías». Su cabeza era un hervidero de preguntas y sentimientos encontrados.

Decidió comer algo en la habitación y descansar. Por la mañana, descansado y más tranquilo, podría pensar en todo lo sucedido con más claridad. Llamó al servicio de habitaciones para que le sirvieran un *Club Sándwich* y una cerveza para cenar.

Se rió al ver el precio de la comida que acababa de pedir. Era evidente que nadie pagaría casi diez euros por un emparedado de pollo, pero si el nombre estaba escrito en inglés el caché se disparaba. «Caveat emptor», se dijo Arquímedes con ironía.

Se dio una ducha con agua muy caliente para intentar recuperarse del principio de hipotermia y, justo cuando salía del baño con el albornoz puesto, llamaron a su puerta. Una risueña camarera de cabello anaranjado llevaba una bandeja con su tentempié. Después de recibir el pertinente permiso para entrar, la dejó sobre la mesilla de noche y, aceptando una generosa propina, se marchó deseando al hombre que pasara una buena noche.

Tras la frugal cena y sintiéndose mucho más relajado, sopesó la idea de llamar a Sergi, pero se dijo que no valía la pena preocupar a su amigo. Cambió el albornoz por un colorido pijama y se dispuso a dormir. Pero su cerebro seguía en ebullición y enseguida supo que no le iba a ser fácil conciliar el sueño esa noche.

Con la madrugada ya avanzada, una silueta se movía con sigilo entre las sombras de las calles de Cadaqués. Sus pasos la llevaron hasta la puerta del Hotel del Mar. Con suma cautela empujó la puerta giratoria de vidrio que, para su alivio, no hizo ruido alguno. La sala de recepción estaba en penumbra, debido a la hora, y tan sólo un par

de bombillas de escasos vatios iluminaban la estancia. Tras el mostrador, un joven dormitaba frente a un pequeño televisor que reflejaba luces de colores sobre el rostro del muchacho.

Sin perder de vista al amodorrado empleado, llegó hasta las escaleras que daban acceso a los pisos. Subió al segundo piso, tal como le habían indicado, y buscó la puerta donde rezara la inscripción “210”.

En el pasillo la iluminación era mayor y quedó al descubierto la cara de una mujer de mediana edad, con la tensión marcada en su rostro. No medía más de metro sesenta y una holgada túnica negra, a juego con su pelo corto, escondía su rechoncho cuerpo.

Una vez localizada la puerta, sacó de debajo de sus ropajes una tarjeta, con la que accionó el mecanismo de apertura. Extremando las precauciones, entreabrió la puerta y echó un vistazo al interior. Un pequeño pasillo, donde había una puerta para acceder al baño, llevaba hasta la zona del dormitorio. Una mesa de madera oscurecida con barniz, soportaba el peso de un televisor de pantalla plana de pequeño tamaño y un ordenador portátil. Dos camas individuales se encontraban en el centro de la habitación y en una de ellas un bulto alargado indicaba la presencia de una persona.

Se le aceleró el pulso y le asaltaron las dudas. Pero no podía fallar a Marta. Tenían que eliminar a aquel entrometido que andaba husmeando por sus tierras, para poder cumplir con sus planes.

Con los nervios a flor de piel, empuñó un largo cuchillo que llevaba oculto bajo la túnica, y se acercó a la cama ocupada. Alzó la mano pero enseguida le empezó a temblar y tuvo que bajarla, mientras su corazón se

desbocaba. No quiso mirar hacia la figura que descansaba en el lecho, pues sería incapaz de realizar su cometido si veía la cara de la persona que yacía. Le horrorizaba convertirse en una asesina pero tenía que hacerlo. Marta no permitiría errores. Volvió a levantar el puñal e inició mentalmente una cuenta atrás. Tres... Dos... Uno... La figura se movió en la cama y la mujer, atemorizada, dejó escapar el arma que cayó al suelo con estrépito.

Arquímedes se incorporó y observó sobrecogido como aquella extraña mujer huía despavorida de su habitación. Tras un minuto de desconcierto, se acercó a la ventana para ver a una extraña figura, ataviada con una túnica, que se alejaba del hotel. Un miedo irracional le hizo estremecer y se alegró de haberse despertado a tiempo.

Le quedó claro que alguna cosa muy sórdida estaba ocurriendo allí, y más claro aún, que su vida empezaba a ser un estorbo.

XXI

Toledo, Noviembre 2.010

Ander ya sabía cual iba a ser la misión que le encargarían, mucho antes de contestar la llamada que acababa de recibir. Su indignación crecía por momentos. Le habían prometido que sería su último trabajo, que la lucha armada de ETA se iba a acabar. Pero, ¡menuda forma de acabar! Sería un golpe que quedaría grabado en las retinas de millones de personas durante mucho tiempo. Sin embargo no estaba seguro de que pudieran tener éxito.

Reconoció al instante la voz que le había saludado nada más pulsar el botón de recepción de la llamada. Era Lasko, más conocido como “el chacal”. Después de todos los reveses que estaba sufriendo la organización, a modo de detenciones de sus principales cabecillas por parte de la *Ertzaintza*, Lasko había subido mucho en el escalafón.

El inicio de la conversación le puso de buen humor, pues su interlocutor le comunicó que la intención de la banda armada era anunciar el alto el fuego definitivo tras el atentado. Pero su estado de ánimo cambió cuando le dijo cual sería su objetivo.

ETA se disponía a desmantelar el brazo armado antes de que les debilitaran más, cometiendo el ataque terrorista más cruel de su historia. Y ellos serían los

brazos ejecutores, acompañados de un tercero, Santxo. Lasko opinaba que un comando de tres personas sería suficiente ya que, a pesar de la envergadura del cometido, llamarían menos la atención si eran un grupo reducido.

Durante el siguiente fin de semana, el Papa visitaría la catedral de Toledo para consagrarla. Allí, en el santo edificio, se congregarían millares de personas, decenas de millares en los alrededores, y el comando debería de colocar un artefacto bomba en el interior o, en caso de que no pudieran acceder, en las inmediaciones. El resultado sería sangriento. Luego llegarían unos días de desconcierto y clamor popular contra la organización, mientras ellos estarían escondidos, y meses después se firmaría la paz definitiva.

Nunca le había costado demasiado atender por sus ideales, pero cada vez tenía más dudas, y ahora, con la presencia de su hermano, tenía unas sensaciones muy negativas. Algo iba a salir mal. Todo era demasiado precipitado y con pocos efectivos. Nada que ver con los trabajos realizados en el pasado, que se organizaban con tiempo de sobra y se planeaba hasta el más mínimo movimiento. Las probabilidades de éxito eran mínimas. Y él no pensaba inmolarse por la causa. Ya no.

Inició su regreso a la pensión, dando un breve rodeo por las estrechas calles del casco antiguo para pasar ante la catedral. Se quedó allí por unos instantes, imaginando que aspecto tendría el lugar en unos días y el caos que reinaría si todo salía bien. Un atentado en un templo religioso en presencia del santo padre y una cifra elevada de muertes. Las risas de unos niños, que jugaban con una pelota a escasos metros de él, le devolvieron a la realidad. El balón pasó ante sus pies y fue directo hacia la entrada de la monumental iglesia, con uno de los

chiquillos corriendo tras el esférico. Le recordó a Unai, cuando correteaban juntos por las calles de Basauri. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Cerró los ojos con fuerza, como si con ello pudiera borrar todo el mal que había hecho y el que estaba por venir, y continuó su camino.

Había salido muy pronto del alojamiento para recibir la llamada de Lasko y así evitar que su hermano escuchara la conversación. Aún no sabía cómo explicarle el motivo de su viaje a Toledo. Su reloj marcaba las nueve. Si Unai no estaba despierto lo estaría en breve.

La pensión no se podía decir que fuese lujosa, más bien al contrario. Estaba rayando el límite de la miseria. Un pequeño vestíbulo con un mínimo mostrador, donde un hombre cerca de la jubilación ojeaba una revista, hacía alarde de albergar mugre desde su apertura. Por no hablar del ascensor, que hubiera hecho desistir de su encomienda a cualquier deprimido suicida, con tan sólo subir un par de plantas en su cabina. Tenían que pasar desapercibidos, lo entendía, pero tan sólo esperaba no contraer ninguna enfermedad en aquel tugurio, que era peor que cualquiera de los zulos en los que había estado.

Entró con paso decidido y el hombre del mostrador, calvo y con unas gafas antediluvianas, ni siquiera se molestó en mirarle, para así evitar tener que trabajar. «Por fortuna el servicio es intachable», pensó Ander. Rechazó subir en el elevador, que convidaba con sus puertas abiertas a un ajetreado paseo, y utilizó las escaleras que, si conseguía evitar el pasamanos oxidado, parecían más seguras.

Unai estaba sentado en la cama, anudándose los cordones de sus deportivas. Se levantó y saludó a su hermano con una amplia sonrisa.

–¿Qué vamos a hacer hoy? –preguntó mientras echaba un vistazo por la ventana.

Ander se contagió de la sonrisa de su hermano. Siempre le había parecido un chico hiperactivo y tenía una energía que no se acababa nunca. Recordó su infancia, cuando él siempre llegaba al final del día agotado, pero Unai aún tenía cuerda para rato.

Se quedó mirándole unos instantes. Su hermano era guapo, inteligente y buena persona. ¿Por qué quería arrastrarlo con él a cometer semejante atrocidad deleznable? Unai podía tener un futuro prometedor, en cualquier cosa que se propusiera. Su sonrisa se esfumó. Sabía lo que tenía que hacer. Debía apartarlo de él, y la mejor forma era explicándole por qué estaban allí.

Ander se sentó en su cama, cubierta con un edredón de motivos florales, y con un ademán indicó a su hermano que se acomodara a su lado.

–Te he mentado, hermano –empezó Ander, sin conseguir reunir el suficiente valor para mirar a los ojos a Unai.

–¿Qué quieres decir? –preguntó el más joven con semblante perplejo.

–No estamos en Toledo por política. La organización me pidió un último trabajo, y luego me dejarán dedicarme a la política.

–¿A qué trabajo te refieres? –preguntó Unai, que ya empezaba a sospechar el trasfondo.

–El último atentado de ETA. Debemos hacer estallar un artefacto bomba en la catedral, el día de la visita del Papa –espetó Ander, sin levantar la vista del suelo.

Unai se quedó en silencio, apretando con fuerza las

mandíbulas hasta que hizo rechinar los dientes. Ander había visto muchas veces hacer ese irritante gesto a su hermano. Cuando se enfadaba, su hermano pequeño no estallaba en un acceso iracundo, como le sucedía a él. Se quedaba callado, meditando con frialdad sus siguientes palabras, lo que enojaba a Ander más que cualquier otra cosa. Pero esta vez no tenía ganas de reñir con su hermano. Dejaría que Unai se fuera, que se alejara de todo aquel embrollo y se pusiera a salvo. Él y Santxo harían el trabajo sucio y, si todo salía bien, volvería a Basauri a reunirse con su *anaia*, una vez le hubiera perdonado.

–Entonces, ¿todo lo que decían de ti era cierto?

Ander calló, otorgando, y alzó la vista hacia el rostro de su hermano. Aunque no supo distinguir si era desprecio o indignación, no le gustó lo que vio en sus ojos. Unai se levantó, recogió su chaqueta del suelo y caminó con paso ausente hacia la puerta. Asió el pomo y se giró hacia la habitación.

–No voy a permitir que lo hagas –zanjó la conversación con un hilo de voz.

Al salir al pasillo con decisión, tuvo que esquivar a un hombre, para que no se dieran de bruces, y cerró con un portazo. No echó la vista atrás mientras se dirigía a las escaleras. No pudo ver como aquel hombre se plantaba en el umbral y golpeaba suavemente la puerta con sus nudillos.

Ander no conocía a Santxo pero supo que era él. Aquel individuo no medía más de metro sesenta, pero todo su cuerpo parecía tener la consistencia de una pared de bloques de hormigón. Los músculos de sus brazos y sus pectorales estaban a punto de reventar la camisa lisa y de

color negro que vestía. Se quedó quieto, observando como le escrutaban los oscuros ojos penetrantes del tipo duro. Intentaba intimidarle. Lo sabía perfectamente porque él lo había hecho en numerosas ocasiones con otros miembros. Quería hacerle saber quien estaba en lo alto de la jerarquía del comando.

–¿Algún problema? –preguntó Santxo, haciendo gala de una voz muy grave.

–Ninguno. Una típica discusión de hermanos.

–Espero que así sea. Lasko no confía en tu hermano, pero dice que tú respondes por él, y tu reputación está fuera de toda duda –prosiguió el recién llegado mientras entraba en la habitación.

–No tenéis de qué preocuparos. Unai no será un problema –atajó Ander, que distinguió, con el rabillo del ojo, una pistola bajo la camisa del hombre.

–Pues perfecto. ¿Hay algo para echar un trago?

Miró como el sujeto buscaba alguna pequeña nevera por la habitación sin éxito, mientras él maldecía a todos los santos. Todo aquel asunto se estaba poniendo muy feo y, además de su propio culo, tendría que cuidar del de su hermano.

XXII

Cadaqués, Noviembre 2.010

Salió del hotel escudriñando la calle, intentando saber si alguno de los valientes transeúntes que soportaban con entereza la llovizna estaba allí esperándole. Tras unos cuantos pasos firmes y briosos, se detuvo ante un rimbombante escaparate de una tienda de ropa, aprovechando el reflejo sobre el vidrio para comprobar si alguien le seguía. Al ver que nadie parecía reparar en su presencia, siguió su camino hacia casa de Sergi.

Arquímedes había pasado el resto de la noche, después del frustrado ataque a su persona, y parte de la mañana, pensando si debía explicar lo sucedido a su amigo y a la policía. Tras varias horas de mucho cavilar, decidió contárselo todo a Sergi, pero no a las autoridades, al menos no ese día.

El informático caminaba absorto en sus pensamientos, sin inmutarse ante la fina capa de lluvia que dejaba escapar el anubarrado cielo y que empezaba a calar su gabardina. No lograba entender qué podía llevar a una anciana a querer asesinar a una persona a quien no conocía de nada. Cualquier posible motivo no justificaba aquella oscura reacción. Se estaba acercando a la verdad y le habían advertido. O eso quería creer.

Se plantó en la casa de los Amat en unos minutos,

volviendo a hacer una inspección de la calle antes de llamar. Sergi, que aún llevaba puesto el pijama, le invitó a entrar con un gesto de la mano. En el sofá del salón, una triste Susana rodeaba sus piernas con sus brazos, apretando con fuerza las rodillas contra su pecho.

–Chicos, no quisiera asustaros... –empezó a decir Arquímedes mirando a los afligidos padres, para luego añadir–: Han intentado matarme.

–¿Qué? –tan sólo atinó a preguntar Sergi, ante la aterrada mirada de su mujer.

–Sí, ayer por la noche asistí a un supuesto aquelarre de brujas. Creo que una de ellas, que parecía ser la líder de aquel grupo de chifladas, me vio y por la noche una de sus lacayas entró en mi habitación para darme algo más que las buenas noches.

–¿Y cómo acabó la película? –preguntó su incrédulo amigo tras chasquear la lengua.

–No estoy para bromas. No ahora que lo estáis pasando tan mal. Aquí está ocurriendo algo extraño, que nada tiene que ver con secuestros y búsquedas de objetos enterrados –arguyó Arquímedes.

–Me ha llamado el sargento Fabra. Ya tienen la relación de los propietarios de los terrenos que le pedimos. Quizá deberías explicarle el suceso –dijo Sergi, que empezaba a tomar en serio a su amigo.

–Aún no. Todo en su debido momento. Por fortuna, conozco a una de las perturbadas brujas. Ellas ya han movido ficha, ahora nos toca a nosotros.

–Así que vas a entrar al trapo... –habló por primera vez Susana, con una voz que denotaba cansancio. Más mental que físico.

–Sí, y además voy a recuperar a tu hija. *Alea iacta est* – concluyó Arquímedes con una enigmática sonrisa.

Enric se frotaba los ojos, como si de esa manera pudiera eliminar la migraña que estaba taladrando su cabeza. Alzó la vista para comprobar si Sergi Amat y su díscolo amigo seguían allí, deseando que se hubieran esfumado y poder disfrutar de un poco de calma. Pero los hados no le fueron favorables.

Un frío e impersonal escritorio de madera lacada de gris, separaba al sargento de un inquieto Arquímedes y de un melancólico Sergi.

–¿Siguen los problemas en casa, sargento? –preguntó el informático.

–Aquí tengo la lista de los propietarios –masculló Enric, haciendo caso omiso de la pregunta.

–Tengo un par de consejos que podrían...

–¡Ya basta! –estalló el sargento Fabra.

–Disculpe a mi amigo –intercedió Sergi, fulminando con la mirada a Arquímedes–, pero no ha tenido unos días muy buenos.

Enric trató de calmarse. Respiró hondo, cogió una pastilla de un pequeño frasco que descansaba sobre el escritorio y la tomó con un pequeño sorbo de una botella de agua mineral.

–Como intentaba decir, tenemos la lista de propietarios, pero seguimos en el mismo callejón sin salida. No sé cómo me dejé enredar por su locura.

–Imagino que los propietarios son los progenitores de las niñas desaparecidas –aventuró Arquímedes.

–Sí. En el caso del señor Amat y el señor Masbové, las parcelas pertenecen a las familias de los maridos. En el caso de la niña desaparecida en Sant Martí d'Empúries, el terreno pertenece a la madre.

–¿Qué ocurre? –preguntó Sergi al ver el rostro estupefacto de su amigo.

–Que me equivoqué. Mi teoría del banquero-notario-cliente se desmonta si el banquero no es el propietario de la finca.

–También dijiste que quieren hacernos creer que son unas brujas que claman venganza.

–No les sigo –dijo un Enric atraído por el diálogo de los amigos.

–Pensaba que habían secuestrado a las niñas para desviar la atención y buscaban algún objeto en los terrenos de las familias de las niñas secuestradas pero, ¿por qué buscar algo a hurtadillas cuando tienes una moneda de cambio? –lanzó la pregunta al aire Arquímedes, mientras se levantaba de la silla.

–¿Quieres decir que ha sido casualidad?

–No. No creo que el azar sea tan caprichoso. No buscan algo de los actuales propietarios, eso es evidente. Pero quizás de sus familias. ¿Cuántas generaciones de tu familia han vivido en Cadaqués?

–Muchas. Mi padre siempre alardea de ello, aunque él rompió la tradición mudándose a Barcelona –observó Sergi con un deje nostálgico.

–Sargento, deberíamos averiguar si las otras familias fueron importantes en el Empordà.

–No pienso perder más tiempo con sus fantasías.

–Por favor –dijo Arquímedes apoyando las manos en el escritorio e inclinándose levemente–, que encontremos o no a esas niñas puede depender de ese dato.

XXIII

Girona, año 1.396

La plaza empedrada empezaba a llenarse de gente, que aún no estaba del todo habituada al espectáculo que iba a dar comienzo. El grupo de curiosos se concentraba alrededor de un gran entarimado, donde siete grandes postes de madera, con una buena base de hojas y ramas secas, esperaban a sus invitados ante la fachada del convento de Sant Domenech.

Cuando se perdió el eco de las diez campanadas que marcaban la hora, un coro de trompetas anunció el inicio de la procesión de las acusadas. Al frente, las autoridades y Nicolau Eimeric saludaban a las buenas gentes, que observaban la lenta marcha con entusiasmo, los que más, y aflicción, la minoría. Tras ellos, el verdugo y tres ayudantes escoltaban a seis de las siete condenadas por brujería, que llevaban gruesas sogas anudadas al cuello. Al final de la comitiva, dos guardias portaban a la séptima desdichada en una parihuela, ante su imposibilidad de caminar por las torturas recibidas.

Cuando la compañía llegó al entablado, los ayudantes se afanaron en atar a las sucias y harapientas mujeres a los maderos que iban a ser su último paso del camino.

El anciano Nicolau subió al improvisado escenario ante los jaleos y cánticos de la concurrencia. Se acercó a la

bruja que iba en primer lugar y que le lanzó una mirada encolerizada que no casaba con sus preciosos ojos azules. En su larga melena ya nada quedaba del rubio intenso de antaño. Sangre seca y mugre ocultaban el verdadero color de su cabello. La mujer no apartó su mirada de la del clérigo que se le aproximaba.

–Ana, ésta es su última oportunidad –dijo el fraile con voz melosa sosteniendo la cruz que colgaba de su pecho ante la mujer–. Piense que no sólo es su destino el que está en juego. Sus hermanas y amistades le agradecerán que manifieste el paradero del cofre –añadió mientras miraba a las otras féminas por encima del hombro.

–¿Vos creéis que esa cruz me hará cambiar de opinión? Podéis estar tranquilo, frai Nicolau, el cofre está en lugar seguro y el secreto de vuestra iglesia continuará a salvo, al menos por un tiempo más. Tarde o temprano, alguien desenterrará vuestro ignoto objeto y toda la mentira del cristianismo caerá como un castillo de naipes. Por desgracia, ni usted ni yo llegaremos a verlo –expuso la mujer con una sonrisa en los labios.

–Si tanto anheláis la muerte, que así sea –concluyó el religioso a la vez que alzaba la cruz al nivel de los ojos de la bruja.

Ana, no pudo contener su acceso de ira ante la crueldad de aquel ambicioso inquisidor y escupió sobre su cara, impactando gran parte de la flema sobre el crucifijo.

–¡Herejía! –exclamó Nicolau, alzando la santa cruz empapada en saliva de la condenada.

La muchedumbre gritó violentamente, clamando venganza ante tal afrenta. La mujer se giró y miró a las que iban a correr su misma fatalidad, pidiéndoles perdón con la mirada, mientras una lágrima rebelde recorría su

mejilla. Una por una, aceptaron sus disculpas asintiendo con la cabeza.

–Esas ramas están muy secas, verdugo. La bruja desea leña verde –dijo el fraile al ejecutor.

Los ayudantes se esmeraron en hacer el cambio, mientras el público seguía vociferando, ansioso por el atroz desenlace. Una vez finalizado el trabajo, sólo quedó el verdugo en la tarima, y una por una fue encendiendo las piras que ardieron rápidamente, todas menos la de Ana, que despedía mucho humo y quemaba de forma paulatina, asegurando una muerte más lenta y despiadada.

Los voces del gentío fueron acallándose con el creciente chisporroteo de las astillas y maderas que ardían, pero el absoluto silencio llegó cuando empezaron los ensordecedores gritos de las mujeres que se consumían en las llamas. Los niños lloraron, las féminas asistentes giraron sus cabezas o se taparon los ojos y todos los hombres, sin excepción, enmudecieron.

Ana, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no chillar, mantenía una fría sonrisa y no apartaba su mirada de Nicolau Eimeric, a quien se le erizó el vello de todo su cuerpo. Las voces y llantos de las brujas se fueron apagando, señal inequívoca de que espiraban sus últimos alientos.

Muchos minutos después, cuando la plaza ya estaba casi desierta, el cuerpo de Ana desfalleció a causa del dolor y de asfixia por el humo. Sólo entonces, Nicolau fue consciente de volver a respirar. Le parecía haber estado conteniendo el aliento una barbaridad, ante aquella mujer que se había consumido en la hoguera sin haber proferido un sólo grito. Pero eso no era lo peor. El objeto estaba

perdido. La única persona que sabía de su paradero acababa de morir. Esperaba que nadie lo encontrara jamás, pues de lo contrario, podría acabar con muchos siglos de doctrina y religión. Una religión en la que él ya no creía.

XXIV

Cadaqués, Noviembre 2.010

Marta examinaba su rostro en un espejo de mano, blanco con bordes redondeados. Aquellas malditas cicatrices seguían allí. Si bien eran una ínfima parte de lo que habían sido, conseguían sacarla de sus casillas. Lanzó el espejo al suelo y el cristal estalló en cien pedazos.

No se consideraba fea, al contrario, tenía un cierto atractivo. Probablemente muchos de los hombres que la habían conocido cuando era una niña, caerían hoy rendidos en sus brazos, sin necesidad de ninguna pócima o conjuro. Pero ver aquellas marcas en sus pómulos la enfurecían. Le recordaban a su alcohólico padre, a sus inseguridades de adolescente, a los múltiples escarnios con los que le habían obsequiado sus supuestos amigos, a todos los golpes que había recibido, a los arañazos que había propinado a sus enemigos...

Pero su venganza estaba en marcha, aunque el plan se estuviera retrasando por algunos contratiempos. Aunque el ansia por completar su proyecto la consumía, se decía que no tenía ninguna prisa. Si todo salía bien, tendría mucho tiempo, mucho más del que jamás hubiera imaginado. Esbozó una sonrisa que, poco a poco, dio paso a un ceño cada vez más fruncido.

Ya quedaban pocos lugares donde buscar el objeto de tanto deseo. Con paciencia y astucia acabaría encontrando el diario. Le pertenecía. Ella era la última de todo un linaje de brujas. El diario, y todos los secretos que guardaba, eran su herencia y ella decidiría qué hacer con ellos, aunque muchas de sus necias antepasadas hubieran preferido ocultarlo entregando su vida a cambio. Además, la iglesia le había pagado por conseguir el cáliz, cuyo paradero estaba oculto en las páginas del diario, pero sus planes no contemplaban entregarlo.

¿Dónde podía estar escondido el diario? Su abuela, una gran bruja, no como su madre que se asemejaba más a una furcia, le explicó todo lo que sabía del susodicho diario, contándole que había pasado de manos de una bruja a otra desde finales del siglo XIV hasta finales del siglo XIX. En los albores del siglo XX, en un fatídico aquelarre, se decidió que era preferible enterrarlo y mantenerlo oculto para siempre. Así pues, la última heredera del manuscrito, se llevaría a la tumba el lugar de reposo eterno de aquellas memorias.

Y eso era lo que la separaba de conseguir su objetivo: dar con la identidad de la última portadora del diario e indagar en las posesiones de su descendencia. Hasta entonces todos sus esfuerzos habían sido en vano pero, por suerte, en la época de la aciaga decisión ya no quedaban demasiadas brujas, y tan sólo le quedaban unas pocas familias que investigar.

Afortunadamente, aquellas estúpidas que creían ser sus discípulas continuaban siéndole de utilidad, cuidando de las niñas. Las había convencido de que las pequeñas eran descendientes de brujas y debían arrebatárselas a sus familias para iniciarlas en la magia desde bien pequeñas. Eran tan idiotas... Había sido tan fácil averiguar

sus sórdidos secretos y coaccionarlas para que se unieran a su causa...

Rió para sus adentros. Sólo ella dirigiría los pasos de su sino. Pronto aparecería ante sí la esquiva ventura.

Un fragmento de la novena sinfonía de Beethoven le despertó. Con legañas en los ojos, echó un vistazo a la pantalla de su teléfono móvil. Era Sean Wells, uno de los socios de *Omus&Wells*, empresa a la que Arquímedes dedicaba casi todos sus esfuerzos laborales.

–Buenos días –saludó Sean con su inconfundible acento británico.

–Lo serán para ti –gruñó el soñoliento informático–. ¡Son las siete de la mañana Sean!

–¡Pues aquí son las seis! –contestó el interlocutor con una sonora carcajada.

–¿Qué es tan importante para despertarme tan pronto en mis vacaciones?

–Ojalá supiera qué son vacaciones... –dijo Sean con tono melancólico, para luego recuperar su energía y añadir–: Pero ése no es el motivo de mi llamada. ¿Cuándo vuelves a estar operativo? En dos días, ¿verdad?

–Sí... sí, supongo... –balbuceó Arquímedes intentando recordar en qué fecha vivía–. Aunque quizá necesite un tiempo más. Un amigo tiene un grave problema y debo ayudarle.

–¿Mucho tiempo? ¡Hemos llegado a un acuerdo con *Datasearch* y quieren que empecemos a trabajar en una

nueva aplicación que va a revolucionar el mercado! Te necesitamos “Arq”.

Datasearch era un portal multiservicios, principal competencia de *Google*, que se jactaba de tener un motor de búsqueda mucho más potente que sus rivales, exprimiendo al máximo las tecnologías necesarias para que la *World Wide Web* diera el salto definitivo a la web semántica, introduciendo miles de millones de metadatos semánticos y ontológicos. En definitiva, se trataba de mejorar el motor de búsqueda de la red, dejando de lado el sistema basado en *html*. Colocando en un buscador normal “viajes a Barcelona mañana por la mañana”, el motor arrojaría millones de resultados basados en las marcas o *tags* demandados (viajes, Barcelona, mañana...) y utilizados por el lenguaje *html*. Así para conseguir dicho viaje quedaban horas de investigación página a página. En cambio, la misma búsqueda en *Datasearch* devolvía tan sólo unas decenas de soluciones, donde realmente se ofertaban viajes o vuelos al lugar indicado y en el horario preciso, reduciendo la navegación en la red muchísimo.

–¿Me has escuchado “Arq”?

–Sí. Pero *Datasearch* tendrá que esperar... –musitó Arquímedes mientras pensaba cuanto odiaba que le llamara “Arq”.

–Si no fueras tan bueno y estuvieras en plantilla... Una semana a partir de hoy, ¡no puedo darte más!

–Estupendo. Gracias, Sean, os lo compensaré.

–Podrías compensarlo firmando un contrato con nosotros.

–Soy un alma libre, Sean.

–Bueno, como prefieras. ¡Nos vamos a hacer de oro! –

concluyó el exaltado socio dejando al informático a solas con el tono de llamada.

Sin poder volver a conciliar el sueño, Arquímedes se dio una larga ducha con agua muy caliente. Una vez aseado y habiendo dedicado unos minutos al cuidado de su piel con algunas cremas hidratantes y exfoliantes, decidió ir a satisfacer su incipiente hambre. Se personó en la cafetería, vistiendo un traje de *Armani* de un gris pálido, pero antes de sentarse a una mesa cambió de opinión. Su curiosidad quiso llevarle hasta el bar donde trabajaba Esther, para comprobar cómo reaccionaría la chica ante su presencia. ¿Se asustaría al creer ver un fantasma o quizá ya estaría sobre aviso de que seguía con vida?

Un precioso día le recibió al pisar la calle: los débiles rayos solares no calentaban suficiente pero dotaban a la mañana de luz y color; una ligera brisa traía consigo los sordos ecos de las olas marinas; el cielo de un azul intenso no dejaba lugar a ningún atisbo de nube y la temperatura le permitía no pasar frío con su fina gabardina beige.

Al llegar a la taberna marinera, constató que, o bien la camarera no estaba al corriente de los quehaceres de sus amigas, o había sido advertida del fracaso de la misión para darle sepultura antes de tiempo, pues la joven lo saludó con la mayor de sus sonrisas, como si nada hubiera pasado. Quiso otorgarle el beneficio de la duda y sentarse a desayunar observando cualquier gesto o movimiento que pudiera delatar su posible conchabanza con las indeseables aprendices de asesinas.

–¿Un café con leche, caballero? –preguntó la tabernera.

–La cicuta sería más efectiva... –masculló el

informático.

–¿Qué dices? –quiso saber la chica, acercándose un poco más a él.

–Que la leche no es muy digestiva –se evadió Arquímedes–. Mejor un café solo.

Dio buena cuenta del café y un generoso bocadillo de queso, sin quitar ojo a Esther, que estaba enfrascada en la limpieza de los utensilios del bar. Un leve carraspeo le hizo girar la cabeza, reconociendo al final del local al viejo lobo de mar que le introdujo en las leyendas de brujería de la zona.

Se levantó y fue a saludar al octogenario hombre, que llevaba su sempiterna gorra blanca.

–Buenos días señor. ¿Acepta que le invite a otro café? –preguntó el joven al anciano, observando su taza vacía.

–¡Niña! ¡Un carajillo de *Pujol*! –voceó el lobo de mar en dirección a la camarera.

–¿Me permite sentarme con usted?

El viejo lo aprobó haciendo un ademán con la mano. Arquímedes se sentó y posó sus ojos en los del anciano, que no rehusó su mirada, al contrario, la mantuvo hasta hacer sentir incómodo al informático.

–Tengo la sensación de que empieza a creer en mis historias –dijo el vejstorio, sorprendiendo a su interlocutor.

–¿Por qué lo dice?

–Nadie repite charla conmigo. La mayoría creen que estoy loco, y al resto no le interesan mis conversaciones.

–Pues parece que deberá estrenar una nueva

clasificación de personas de su entorno.

–¿Qué quiere saber? –añadió el viejo entrelazando sus manos.

Arquímedes observó detenidamente al lobo de mar, intentando descifrar sus intenciones. ¿Sería un cómplice de esas locas que se hacían pasar por brujas?

–Sus ojos me dicen que busca respuestas. Pregunte sin temor –añadió el anciano ante la indecisión del joven.

–Usted está convencido de que aún existen las brujas, ¿no es así?

–Por supuesto, amigo.

–Y si así fuera... –el informático se detuvo al escuchar que Esther llegaba para servir al mayor de sus únicos clientes de la mañana.

Arquímedes esperó a que la camarera regresara a la barra y se giró para observar que no les prestaba atención. Antes de proseguir, esperó de manera cortés a que su compañero de mesa diera un buen sorbo a su bebida.

–Si así fuera, ¿cómo serían?

–Normales. Como usted y yo. Pero no las subestime, amigo, sus poderes pueden ir más allá de toda comprensión.

–¿Podría haber muchas por estas tierras?

–No creo, al menos con poderes de verdad. Algunas aprendices jamás llegan a desarrollar poder alguno, pues no todas están dispuestas a hacer un pacto con el diablo, o no llegan a ganarse el favor de las brujas más preponderantes.

El informático enmudeció, sopesando la idea de que se hubiera vuelto tan loco como el lobo de mar. Pero la curiosidad siempre le había podido. Era su gran defecto. O virtud en algunos casos.

–¿Y es posible que quede alguna de esas grandes brujas?

–Es posible, pero quizá no tan poderosas como antaño.

–Creo recordar que me habló usted de una tal Savanna de Cadaqués...

–Sí. Ella y su hija Lidia fueron las supuestas últimas brujas, las más conocidas, pero no las de mayores poderes. Se comentaba que las extrañas circunstancias de la decadencia y muerte de madre e hija, podía tratarse de un complot de las otras brujas de estas tierras. Y una de ellas era Elsa Desplans, una mujer con la que era mejor no enfrentarse. Casualmente, los Desplans fueron y siguen siendo la familia más adinerada de la población. ¿Conoce el Hotel del Mar? Pues es propiedad de los descendientes de Elsa.

Con la información recibida, el cerebro de Arquímedes empezó a trabajar a toda velocidad, reescribiendo un código erróneo en el procesador de su mente. No le costó mucho sonsacarle al anciano que los Desplans tenían algunos terrenos en las proximidades. Dejó un billete de veinte euros en la mesa y, tras excusarse con el viejo lobo de mar, salió del local a toda prisa sin esperar el cambio y sin poder averiguar las verdaderas intenciones de Esther.

Desde el principio su razonamiento había sido equivocado. Había supuesto que aquellas chifladas que jugaban a ser brujas querían apoderarse de alguna cosa ajena. Pero no se había parado a pensar que quizás pudieran estar buscando algo que les perteneciera.

XXV

Cadaqués, Noviembre 2.010

La luz solar destacaba los tonos verdes del campo que le recibió a su llegada a los terrenos que le había indicado el enigmático anciano del bar. La hierba, baja y ligeramente húmeda por la acción del rocío matinal, se mecía con la rítmica cadencia de una suave brisa que surgió de la nada, como si su presencia hubiera perturbado el descanso de la naturaleza. Una decena de altos y robustos pinos formaban una hilera en la linde de la finca, en su parte norte. La calle de Llançà, por la que Arquímedes accedió a la parcela, delimitaba la misma por el oeste, mientras que la línea de costa hacía lo propio por el sur y el este.

Se encontraba en Portlligat, un pequeño núcleo de población de Cadaqués, que tiempo atrás había sido un barrio de pescadores, situado muy cerca del cabo de Creus. Las barracas de utensilios de los nobles faenadores del mar habían dejado paso a lujosos chalés de segunda residencia con el paso de los años. El lugar era conocido por haber albergado la antigua residencia del genial pintor Salvador Dalí, convertida ya en museo.

El informático se acercó a un pequeño cubículo de madera, de no más de dos metros de alto por uno de ancho, que dominaba el centro de la parcela. Sin duda,

aquel recinto debía de contener las herramientas necesarias para las labores del campo, aunque el terreno no parecía haber sido trabajado en mucho tiempo. Quizás, en otra época, la pequeña edificación había contenido redes de pesca, garfios, cebadores, palangres y otros útiles de los pescadores.

La choza dejaba entrever el desgaste por la humedad de la zona en sus finas maderas sin pintar. Daba la sensación de que pudiera venirse abajo en cualquier momento. Cuando estuvo a escasos pasos, oyó un ruido en el interior y comprobó que la puerta estaba entreabierta.

–¿Hola? ¿Hay alguien? –preguntó en dirección al chamizo.

El ruido cesó y sólo obtuvo por respuesta una breve ráfaga de viento. Avanzó un poco más, arqueando su cuerpo para intentar divisar qué sucedía en el oscuro interior. Ante la imposibilidad de ver nada Arquímedes asió la puerta para abrirla y que entrara la luz. No había nadie en el estrecho espacio. De repente, notó un ligero roce en sus piernas que le hizo dar un respingo. Un gato negro acababa de frotar su lomo en las espinillas del informático. El animal, impasible al susto del hombre, se alejó de la construcción de madera y, sentándose sobre sus cuartos traseros, se quedó observando a Arquímedes que notó un escalofrío ante la conducta del felino. A él no le gustaban los animales en general pero, por encima de todo, sentía una repulsión especial hacia los gatos. «¿Quién dijo que eran ariscos?», pensó.

Decidió dejar de prestar atención al animal para echar un vistazo al interior del cubículo, que estaba prácticamente vacío. Tan sólo unas estanterías, también libres de objetos y clavadas a media altura, decoraban el

lugar. En el suelo, alguien había estado escarbando en la tierra natural del terreno. Se agachó para mirar de cerca el agujero, de más de un metro de profundidad. Sacó de su bolsillo el móvil de última generación, activando el modo linterna y enfocando al fondo del hueco donde creyó ver algo. Metió el brazo y sacó un objeto rectangular envuelto en una tela desgarrada que desprendía un intenso olor a tierra. A través de los jirones del trapo, Arquímedes pudo ver que se trataba de un libro bastante antiguo en apariencia.

Salió al exterior para poder ojearlo a la luz del día. Allí fuera, en la misma posición en que lo había dejado al entrar, el gato negro empezó a maullar mientras arqueaba su lomo y no quitaba ojo al informático.

–¿Es tuyo acaso? –preguntó al gato con sorna.

Pero la sonrisa se le borró de la cara de inmediato. El animal comenzó a expeler de su laringe unos extraños sonidos, más propios de un ser humano que de un minino. Ante su asombro, el gato inició un proceso de convulsiones, que aumentaron en fuerza y cadencia. Arquímedes, perplejo, observó como la silueta del animal se engrandecía considerablemente, entre crujidos y descoyuntamientos de huesos mientras los extraños sonidos se iban transformando en una tétrica carcajada. El pelo del animal fue desapareciendo, y el color negro se fue sustituyendo por uno más carnoso. En menos de un minuto, y paralizado por una mezcla de terror y sorpresa, el informático tuvo ante sí a una mujer completamente desnuda, arrodillada y empapada en sudor, con ligeras cicatrices en su rostro y que reía ostentosamente.

–No sabía que además de inteligente fueras tan gracioso –dijo la mujer cuando acabó de reír.

Él, en un estado de completo estupor, no daba crédito a lo que estaba aconteciendo. «Las brujas existen», se dijo. La mujer se agachó para recoger una túnica oscura que había pasado desapercibida para Arquímedes. Se la puso con agilidad, ocultando un bello cuerpo a pesar de sobrepasar ampliamente su cuarta década.

–Tiene usted algo que me pertenece, incrédulo amigo – prosiguió la mujer frente al mutismo de un boquiabierto Arquímedes.

–Incrédulo no, pero mi empírica mente me está enviando mensajes contradictorios –comentó el informático intentando recobrase de la sorpresa.

–No le diré que no sea normal. Todo el mundo se sorprende. Mas no estamos aquí para tener una agradable conversación –expuso la bruja para luego añadir, señalando el libro que sostenía el hombre–: Ese diario pertenece a mis antepasadas. Démelo.

–No suelo intercambiar más que palabras en mis primeras citas. Llámeme tímido, sin embargo es una costumbre –ironizó Arquímedes mientras escondía el manuscrito en su espalda.

Un arrebató de ira cruzó el semblante de la mujer aunque, a duras penas, consiguió calmarse. Metió su mano en un pequeño bolsillo de su túnica y sacó un pequeño objeto que el informático no pudo divisar.

–Más vale que me lo entregue, señor Boix, o puede llegar a pasarlo realmente mal –espetó la bruja a la vez que levantaba lo que parecía un diminuto muñeco.

–No es que no quiera complacerla, señora... – Arquímedes esperó a que la mujer delatara su nombre, pero ante la mirada fría que le lanzó prosiguió–: No es que no quiera complacerla, pero tiene usted en su poder

algo con lo que podemos negociar. Si no voy mal encaminado, usted tiene retenidas contra su voluntad a tres niñas –arguyó el informático.

–No se da cuenta que no está en posición de negociar, ¿verdad?

La mujer sacó una delgada aguja de su túnica y la acercó al muñeco con una amplia sonrisa en sus labios. Arquímedes, inconscientemente, dio un paso atrás, observando con curiosidad qué se disponía a hacer la bruja. Con el muñeco en alto, empezó a pasar la aguja con lentitud por el torso e inmediatamente empezó a notar un leve cosquilleo en su pecho. Acto seguido clavó el alfiler en lo que parecía ser la pierna del títere. Un dolor agudo en la rodilla del informático le hizo gritar, y con los ojos abiertos como platos miró estupefacto a aquella perversa mujer.

–¿Ha tenido bastante o necesita alguna prueba más?

–Disculpe mi terquedad, señora, pero sigo pensando que debería liberar a esas chiquillas que no tienen culpa alguna.

Otra violenta punzada, esta vez en el vientre, le hizo hincar las rodillas en el suelo. Con esfuerzo logró alzar la cabeza, viendo como la bruja mantenía la aguja clavada en el muñeco. En cuanto aflojó la presión del que, ya no quedaba duda, era un pequeño Arquímedes, notó un alivio moderado, aunque todo el abdomen le quedó dolorido.

–Podemos estar así mucho rato, o quizá no, señor Boix, hasta que su cuerpo aguante –previno la mujer al informático.

Una nueva sacudida en el hombro le obligó a tumbarse en el suelo, retorciéndose de dolor en posición fetal. No

hizo ademán de levantarse mientras aceptaba su derrota, pensando que la mejor solución sería continuar con vida y devolver el libro a la bruja. Pero cuando intentó darse por vencido, la zona abdominal volvió a ser atacada por el maligno objeto vudú.

–Está bien, está bien. ¿Cómo he podido confundirme? Este libro no es mío, así que debe ser suyo, ¿no cree?

Arquímedes leyó el triunfo en los ojos de la mujer mientras se acercaba lentamente, con la aguja preparada para un nuevo ataque. Alargó la mano para que el informático le entregara el diario. Una vez realizada la transacción, la bruja lanzó el alfiler e hizo desaparecer el libro en su túnica, observando como el hombre se levantaba con dificultad. Una sonrisa apenas perceptible afloró en sus labios. Había esperado ese momento muchos años. Demasiados. Pero aún no podía relajarse. Tenía que ocuparse de aquel entrometido que se estaba incorporando frente a ella.

–Ha sido un placer hacer negocios con usted, señor Boix –concluyó ella mientras rodeaba con sus manos al muñeco.

Mientras Arquímedes entendía que sus palabras denotaban una nefasta despedida, una fuerte opresión empezó a dejarle sin respiración provocando, además, un intenso dolor en todo el cuerpo. Tras unos segundos agónicos, una ensordecedora detonación le liberó del estertor, al tiempo que abría sus ojos para ver cómo la bruja caía desplomada. En su campo de visión apareció Esther, que empuñaba una humeante pistola.

La joven se acercó para comprobar el estado de Arquímedes, que respiraba con problemas. Algunas lágrimas habían dejado débiles surcos en sus mejillas. Él

no entendió en aquel momento sus sollozos.

–¿No la deberíamos rematar?

–A pesar de sus poderes, es tan humana como tú y yo
–sentenció la muchacha dejando caer el arma a sus pies.

Arquímedes la abrazó no sin cierta contradicción en sus sentimientos. ¿Quién era aquella chica? ¿La pérfida bruja que le había traicionado, o la risueña camarera que lo encandiló nada más verla? Le quedaba una duda que todavía le corroía más: ¿existían realmente las brujas?

XXVI

Cadaqués, Noviembre 2.010

Arquímedes seguía mirando a los ojos a Esther. Unos ojos que aún estaban húmedos, aunque hacía un buen rato que la conversación había acabado. Aquella sensación de haber sido traicionado aún persistía pero no sentía ningún tipo de rencor hacia ella.

Tras comprobar que la bruja, Marta Puig, estaba muerta, la muchacha se derrumbó y empezó a relatar, con todo detalle, los escabrosos planes de la malvada mujer y cómo la había coaccionado, a ella y a otras vecinas, para que la ayudaran a cumplir su cometido.

La joven explicó a Arquímedes cómo la perversa mujer había utilizado la enfermedad de su madre para conseguir su complicidad. Además, había investigado en la vida de otras mujeres, encontrando sus más oscuros secretos y forzándolas a cooperar, para llegar a ser unas brujas con unos poderes que les harían la vida más fácil. Él ya sabía de la fibrosis que consumía la vida de la madre de Esther y, al parecer, Marta también. La bruja había insinuado que podría llegar a curarla, algo que la medicina no podía hacer, si conseguía hacerse con el objeto que andaba buscando. El diario que con tanta ansia quería obtener, podría aumentar sus poderes, o al menos eso pensaba. El resto de mujeres no sabían nada del objetivo real, según

comentó la camarera, y eran meras marionetas en manos de la vil Marta. Los secuestros de las tres niñas fueron una maniobra de distracción, tal y como él suponía. Las criaturas estaban a salvo y eran custodiadas y alimentadas por las mujeres chantajeadas.

El informático la observó, apoyada contra un coche patrulla de los *Mossos d'Esquadra*, con la cabeza gacha y las manos esposadas a su espalda. Había decidido cargar con toda la culpa. Confesó ante el sargento Fabra ser cómplice de Marta y haberla matado posteriormente, pero no quiso delatar a ninguna de las otras vecinas implicadas y obvió cualquier detalle sobre brujería. Para la policía, aquel asunto tan sólo habían sido meros secuestros en busca de dinero fácil. Arquímedes no estaba de acuerdo, pero lo aceptó, decidido a no pensar en la posibilidad de la existencia de brujas con poderes sobrenaturales.

Tras su declaración, abandonaron el terreno donde la bruja había encontrado la muerte y acompañaron a la policía hasta el lugar donde velaban por la seguridad de las niñas. Era un amplio garaje cuyo exterior parecía ser antediluviano, pero que su interior daba la sensación de ser muy confortable e higiénico. En el fondo del oscuro local, una habitación con una luz tenue albergaba tres cunas, en las que dormían plácidamente las niñas desaparecidas. No había ni rastro de ninguna cuidadora y Arquímedes supuso que Esther se las había arreglado para avisar de su inminente llegada. Para la policía aún quedaban muchas incógnitas como, por ejemplo, cómo se las había apañado la chica para cuidar sola a las niñas y seguir con su trabajo. Pero no insistieron demasiado, contentos por haber solucionado el caso.

En cuanto a él, la muchacha le contó que Marta le había ordenado tenerla informada sobre sus avances, o

cualquier cosa que pudiera indagar sobre la investigación policial. Pero cometió un error. Un sentimiento empezó a brotar. Y no pudo pararlo. El informático supo que el símbolo que había grafiado bajo su cama en el hotel era un hechizo protector, que ella dibujó para salvaguardarlo de cualquier mal.

El sargento les dejó unos momentos de intimidad y Arquímedes no encontró las palabras para despedirse. Siguió mirándola con aquellos ojos claros que la desarmaban y, finalmente, dio un paso hacia ella y la besó con dulzura en la frente mientras sujetaba su rostro con ambas manos. Sin esperar la reacción de la bella chica se fue, con paso titubeante, pero sin mirar atrás. Esther se quedó sola, con la mirada perdida, preguntándose cómo había podido echar a perder su vida y qué sería de su madre sin sus atenciones.

Sergi y Susana llegaban en aquel momento, corriendo con los brazos abiertos y con sus rostros cubiertos por un mar de lágrimas. Apretujaron tanto a su hija que Arquímedes creyó que la asfixiarían.

–Al final va a resultar que estaba mejor cuidada por sus captores –bromeó él, pero calló enseguida al ser fulminado por la mirada de sus amigos.

Enric Fabra miraba la escena con una amplia sonrisa y ni siquiera notó que el informático se ponía a su lado.

–Bien está lo que bien acaba. ¿No es así, sargento?

–Espero no volver a verle, señor Boix –dijo con tono calmado el *Mosso*, tendiendo su mano a Arquímedes que la aceptó de buen grado.

–¿Quiere un consejo, Enric? –preguntó posando una mano en el hombro del sargento.

–Espero que no tenga que detenerle después...

–Hable con su mujer. Aún está a tiempo de recuperar el tiempo perdido. Vayan a cenar a un restaurante bonito y comuníquese, sargento. Comuníquese con ella. Si todavía la ama, todo irá bien. Deje las discusiones en la sala de interrogatorios –dijo el informático mientras se alejaba para ir en busca de sus amigos.

–¿Cómo demonios lo hace? –preguntó Enric Fabra a un Arquímedes que ya no le escuchaba.

Sergi alzó la vista y se incorporó, mientras Susana seguía achuchando a la pequeña Mireia. El cabeza de familia de los Amat se acercó a su amigo y lo abrazó.

–Gracias... –balbució Sergi–. No sé cómo te lo vamos a agradecer.

–Ha sido suerte, Sergi. En el fondo, la fortuna se ha puesto de nuestro lado. No tenéis nada que agradecerme. Os dejaré que disfrutéis de vuestra hija, mañana iré a visitaros.

Sergi contempló cómo se alejaba su amigo, cabizbajo y con un lento caminar, y deseó saber qué pasaba por la cabeza de Arquímedes en aquel instante. A pesar de que todo se había resuelto, él parecía seguir atando cabos. Pero lo que no pudo ver Sergi fue el objeto que descansaba en el bolsillo de su gabardina manchada de tierra. El diario que acariciaba con su mano y que ocupaba su mente.

XXVII

Cadaqués, Noviembre 2.010

Tras despojarse de la gabardina y la chaqueta, Arquímedes se descalzó y se repantigó en una cómoda butaca de estilo victoriano, de un rojo más cercano al granate y con adornos florales dorados. Se quedó inmóvil durante unos segundos, completamente agotado por los sucesos del día. Un día que llegaba a su ocaso, como pudo comprobar a través de la ventana.

Unas espesas nubes grises, que empezaban a teñirse de un color anaranjado, sobrevolaban el mar, esperando poder ocultarse en la oscuridad de la inminente noche para descargar su contenido. Millones y millones de partículas líquidas de agua, condensadas en aquellos nubarrones, se preparaban para abalanzarse sobre la ciudad.

Se obligó a desperezarse y sacó el antiguo diario que ocultaba en su gabardina. Al abrirlo, un olor terroso impregnó el ambiente más cercano y empezó a pasar las mohosas páginas, donde descubrió una tosca escritura en tinta que catalogó como castellano antiguo. Siempre había sido un hombre de ciencias, así que las letras no eran su fuerte y se preparó para una dura lucha descifrando el diario. Pidió un ligero tentempié al servicio de habitaciones y organizó el pequeño escritorio para el

trabajo: encendió el ordenador portátil, dispuso varios folios y un bolígrafo para tomar notas y abrió el arcaico manuscrito por la primera página. Después de dar buena cuenta de la frugal cena, compuesta por un emparedado y una manzana, se sumergió de lleno en aquellos textos.

Unas horas más tarde pudo hacerse una primera idea sobre el contenido de aquel escrito. Al parecer, narraba el viaje de Toledo hasta el Empordà de una mujer que guardaba un secreto. Un cofre que le había sido confiado por Jacques de Molay, el último Gran Maestre de la Orden del Temple, y que contenía un misterioso objeto que podía hacer temblar los cimientos de la iglesia. El diario avanzaba a razón de una entrada semanal, aproximadamente, ya que la autora no tenía el don de la escritura, muy escaso en aquella época.

Un mensaje en la pantalla del ordenador le sacó de su concentración. La computadora se quejaba de que se le estaba acabando su reserva de energía y que sería una buena idea conectarla a una fuente de alimentación, si se quería continuar trabajando con ella. Cayó en la cuenta de que la medianoche había dado paso a la madrugada y decidió dar descanso a su fatigado cuerpo. Se metió en la cama pero no pudo dormir. Su cerebro seguía funcionando a pleno rendimiento, procesando los datos ocultos en aquel diario. Se levantó y volvió a bregar con el manuscrito, hasta que le sorprendió el amanecer.

La autora del texto era una tal Ana, encargada de velar por el cofre y evitar que cayera en manos de la iglesia. En muchos pasajes del diario, la mujer, que se denominaba a sí misma bruja, se preguntaba el porqué de su encomienda. Los Templarios fueron acusados de sacrilegio contra la cruz, herejía y adoración de ídolos paganos. Ana supo que Jacques de Molay fue

encarcelado, casi un año después de que le entregara el cofre, tras confesar todos los cargos bajo tortura. Su errático viaje la llevó a tierras del Empordà, después de no encontrar refugio seguro en otras contradas. Tras varias huidas, excesivo temor y mucho pesar en su alma, sus pasos la llevaron a *Palaforgell*. Pero no se instaló en la villa, que se expandía al amparo del castillo, sino que buscó refugio cerca de la costa, donde nadie quería vivir. Allí fue donde ocultó su carga, en una cueva, “allí donde el camino sigue al mar hasta el final del crepúsculo”, ésas eran sus palabras. O al menos ésa era la rudimentaria traducción que pudo conseguir.

Tras su asentamiento, las actualizaciones del diario se espaciaron en el tiempo y en sus notas empezaba a notarse una leve pérdida de sus facultades mentales. Ana pasaba la mayoría del día escondida, dejando la noche para procurarse alimentos, que consistían en los pocos animales que podía cazar y caldos con poca sustancia. Con el paso de los días sus hábitos cambiaron, dejando de dormir por las noches para hacerlo al alba y su recelo fue en aumento, asustándose con cualquier leve ruido.

En una de sus últimas entradas, relataba cómo una buena noche conoció a una de las suyas, una bruja a la que dio cobijo, pues había huido de la ciudad donde era vejada por las gentes. Elvira, así se llamaba la asilada, le habló de una población donde se rumoreaba que moraban algunas más de su estirpe y no eran perseguidas: *Cap de Quers*. Allí se dirigieron, dejando oculto el secreto en la costa palafrugellense. Ana, consciente de que se le escapaba la cordura, entregó el diario a su compañera de viaje, tras el juramento de ésta de que nunca revelaría su contenido. Las últimas palabras del manuscrito eran unas preguntas que se repetían a lo largo de él: ¿Por qué razón Jacques de Molay quiso

ocultar un secreto que podía destruir a su último enemigo? ¿Por qué el Gran Maestro, al que había amado en silencio, se dejó apresar para, posteriormente, morir en la hoguera sin desvelar el misterio?

Arquímedes, con sus miembros entumecidos, se acercó con dificultad a la puerta y, en su pomo exterior, colocó un cartel donde rezaba: “Se ruega no molestar”. La cama le esperaba con los brazos abiertos y se dispuso a reposar, a una hora en la que la población empezaba a despertarse. Este último pensamiento le hizo sentirse más cerca de Ana. Pensamiento con el que se durmió, instantes después, en la misma posición en la que se dejó caer en el lecho.

XXVIII

Cadaqués, Noviembre 2.010

Brujas y templarios acompañaron los sueños de Arquímedes, hasta que se despertó sobresaltado por otro que no tenía a esos personajes como protagonistas.

Se encontraba en una sala gris y oscura, con una ventana donde se veía que la negra noche se resistía a dejar paso a las primeras luces del amanecer. Una mesa y dos sillas eran el único mobiliario de lo que parecía ser una sala de interrogatorios de una comisaría policial. En uno de los asientos, un policía con barba de varios días le escrutaba con unos ojos fríos, sin compasión. En la otra silla estaba él, un Arquímedes de unos cinco años de edad, que intentaba reprimir las lágrimas ante la severa mirada del hombre.

–¿Cómo conseguiste escapar del incendio, muchacho?
–preguntó el agente con voz cansada.

–No...no-lo-sé... –titubeó el joven.

–Esto es grave, chico. Tus padres adoptivos han muerto, y debemos averiguar si ha sido un fuego provocado o tan sólo un fatídico accidente.

Un semiinconsciente Arquímedes observó a su propia versión infantil torcer el gesto hasta esbozar una maquiavélica sonrisa. Una mueca que le devolvió al

mundo consciente.

Eran cerca de las tres de la tarde cuando se levantó. Después de asearse, bajó al restaurante del hotel y, hambriento, dio buena cuenta de un *steak tartar*, su plato preferido, regado con una copa de buen vino tinto del Empordà. Con el café en la mesa, empezó a cavilar sobre la autenticidad del diario. No era ningún experto en la materia pero, la tinta, el rudimentario lenguaje y el antiquísimo papel parecían genuinos.

Después de que el camarero cargara la cuenta a su habitación, Arquímedes dirigió sus pasos a casa de los Amat, para comprobar cómo se encontraban sus amigos y si la pobre Mireia aún podía respirar, tras los múltiples achuchones con los que debían haberla agasajado sus progenitores durante la noche. Pero durante el camino a pie, el informático no dejó de pensar en cofres ocultos. Los misterios le fascinaban y aunque habían conseguido rescatar a las niñas secuestradas, seguían quedando cabos sueltos, cosa que lo mortificaba.

–¿Cómo han pasado la noche los padres más felices del mundo? –preguntó Arquímedes a modo de saludo cuando su amigo abrió la puerta de la vivienda.

–Pues hemos dormido menos que los días que estuvo secuestrada. Y Susana casi se mete en la cuna con ella – contestó un Sergi visiblemente recuperado.

El recién llegado ocupó una de las tres plazas del sofá de color gris, mientras que el anfitrión se sentó en uno de los sillones a juego. El cofre de la bruja seguía siendo el centro de las elucubraciones del informático. Según el viejo diario, Ana lo había ocultado en algún lugar de la

costa de Palafrugell, dejando las localidades de Calella, Llafranc y Tamariu como lugares más probables. Lo que suponía más de seis kilómetros de costa, o lo que era lo mismo: más difícil de encontrar que una aguja en un pajar.

–...algo?

–Disculpa, ¿serías tan amable de repetir tu pregunta? – dijo Arquímedes saliendo de su ensimismamiento.

–Que si te apetece tomar algo.

–Un poco de café, si no es mucha molestia.

–Voy a prepararlo. Enseguida bajará Susana. Está bañando a la pequeña.

En cuanto Sergi desapareció de su campo de visión, volvió a centrarse en sus reflexiones. En el diario tenía que haber algún indicio para llegar hasta el cofre. Se maldijo por no haber traído consigo el manuscrito. Pero le vino a la mente una frase: “allí donde el camino sigue al mar hasta el final del crepúsculo”. No podía fiarse mucho de la traducción y era evidente la incoherencia de la locución.

A su mente llegaron recuerdos de la Costa Brava durante sus años mozos, cuando era un veinteañero imberbe: su moto Honda NSR de color rojo, con la que fardaba por los paseos marítimos; sus vacaciones en casa de Sergi, con largas tardes de playa y noches perdidas en discotecas; los preciosos caminos de ronda, donde solía pasear o llevar a alguna chica impresionable... Los caminos de ronda... El camino que sigue al mar... ¿Sería eso? Los caminos de ronda no habían existido como tales hasta el siglo XIX pero, ¿podía ser que un camino paralelo al mar aún existiera en la actualidad? Recordaba una senda preciosa que unía Calella con Llafranc, para después continuar hasta el faro

de *Sant Sebastià*, un enclave realmente hermoso de la Costa Brava custodiado por una torre de vigía del siglo XV. Era una opción poco probable, pero que acotaba mucho la zona de búsqueda.

Arquímedes se levantó como una exhalación, pasando ante un atónito Sergi, que salía de la cocina portando una bandeja con dos tazas de café.

–¿Te vas? –preguntó el sorprendido amigo.

–Sí, y me llevo tu coche, si no es mucha molestia. Te lo explicaré todo a mi regreso –contestó el informático, recogiendo las llaves del mueble donde solían dejarlas los Amat.

Las miradas estupefactas de Sergi y Susana, que en ese momento bajaba las escaleras con Mireia en sus brazos, se cruzaron, preguntándose qué barruntaba su excéntrico amigo.

Tras más de hora y media de conducción, Arquímedes llegó a Calella de Palafrugell y aparcó en una de sus vacías calles. Contrastaba la apariencia de la población, atestada de turismo en verano, con la que exhibía el resto del año, un remanso de paz y tranquilidad bañado por las aguas del mediterráneo.

Faltaban un par de horas para que la oscuridad hiciera acto de presencia cuando el informático puso sus pies en el camino de ronda. El espectáculo que le recibió fue inesperado, aunque no era la primera vez que le encandilaban esas vistas. El mar acariciaba las rocas, que se congregaban en el talud del camino, con un ligero vaivén, a la espera de que las olas embistieran con

fuerza, salpicando las piedras y dejando en el aire una melódica resonancia que se iba diluyendo hasta la llegada de la siguiente acometida del piélago. La senda de tierra se encontraba al abrigo de los pinos, que la acompañaban durante todo el trazado. Echando un vistazo al norte, se podía ver el perfil de la agreste costa bajo un cielo de azul intenso, que se iba apagando con el paso de los minutos.

Arquímedes recorrió el camino en busca de alguna cueva o gruta en las rocas, pero éstas se ubicaban en la ladera del sendero. Tardó poco más de una hora en llegar hasta la playa de Llafranc, sin encontrar nada en el trayecto. Decidió volver a buen ritmo para que no le sorprendiera la noche. Llegó al punto de partida, con el ánimo alicaído, justo en el momento en que la bóveda celeste se tiznaba de un color anaranjado y el horizonte engullía lentamente al astro solar. Descendió por una estrecha escalera de piedra y se sentó en una roca para despedir al sol. A pocos metros de su posición, el embarcadero de una casa particular, medio oculta por la maleza y las rocas, era engullido por el mar y volvía a aparecer con cierta cadencia.

Observaba la puesta de sol cuando un ruido a su espalda le distrajo. Giró la cabeza para ver a un hombre que se había detenido a su altura en el camino. Cuando advirtió que Arquímedes se había percatado de su presencia, prosiguió con un lento caminar hacia la población. El informático no le dio más importancia y quiso volver a entregarse a la belleza del crepúsculo, cuando algo captó su atención en el interior de la maleza a su espalda. La últimas luces del ocaso incidían de alguna extraña manera en unos matorrales, que antes le habían pasado desapercibidos, reflejando un leve brillo en su interior. El camino que sigue al mar hasta el final del crepúsculo...

Se levantó y fue hacia el resplandor, apartando los densos matorrales con sumo cuidado y descubriendo una pequeña cueva. La oscuridad era casi total en su interior y el ambiente estaba impregnado de un olor a tierra húmeda. Restos de unas vasijas de vidrio colgaban de una cuerda enmohecida, provocando el centelleo que había atraído su atención. ¿Era ésa la cueva donde había ocultado Ana el cofre? ¿Era posible que aquella gruta hubiera pasado inadvertida durante tantos años?

Esperó a que sus ojos se aclimataran a la oscuridad, mientras palpaba con sus dedos las paredes, de piedra fría y mojada. El espacio dentro del cubículo natural no superaba los dos metros de ancho, por unos tres de profundidad. Si había algo oculto allí no tardaría en encontrarlo, con las herramientas adecuadas...

Salió de la cueva corroborando que el vidrio ya no brillaba, pues el sol había desaparecido por completo del horizonte, y buscó algo con que cavar. La fortuna le sonrió, pues a pocos metros encontró un trozo de rama de pino, a la que despojó de las hojas, no sin antes pincharse un par de veces. Volvió a entrar, rasgándose el traje con algunos de los zarzales que protegían el acceso. Detestaba estropear, o ensuciar, su ropa pero el entusiasmo provocado por el hallazgo no le dejó pensar en ello. Comenzó a perforar la tierra con la rama, deseando que, si el cofre estaba enterrado allí, no lo estuviera a mucha profundidad. Comprobó, dichosamente, que la tierra húmeda no oponía mucha resistencia a su precaria herramienta.

Después de casi una hora excavando prácticamente a ciegas, Arquímedes se sentó en un montículo de tierra, derrotado y extenuado. Empezó a reír, sintiéndose ridículo por el frenesí que se había apoderado de él, creyendo

que encontraría un cofre de más de setecientos años de antigüedad. Cuando recuperó el aliento se incorporó para marcharse, ayudándose de la rama, para luego clavarla en el suelo, mientras se colocaba la gabardina, pues aunque estaba empapado en sudor, la temperatura empezaba a descender considerablemente. Quiso recuperar su improvisada pala pero no la encontró. Ayudado por el modo linterna de su móvil, consiguió recogerla del suelo. No se había clavado. Repitió la acción, pero un sonido sordo le indicó que allí había algo. Se agachó y marcó con la rama el contorno de alguna cosa rectangular, a la vez que su corazón se desbocaba.

Un cofre con unas sucias joyas engastadas apareció ante Arquímedes, que se molestó en limpiar de tierra el hallazgo con su camisa. Abrió el cofre con una sonrisa triunfal y una profunda emoción, a la que siguió un atisbo de decepción. En su interior tan sólo había un pequeño pergamino, con una frase grabada en latín: *“si calicis quaesitum toletum fatum est, vero veritas ne inventum”*.

XXIX

Cadaqués, Noviembre 2.010

Arquímedes pulsó el botón del segundo piso en el ascensor. Tras cenar una generosa ración de lasaña y una reparadora copa de vino tinto, desechó la idea de visitar a su amigo para devolverle el coche y explicarle la motivación de su apresurado viaje a Calella. Ya lo haría al día siguiente, más relajado y con más tiempo.

Una vez en la habitación, se despojó de su sucia y rota ropa, no sin que todos sus músculos denotaran un profundo cansancio, y se dio una buena ducha que le revitalizó.

No dejaba de pensar en el cofre, que había vuelto a dejar enterrado en el mismo lugar donde lo halló. Estuvo muy tentado de llevárselo consigo, pero se dijo que aquel objeto no le pertenecía. Guardó el diario de la bruja en el cofre, ocultando ambas cosas en la cueva y dejando ésta tal y como la había encontrado, en un arrebató de melancolía y simpatía por la autora del manuscrito. Antes, se tomó la libertad de apuntar la frase en latín en su móvil ya que, como no era ningún experto en aquella lengua muerta, tendría que traducirla para calmar su curiosidad.

Buscó el aparato telefónico en la maltrecha chaqueta de su traje, constatando que tendría que tirar a la basura aquellas prendas, salvo su sempiterna gabardina, que se

podía salvar con un buen lavado. La pantalla del móvil le avisó de que tenía una llamada sin contestar. Sean Wells. Su “jefe”. Seguramente querría saber cuando volvía al trabajo.

–Sean. Mañana vuelvo a Barcelona y me pondré con lo de *Datasearch* –dijo el informático en cuanto descolgó el teléfono su interlocutor.

–¡Cuánto me alegro! Te espero en la oficina sobre las diez. Tengo muchas cosas...

–¡Eh! Tranquilo. Saldré de aquí por la mañana, así que no me esperes hasta después de comer –replicó Arquímedes sin dejarle acabar.

–Está bieeeeeen. Si quieres, te invito a comer y así te pongo al día –propuso Sean, que ya hablaba solo.

Abrió un mensaje de texto en su teléfono, donde había guardado la frase encontrada en el cofre y la anotó en un bloc de notas que descansaba sobre el escritorio, cortesía del hotel. Encendió el ordenador y buscó un traductor *online* de latín. Como no le pareció ninguno fiable, dejó varias páginas abiertas, dispuesto a cotejar los resultados. Tras seis traducciones de la locución, dedujo el significado de las partes comunes. “Si queréis el cáliz, Toledo es vuestro destino, sin embargo no encontraréis la verdad”. Parecía que su investigación había llegado a un punto muerto. Apagó la computadora y se tumbó en la cama presto a dormir, lo que no le supuso ninguna dificultad.

Al día siguiente, Arquímedes se levantó muy pronto, dejó preparadas sus maletas y bajó a la cafetería para desayunar. Tras un par de cafés y con la lucidez ya recobrada, dejó una buena propina al camarero que le había servido casi todas las mañanas y se despidió de él. El empleado le dio las gracias con una amplia sonrisa,

deseándole un buen regreso al trabajo. Pagó la cuenta en recepción y, con las palabras más educadas que encontró, pidió a la joven rubia que le sonreía que bajaran sus maletas al vestíbulo, para pasar a recogerlas después de visitar a sus amigos. La chica, muy servicial, asintió con la cabeza y le dijo que no se preocupara, que las tendría preparadas cuando volviera.

Cadaqués había amanecido con un cielo congestionado de nubarrones muy oscuros, que parecían llorar por la marcha del informático. La fina lluvia apenas llegaba a mojar la calzada y la temperatura no era mucho más baja que el día anterior, pero Arquímedes notó el incipiente frío en sus huesos. Se abrochó la gabardina, aún sucia de tierra, y encogió instintivamente su delgado cuerpo mientras se encaminaba a casa de los Amat.

Le recibió el bello rostro de una risueña Susana, que sostenía en brazos a una Mireia que jugaba con una muñeca de plástico.

–Pasa, Arquímedes, pasa. Sergi se está dando una ducha –dijo la mujer señalando hacia la escalera–. ¿Te apetece un café?

–Por supuesto –contestó el informático mientras la anfitriona sentaba a la pequeña en el sofá.

Se sentó al lado de la niña, mirándola como si fuera un bicho raro. Sin duda, su instinto paternal aún no se había desarrollado, más bien al contrario, estaba más aletargado que nunca. Mireia tiró la muñeca al suelo, consiguiendo que el hombre se levantara para devolvérsela. Pero el juguete no tardó en regresar al duro pavimento.

–Eso no se hace –dijo Arquímedes con tono serio a la niña, como si pudiera entender lo que le decía.

Recuperó la muñeca y la dejó al lado de la cría, que de un manotazo la hizo caer del sofá. Aquella mocosa estaba agotando su paciencia cuando entró Susana al salón, dejando ante él una taza de humeante café, recogiendo la muñeca y sentándose al lado de su hija, para que ésta le hiciera la vida imposible con el dichoso juego del lanzamiento de juguete. Tomó un sorbo de café para relajarse.

–¡Pero si está aquí nuestro héroe! –exclamó Sergi, que se secaba el pelo con una toalla–. ¿A qué debemos tal honor?

–Vuelvo a Barcelona. Parece que tengo trabajo esperándome. Venía a despedirme y devolverte las llaves del coche, que lo he dejado en el aparcamiento del hotel. Les avisaré que pasarás a recogerlo.

–¿Qué urgencia tenías ayer?

–Nada... –respondió Arquímedes, sopesando si contar su aventura a sus amigos. Decidió no hacerlo–. Necesitaba salir a cenar fuera, después de tanto perseguir brujas.

El informático se incorporó dispuesto a marcharse, ante la incrédula mirada de Sergi y Susana. Dio dos besos a la mujer y un buen abrazo a su amigo, que le acompañó hasta la salida de la casa.

–Cuidaos y no volváis a perder a vuestra hija –se despidió irónicamente mientras se alejaba.

–¡Siempre serás nuestro héroe! –gritó con sorna Sergi, atrayendo las miradas de los transeúntes sobre Arquímedes, que empezó a ruborizarse.

XXX

Cadaqués, Noviembre 2.010

Un hombre caminaba tranquilamente por la habitación del hotel donde se había alojado Arquímedes. Se esmeraba en cerrar todos los cajones abiertos y recoger el contenido de la papelería que había esparcido por el suelo. Tras su registro al aposento, sacó del bolsillo de su pantalón un teléfono móvil, se sentó en el sillón y tecleó un número en el aparato. Mientras esperaba respuesta, tamborileó sus dedos sobre un papel arrugado que descansaba sobre el escritorio.

–Marta falló, pero pude recuperar el cofre, señor, aunque no estaba allí el cáliz –el silencio de su interlocutor le hizo continuar–. Sin embargo, he podido recuperar el diario de la bruja y también un pedazo de pergamino con una frase escrita en latín.

Madrid, Noviembre 2.010

–Gracias. En breve recibirá una transferencia con la suma estipulada.

Cerró la tapa del móvil con una sonrisa en sus labios. El individuo, de unos sesenta años, estaba sentado en

una butaca victoriana de respaldo alto, tras un escritorio de caoba del mismo estilo, con dos pedestales de cajones y una encimera de cuero verde botella, donde reposaba una carpeta marrón con folios en blanco en su interior. El hombre sacó una pluma de uno de los cajones. Con su mano derecha, temblorosa y arrugada, apuntó la frase en latín que le habían transmitido. Acarició con su otra mano un ostentoso anillo de oro que lucía en su dedo anular. Una sonrisa de satisfacción cruzó su rostro y sus ojos, de un azul pálido como un glaciar, resplandecieron.

Se levantó de la butaca, alisándose la sotana violeta que vestía. Del cuello colgaba una gran cruz de oro, que descansaba sobre su pecho, sujeta por una cadena del mismo noble metal. Recogió el aparato telefónico y paseó por la amplia estancia, abarrotada de cuadros de temática bíblica. Tras unos instantes de vacilación, abrió la cubierta del teléfono y marcó varios dígitos.

–Buenos días, Caín. Precisaré de sus servicios en Toledo.

–Será un placer, Monseñor. Empezaba a pensar que se habían olvidado de mí –respondió una voz ronca al otro lado.

Caín cortó la comunicación y dejó el aparato sobre la mesa, para continuar secando su cuerpo desnudo. La ducha de agua caliente había enrojecido las múltiples cicatrices que lucía en su torso, destacándolas sobre su bronceada piel. No había ni rastro de un solo pelo en su brillante cuero cabelludo, recién afeitado. Un rostro no exento de atractivo y unos ojos color avellana, que conferían calidez a su mirada, acompañaban su

musculoso cuerpo. La primera impresión que daba era la de un hombre normal y solía ganarse con facilidad la confianza de la gente: un error que solían pagar muy caro.

Rió para sus adentros. La iglesia volvía a necesitar de sus “servicios”. ¿Qué sería esta vez? ¿Robo, extorsión, asesinato...? No lo sabría hasta el día siguiente. Para ponerse en contacto con él siempre utilizaban el mismo procedimiento. Le dejaban un sobre con las instrucciones en un apartado de correos que le habían proporcionado y tras memorizar los datos los destruía. En su trabajo era muy importante la discreción y el anonimato, tanto para sus clientes como para él mismo. Los siervos de su gran cliente ni siquiera sabían su verdadero nombre, ni necesitaban saberlo. El alias “Caín” le había parecido mordaz, dada la condición del asiduo pagador de sus trabajos y su nula creencia en cualquier religión. Por supuesto, él tampoco sabía nada de sus contactos, más allá del cargo de alguno de ellos.

Dejó caer la toalla al suelo y se sentó en la cama para recoger del suelo una mochila, de cuyo interior extrajo una pistola Beretta 92FS. Comprobó el arma y quitó el cargador, ocupado por diecisiete proyectiles de nueve milímetros Parabellum. Cogió también un pequeño maletín y dispuso sobre el lecho diversos objetos y trapos para la limpieza de la pistola. Siempre la tenía a punto. Ante todo era un profesional. No se dejaba amedrentar por la naturaleza de los encargos que recibía y los cumplía al pie de la letra, sin error alguno. Jamás vacilaba a la hora de ejecutar a sus víctimas, ni mostraba el menor remordimiento ante sus rostros sin vida. Se reía cuando escuchaba a los psicólogos hablar sobre asesinos. Siempre buscaban un trauma del pasado, cualquier síntoma de esquizofrenia o demencia, que justificara los actos de los criminales. Pero en su caso no había nada de

eso. Sin duda, sus valores morales no eran como los de la media, pero no estaba loco. Era su trabajo y tan sólo cumplía con sus obligaciones para con sus clientes. Y esta vez también estaba dispuesto a llevar a buen puerto la misión, fuera cual fuese.

XXXI

Barcelona, Noviembre 2.010

El taxi, un Seat León negro con las puertas amarillas, estacionó frente a un edificio de seis plantas, en una amplia calle del distinguido barrio de Pedralbes. Arquímedes obsequió con una generosa propina al chófer, mientras éste sacaba el equipaje del maletero. La lluvia estaba dando una pequeña tregua y un tímido sol hacía brillar las húmedas piedras del camino que llevaba hasta el portal acristalado, que daba acceso al vestíbulo. Dos parterres con un césped immaculado y de un verde intenso, acompañaban al sendero hasta la entrada del inmueble. El olor a hierba recién cortada le hizo más amena la carga de sus pesadas maletas. Al acercarse al zaguán, salió a su encuentro el culpable del perfecto estado del jardín: José, el conserje, que se encargaba de los cuidados de la piscina y las zonas comunitarias, además de la portería. Todos los vecinos estaban encantados con sus labores, y Arquímedes sólo echaba en falta un nombre más televisivo, tipo Sebastián.

–Buenos días, señor Boix. Un placer tenerle de vuelta – saludó el predispuesto empleado ayudando al joven con la carga.

–Gracias, José. ¿Alguna novedad en mi ausencia? – preguntó el informático al veterano portero, cuyo ajado

rostro no hacía más que revelar a gritos su avanzada edad. A todos les sorprendía que siguiera siendo tan eficiente, contando con nada menos que setenta y dos años.

–La sesentona del tercero tiene un nuevo novio. Como mínimo, tiene treinta años menos –contestó el conserje, para después ponerse el índice en los labios solicitando discreción.

Arquímedes soltó una carcajada mientras colocaba las maletas en el ascensor. Tras despedirse del anciano, pulsó el número cinco en el panel del elevador. Unos segundos y diversos zarandeos después, se abrieron las puertas ante la entrada de su piso. Sólo había una vivienda por planta, de unos trescientos metros cuadrados aproximadamente, todas ellas con acceso directo desde el ascensor.

Al entrar le recibió un amplio salón, de paredes blancas y mármol del mismo color como pavimento. Unos grandes ventanales, que partían del techo y morían en el suelo, bañaban la estancia de luz. Desde ellos se podía disfrutar de unas espectaculares vistas de la ciudad de Barcelona, así como del Real Club de Tenis, donde dos hombres intercambiaban golpes en una pista a los pies del edificio. En el centro de la sala, una chimenea rectangular de estilo modernista ponía una nota cálida. Una decoración austera adornaba el fastuoso piso. Sorprendía no encontrar ni un solo cuadro ni recuerdo de familia.

Aquella sala de estar le cautivó cuando aquella agente inmobiliaria, que hablaba por los codos, le había enseñado el piso. Que la finca fuera una obra del prestigioso arquitecto catalán Antonio Bonet era un añadido. A él le sedujeron la luz y la amplitud que se podían disfrutar en todo el piso, no la verborrea que le

escupió la mujer durante toda la visita. Llevaba ya tres años viviendo allí, pagando un altísimo precio por el alquiler, pero valía la pena.

Después de deshacer las maletas y ponerse una vestimenta más cómoda, se arrellanó en un enorme sofá que ocupaba gran parte de la sala. El gran asiento tenía forma de “u”, era de color beige y disponía de unos mullidos almohadones negros de aspecto muy confortable. Se arrellanó, dispuesto a descansar un rato, y echó un vistazo por el ventanal que tenía enfrente. Unos nubarrones grises volvían a encapotar el cielo de la ciudad condal, dando por finalizada la tregua de horas antes y amagando con enviar un nuevo aguacero. Desde aquel encapotado cielo le fue llegando una agradable modorra, que le sumió en un placentero sueño reparador.

Tras dormir poco más de una hora y darse una ducha para despejar su mente, se aproximó al escritorio que ocupaba un espacio en la esquina del gran salón, junto a uno de los ventanales. Tres monitores, uno central panorámico de veintisiete pulgadas y dos laterales de veintiuna, ocupaban gran parte del mueble, junto con un teclado inalámbrico. Accionó el pulsador de la torre, que se encontraba bajo el escritorio y que contenía todos los entresijos del ordenador. Se sentó en una silla ergonómica, que le evitaba posibles lesiones de espalda cuando se pasaba horas y horas tecleando código, y esperó a que el sistema se iniciara. Cuando la computadora estuvo operativa, tecleó diversas órdenes y apareció en pantalla un cuadro de texto que exigía una contraseña: la del escritorio remoto que daba acceso a su terminal en *Omus&Wells*. Prefería trabajar desde casa, a pesar de los esfuerzos de los directores de la empresa por arrastrarle a la oficina de Barcelona. Una vez conectado al terminal, inició todos los programas

necesarios para su trabajo. Abrió el buzón de correo en la pantalla de la izquierda y observó que tenía más de veinte mensajes de Sean, suplicando que empezara a implementar la nueva aplicación de *Datasearch*. Tras revisar las notas con las directrices del encargo, se puso de inmediato a escribir el código en un procesador de textos específico para ello, que ejecutó en la pantalla central.

Varios minutos después, se dio cuenta que su mente estaba lejos de allí, mientras pulsaba mecánicamente las teclas y veía aparecer los caracteres en el monitor. Pensaba en cálices de oro y en caballeros ataviados con túnicas blancas y grandes cruces rojas en el pecho. A pesar de ser un hombre de ciencias, siempre le había fascinado la historia y todo lo relacionado con los caballeros Templarios, aunque no sabía gran cosa sobre ellos, no era una excepción. Se preguntaba una y otra vez si era posible que el Santo Grial, objeto de multitud de búsquedas y leyendas, realmente se hallara en Toledo.

Abrió el navegador de internet y buscó información sobre los extintos caballeros y el supuesto cáliz de la última cena de Cristo, que a su vez estuviera relacionada con Toledo. Dos horas más tarde, había leído casi un centenar de documentos que vinculaban al Santo Grial con la Orden del Temple, pero muy pocos que sugirieran que podría haber estado en la ciudad Imperial. Una opinión más curiosa le merecieron algunos artículos que argumentaban que el legendario Grial no era un cáliz que otorgaba la vida eterna, como creían la mayoría de las personas, sino una suerte de piedra filosofal que dotaría de un gran conocimiento a quien la poseyera. También encontró alguna crónica en la que se relataba el misterioso viaje de Heinrich Himmler, el último director de las "SS" nazi, a Toledo, en busca de objetos míticos de

poder.

La impresora empezó a escupir folios con la mayoría de artículos que había encontrado, mientras Arquímedes buscó en la red un billete de tren a Toledo.

XXXII

Toledo, Noviembre 2.010

Una voz de mujer, fría y distante, anunciaba por megafonía que el tren de alta velocidad llegaría en breve a la estación de Toledo. La misma voz, tras una pausa, les deseó que hubieran disfrutado del trayecto y dio las gracias a los viajeros por utilizar los servicios de la compañía que pagaba sus nóminas. Arquímedes apagó su ordenador portátil y recogió todos los papeles que tenía esparcidos por la mesilla, su regazo y el asiento contiguo. Desplazarse hasta Toledo le había supuesto un trasbordo en Madrid, en la puerta de Atocha, tras un viaje de casi tres horas desde Barcelona. El recorrido hasta la ciudad imperial era sensiblemente más corto y en poco más de media hora el flamante tren de última generación estaba a punto de llegar a su destino. El informático no había perdido el tiempo durante la ruta, ni en la hora que estuvo esperando el trasbordo, y repasó todos los documentos que había imprimido sobre el misterioso Grial y los Caballeros Templarios.

Eché un vistazo por la ventana. Se antojaba un día gélido. La locomotora desaceleraba mientras una fina capa de lluvia caía sobre la ciudad, rociando las ventanillas del vagón, que difuminaban su visión del exterior. Aún no se acababa de creer que estuviera allí, en

busca de un mito, de una quimera milenaria, dejando plantado a Sean Wells y desligándose del mundo real. Pero no podía negar que le intrigaba sobremanera ese misterio, y que le empezaba a cautivar todo lo que había leído sobre ello. Además, si existían las brujas, ¿por qué no podía estar escondido el Santo Grial en Toledo?

Al parecer, los primeros textos que situaban el Grial en Toledo databan del siglo XIII, y eran obra de un trovador alemán llamado Wolfram Von Eschenbach. En sus dos principales obras habla de una orden que custodia un objeto místico, a la que llama "Orden del Grial" y a sus miembros "Caballeros Templarios". El poeta dejó claro que sus creaciones no eran inventadas, ya que él traducía a otro trovador, al que trataba como un maestro: el francés Kyot el Provenzal. Aunque no existía ningún documento o información sobre el tal Kyot, éste dejó testimonio oral a su discípulo de su odisea por España en busca de una piedra llamada Grial. Según le contó el francés, dicha piedra estaba oculta en un octógono, dentro de un santuario custodiado por los Templarios.

Arquímedes también recabó información sobre estos caballeros. Una de las leyendas sobre la Orden del Temple contaba que realizaron una excavación en Jerusalén, donde estuvo ubicado el Templo de Salomón antes de su destrucción por las legiones romanas en el año 70 de nuestra era. En ella encontraron diversos objetos que los romanos no supieron hallar, y que se dieron por perdidos, como, por ejemplo, el Arca de la Alianza, los Diez Mandamientos o el Santo Grial. Los Templarios velaron por estos objetos durante muchos años y el poder de la orden fue en aumento en proporción al incremento de su fortuna. Este poder llegó a ser tal que la iglesia, junto al rey de Francia, iniciaron un proceso acusando a los Templarios de sacrilegio a la cruz, herejía,

sodomía y adoración a ídolos paganos. Así, el Papa Clemente V y el rey Felipe IV, ávidos de los tesoros y objetos de valor bíblico, firmaron el principio del fin de la orden.

Pero una duda rondaba la mente de Arquímedes: ¿dónde empezar la búsqueda del Grial? La respuesta la encontró en otro de los artículos impresos. La iglesia de San Miguel el Alto aún conservaba ricos símbolos Templarios. Aunque fue abandonada en el año 1842 y sufrió de cerca los bombardeos al Alcázar durante la guerra civil, la iglesia fue restaurada en los años cincuenta y volvió a ser utilizada como parroquia filial de la de San Justo. A pesar del implacable paso del tiempo, parecía ser que mantenía todo el misticismo de la orden tras sus muros. Según el escrito, en los dos pilares de la nave central, los capiteles exhibían unos escudos con la cruz característica del Temple. Además, en el baptisterio, se puede ver una pila bautismal de piedra negra pulida, con forma de gran copa, que también muestra la cruz Templaria y descansa sobre un pie de forma octogonal.

Un intenso brillo encendió los claros ojos del joven informático mientras descendía del tren. La piedra llamada Grial estaba oculta en un octógono dentro de un templo, dejó escrito el trovador alemán. La pila bautismal de la iglesia de San Miguel el Alto tenía que ser el punto de inicio de su búsqueda.

XXXIII

Toledo, Noviembre 2.010

Sus primeros pasos en la ciudad imperial le llevaron directamente al hotel que había reservado la noche antes. El magnífico edificio con una simétrica fachada de piedra y maderas nobles, estaba ubicado dentro de la ciudad amurallada, en el centro histórico de la población, a escasos cinco minutos de la catedral. Frente al alojamiento se alzaba majestuoso el Alcázar de Toledo, cuyas agujas de sus cuatro torres marcaban con soberbia el punto más alto de la urbe. La edificación fortificada, que albergaba el Museo del Ejército y la Biblioteca Regional de Castilla-La Mancha, databa de la época romana y había sufrido numerosas reconstrucciones durante sus siglos de existencia, por culpa de incendios, asedios y demás calamidades que había padecido.

Arquímedes salió a pasear, tras dejar las maletas en su habitación, y se dejó encandilar por las estrechas calles empedradas que destilaban historia y estaban cubiertas de un invisible halo mágico. Miles de turistas desafiaban al frío y la lluvia, cámara en mano, para tratar de inmortalizar la belleza de cada rincón, sin saber que el verdadero encanto no se reflejaría en las imágenes, sino que sólo se podía disfrutar realmente de todo el atractivo deambulando por las rúas y callejones de la ciudad de las

tres culturas.

Con la gabardina calada por la fina pero constante llovizna, el informático enfiló la pronunciada pendiente de la Cuesta de San Justo, con cautela por sus ya resbaladizas piedras, y llegó al final de la misma, donde descansaba la iglesia de San Miguel el Alto. Sobre la iglesia, de planta rectangular, se erguía la torre de estilo mudéjar con sus curiosos arcos de herradura entrecruzados. Como sobresaltadas por su presencia, las campanas entonaron un quejumbroso tañido llamando a los fieles a misa. Una decena de feligreses de avanzada edad se mezclaron con los turistas en el umbral de entrada al templo, prestos a ocupar sus habituales lugares en los bancos de madera más cercanos al altar.

Entró en la iglesia, sumida en una imperturbable semipenumbra, que constaba de tres naves con techumbres de madera, alojando en la central la capilla mayor, donde el párroco sermoneaba desde el altar. Contrastaba la desnudez de las paredes circundantes al mismo, en comparación con las de las naves laterales, que exhibían algunas obras de arte de los siglos XVII y XVIII. Mientras caminaba con parsimonia por el interior, quedó cautivado ante uno de los pilares. En su capitel, de estilo gótico, se podía distinguir con claridad el escudo de la Orden del Temple. Su mente viajó al pasado, intentando visualizar a los caballeros acudiendo a los oficios, rezando en silencio o expiando sus pecados por las muertes causadas en batalla. La voz del cura le llegaba extrañamente lejana, como de otro tiempo, mientras seguía absorto en los pensamientos que le provocaba la ancestral presencia templaria.

Mientras el sacerdote iniciaba la fase final de la ceremonia, el informático se acercó al baptisterio. El

recipiente que contenía el agua utilizada en el rito de purificación cristiano era de piedra pulida, de un negro intenso y tenía forma de un gran cáliz. La pila reposaba sobre una figura octogonal, formada por ocho losas negras. En el borde, una misteriosa inscripción estaba protegida por la cruz templaria. Hincó una rodilla en el suelo y acarició los surcos que el emblema de la orden perfilaba en la suave piedra.

Una mano en su hombro le devolvió a la realidad, desvaneciendo sus ensueños de leyendas medievales. Se incorporó y quedó enfrentado a un enjuto y ajado rostro que le escrutaba. Tan ensimismado estaba que ni se había dado cuenta que la misa había concluido.

—Una pieza excepcional, ¿no cree, joven? —preguntó un desgarrado párroco, tan alto como Arquímedes y muy delgado, que lucía una densa mata de pelo castaño y que debía sobrepasar la sesentena.

—Por supuesto. Magnífica. ¿De qué época data? —preguntó el informático sonriendo al cura.

—Es del siglo XIII. Sus piedras están impregnadas de historia y leyendas.

—¿Leyendas?

—Sí —contestó el demacrado sacerdote mientras intentaba averiguar las intenciones del joven visitante.

—Disculpe mi descaro. Mi nombre es Arquímedes Boix —le dijo al párroco tendiéndole la mano, para luego mentirle—: Estoy haciendo un estudio sobre leyendas y mitos templarios.

—Pues está en el sitio adecuado. ¿Conoce la leyenda del bautismo de sangre?

—Pues no, pero me encantaría escucharla.

–Se dice que tras la derrota de los cristianos en la batalla de Alarcos en 1195, las tropas musulmanas se acercaron a las murallas de Toledo. Los Templarios, se prepararon para defender su sector de la fortaleza, justo aquí, en el barrio de San Miguel. La noche antes de la batalla, el comendador de Toledo se reunió con los caballeros, que rezaban entre estas paredes. Tal fue la tristeza del comendador, pensando que muchos de aquellos bizarros hombres morirían por defender la ciudad, que pidió a Dios una señal para saber quienes perderían la vida en la contienda. Al instante, sobre la cruz templaria que los caballeros llevaban en sus capas, apareció la imagen del Cristo que el comendador tenía en su cruz. Al día siguiente, el buen hombre sólo envió a defender los muros a aquellos que no habían sido marcados, dejando al resto en esta misma iglesia orando por sus compañeros. Una vez repelido el ataque musulmán, los Templarios regresaron sin ninguna baja en sus filas, pero encontraron sobre estas losas a sus hermanos muertos, momificados, y dentro de la pila bautismal la sangre de aquellos infelices había sustituido al agua. La sangre se tornó agua de nuevo cuando el comendador metió su cruz en ella. Desde ese día, fueron muchos los que se acercaron aquí suplicando milagros y empezó a circular el rumor que el agua de este recipiente curaba las heridas de arma blanca.

–Una cruel lección de humildad para el comendador. ¿Qué me dice del Grial?

–Muchos vienen buscando cálices santos y piedras filosofales. Pero estos objetos no están a la vista de cualquiera. Es más, no deben caer en manos de cualquiera. Si su pregunta es si creo que existen esos objetos... No, joven, no creo que existan físicamente.

–Entonces...

–Sería más bien un intento por alcanzar un estado de armonía entre cuerpo y mente que nos acercaría más a Él
–argumentó el párroco señalando al Cristo crucificado en la pared.

–¿No cree en lo que dice la Biblia? ¿En una copa que contiene la sangre de Cristo?

–Mi bisoño amigo... Claro que existió ese cáliz, pero no fue más que eso: una copa que se perdió con el paso de los años. Siento tener que abandonar nuestra agradable conversación, pero mis quehaceres me reclaman. Si lo desea, puede venir esta noche y le relataré muchas otras leyendas, además de enseñarle otros misterios escondidos en esta iglesia.

–¿Misterios?

–Sí. Este templo era el punto fundamental de los Templarios en Toledo. Hay miles de grutas subterráneas excavadas en la piedra bajo la ciudad, varias de ellas confluyen aquí. Una pena que fueran tapiadas la gran mayoría. Cuenta la gente que aún hay muchos tesoros ocultos bajo la población que esperan ser descubiertos. Esta noche, con más tiempo, podré explayarme con todo tipo de detalles. Le espero a las nueve en punto. Ha sido un placer, joven.

–El placer ha sido mío, padre...

–Aguado. Ramón Aguado –concluyó el cura caminando con pachorra hacia el altar.

Decidió matar el tiempo disfrutando de la gastronomía

toledana. En una taberna rústica, con todo el encanto de una decoración de otra época, Arquímedes pudo degustar una deliciosa perdiz estofada, uno de los platos típicos de la cocina toledana. Regó el condumio con un buen vino de la Mancha, mientras se deleitaba observando la ornamentación del lugar. En el techo, largas vigas de madera cuyo renegrido color daba fe del paso inexorable del tiempo; en las paredes, piedras talladas engalanadas con diversos cuadros con escudos de armas y algunas herramientas antiguas colgadas y, en el suelo, pequeñas mesas de madera noble deteriorada acompañadas de sillas rudimentarias, a la par que incómodas.

Tras el almuerzo, el informático regresó al hotel para repasar los documentos sobre el Temple y escoger las preguntas correctas para hacer al párroco. Además, su curiosidad se había acrecentado con la exposición del cura sobre las cuevas subterráneas. Puso en marcha su ordenador y buscó en la red información sobre las grutas.

Estas cavernas, excavadas en la roca viva, comunicaban la iglesia de San Miguel el Alto con las residencias de los caballeros y, según algunas crónicas, bajaban hasta el río o llegaban hasta el Castillo de San Servando. Bajo las residencias, más conocidas como las “Casas del Temple”, los integrantes de la orden escondieron sus tesoros y reliquias antes de que se les acusara de herejía y se disolviera la hermandad. Muchas de las cuevas ya no eran transitables y algunas de ellas no se sabía del todo cierto hacia donde llevaban. Las más conocidas y mejor conservadas tenían nombre propio: “Bodegas de Vázquez” y “Cuevas de San Miguel”, siendo de un alto interés turístico.

Arquímedes fue puntual a su cita, como siempre solía ser, pues le exasperaba profundamente que le hicieran

perder el tiempo esperando. El párroco aguardaba a su visitante en el umbral de la entrada, con una gruesa sotana y un alzacuellos que otrora había sido blanco. Tras el saludo de cortesía, entraron en el templo, dejando fuera al incipiente frío y la fina capa de niebla que empezaba a formarse en las calles.

Una vez dentro, el cura le indicó que le acompañara, con un gesto de la mano, a una de las naves laterales. Allí, de las losas de piedra del suelo, sobresalían varias lápidas.

–Bajo este suelo bendecido, descansan las almas de cientos de Templarios que dieron su vida por la cristiandad –anunció solemnemente el sacerdote, mientras la acústica de la iglesia hacía reverberar sus palabras.

Arquímedes asintió, temeroso de que el párroco se hubiera preparado durante toda la tarde una perorata que no deseaba escuchar y no pudiera llevar la conversación adonde él quería. Un carraspeo, amplificado por el eco, detuvo a Ramón Aguado, que se disponía a continuar. Una figura se arrodilló frente al altar, dibujó la señal de la cruz en su pecho y, con paso firme, se encaminó al confesionario, en la nave lateral opuesta.

–Iré a avisarle que la iglesia está cerrada.

–Tranquilo, señor Aguado, no tengo prisa. Cumpla con su labor sin apuros –manifestó el informático, deseando fisgar unos minutos por su cuenta.

–Siga recto hasta la pared que hay frente a usted, allí verá unas escaleras con una puerta tapiada. Allí es por donde los Templarios accedían a sus grutas secretas. No tardaré mucho.

Arquímedes se acercó a los peldaños, de piedra y de

una altura considerable. La pendiente era muy pronunciada y desde arriba no llegaba a vislumbrar la puerta obstruida, pues el tramo final de las escaleras estaba sumido en las tinieblas.

El sacerdote entró en el confesionario al ver que un hombre estaba arrodillado en el reclinatorio lateral.

–Ave María Purísima –dijo el cura.

–Sin pecado concebida –contestó una voz ronca.

–El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados.

–Entonces no acabaríamos nunca, Padre.

El párroco se giró hacia el ventanuco, pero la densa rejilla le impidió ver a un robusto hombre rapado de tez muy bronceada.

–¿No desea confesarse? –preguntó extrañado el cura.

–No he venido en busca de perdón. He venido a buscar un objeto que sus superiores reclaman.

–No sé de qué me habla.

–Del cáliz, Padre. De esa copa que custodiaron los Templarios y dejaron oculta aquí.

–Se equivoca. Persigue una leyenda, amigo. Muchos vienen aquí buscando el Santo Grial y se marchan de vacío.

–Más le vale no jugar conmigo, Padre.

El sacerdote se levantó y apartó la tela granate que cubría la entrada del confesionario, para dar una

reprimenda al individuo, pero al poner el primer pie fuera se encontró con un dolor punzante en el vientre, que le dejó sin aliento. En primer lugar notó el frío acero en el interior de su abdomen, que Caín retiró lentamente, para después sentir un calor intenso acompasado por los latidos de su corazón. Un líquido oscuro y espeso empezó a brotar de la herida, empapando su sotana. Con gran esfuerzo, el anciano se agarró al pequeño habitáculo de madera y articuló unas palabras ahogadas:

–Yo te absuelvo... de tus pecados, en el nombre del Padre, del... del Hijo y del Espíritu Santo...

–Gracias Padre.

La segunda cuchillada, directa al corazón, sí la vio venir y, mientras la vida abandonaba su decrepito cuerpo, su mirada se perdió en la de Caín, que no transmitía sentimiento alguno.

Arquímedes pasó con suavidad su mano por las húmedas piedras de la pared durante su descenso. Llegó a la puerta tapiada, cubierta por una moderna capa de cal, que contrastaba con la antigüedad de las piedras que vestían la escalera. Echó la vista a lo alto de la misma, imaginando a los caballeros Templarios vagar anónimamente por las grutas secretas que recorrían la ciudad y escondiendo reliquias y tesoros en el entramado de cavernas transitables. Acarició esta vez una de las piedras que formaba la jamba derecha de la puerta sellada, hasta que sus dedos notaron unos surcos. Se acercó mucho más para mirar con detenimiento la piedra, constatando que las hendiduras formaban un dibujo tallado en el frío material. Le pareció entrever la imagen

de una virgen con el rostro oscuro, que sostenía en sus brazos a un bebé.

Uno ruido sordo le llegó desde el piso superior, devolviendo su mente a la realidad. Algo había caído al suelo.

–¿Señor Aguado? –preguntó el informático sin obtener respuesta.

Decidió ir en busca del párroco, intrigado por el extraño sonido. Miró desde la nave lateral hacia el confesionario, pero no logró ver a nadie. Avanzó, pasando junto al altar, hasta que paró en seco, cuando vio un cuerpo que yacía en el suelo, entre una hilera de bancos y la cabina donde se expurgan los pecados. Se le aceleró el pulso y se quedó paralizado. Una persona con una sotana estaba tendida boca abajo, con un charco de un líquido oscuro saliendo por debajo de sus ropajes. Sin salir de su estupor, Arquímedes se obligó a avanzar y se arrodilló ante el cura. Con la cabeza ladeada, los ojos inertes de Ramón Aguado se perdían en algún punto del pavimento. Con mucho cuidado, buscó la yugular del sacerdote y posó sus dedos índice y corazón, confirmando la muerte del hombre. Rozó con sus yemas el denso fluido vital, que aún manaba caliente del cuerpo del párroco. Horrorizado se incorporó, limpiando sus dedos en sus pantalones, y examinó el interior de la iglesia con nerviosismo. El asesino aún podía estar allí. Y no le faltaba razón.

Oculto tras un pilar, Caín acechaba a su víctima, mientras enroscaba un silenciador a su fiel Beretta. Asomó ligeramente su pistola y, tras comprobar que el individuo estaba de espaldas, el mercenario apuntó a su objetivo. Debía matarlo y después, con la iglesia vacía y cerrada, podría buscar el cáliz con calma. No le habían ordenado que matara al cura, pero él sabía que tenía

carta blanca para tomar sus propias decisiones. Y aquel tipo que estaba husmeando por allí estaría mejor muerto. Asió con suavidad su arma y acompasó su respiración a los latidos de su corazón, mientras ponía su dedo en el gatillo, dispuesto a disparar.

Felipe Aguiar apuraba su cerveza, que bebía directamente de la botella, mientras intentaba no prestar atención a la discusión futbolística que mantenían el camarero y el único cliente que había en el bar aparte de él. Ordenaba sus pensamientos antes de volver a casa a prepararse la cena. Una pizza o algún plato precocinado que tuviera en el frigorífico. La vida del policía soltero. Un policía cuya carrera se había estancado. Era inspector de homicidios de la Policía Nacional, lo que no estaba nada mal a sus treinta y seis años, pero en una ciudad como Toledo, donde los asesinatos se podían contar con los dedos de una mano, era un fastidio y podía minar sus posibilidades de ascenso. Tan escaso era el trabajo que el superintendente le había encargado la coordinación de la seguridad para la inminente llegada del Papa a la ciudad. Sus superiores le habían obligado a tomarse dos días libres pues, los anteriores a la visita de su Santidad y durante la misma, tendría pocos momentos de descanso.

La vocación le llegó desde muy temprana edad, cuando descubrió las películas de acción de Clint Eastwood o Charles Bronson, que encarnaban a policías justicieros que operaban al margen de la ley. Pero con el paso de los años aprendió que ése no era el camino adecuado y sus ídolos pasaron a ser Sherlock Holmes o Colombo, con dotes detectivescas más enfocadas a la inteligencia.

Y por fin había conseguido llegar a inspector, aunque lo que nunca se había imaginado era que también tendría que combatir con la soledad. Con todo el tiempo que dedicaba a su trabajo le quedaba muy poco para su vida social y esas jornadas festivas le parecían eternas y estaba deseando reincorporarse.

Dejó unas monedas en la barra y bajó del taburete, despidiéndose de los contertulios con la mano alzada aunque éstos ni siquiera se dieron cuenta de su marcha. Salió al estrecho callejón y la niebla le envolvió. Se abrochó la chaqueta y alzó la vista, buscando la torre de la iglesia de San Miguel el Alto, oculta por las brumas. Su teléfono móvil empezó a sonar al tiempo que se dirigía a su domicilio, a escasos metros de allí.

–Aguiar –le gustaba contestar con su apellido, al más puro estilo de las películas.

–Inspector, lamento molestarle en sus vacaciones, pero nos acaban de llamar desde la iglesia de San Miguel el Alto. Parece ser que ha habido un asesinato allí –informó una voz que reconoció como la del agente Pérez.

–En dos minutos estoy allí –dijo cortando la comunicación y palpando dentro de su chaqueta para comprobar que llevaba su arma reglamentaria.

XXXIV

Toledo, Noviembre 2.010

Caín se preparó para disparar. Desde esa distancia no fallaba nunca y el tiro sería fatal para su víctima. Escuchó un susurro y perdió momentáneamente la concentración. ¿Qué demonios estaba haciendo aquel tipo? ¿Rezaba? Bajó el arma y dejó su escondite para ver qué estaba tramando el sujeto. Arquímedes se giró en ese momento, al captar movimiento en su flanco por el rabillo del ojo, dejando al descubierto un móvil apoyado en su oreja. «¡Un móvil! ¡Está llamando a la policía!», pensó Caín, volviendo a levantar su arma.

—¡Vengan ya y dejen de hacer preguntas! —exclamó Arquímedes con una mezcla de terror, ante la visión de una pistola que le encañonaba, e indignación por el interrogatorio que estaba sufriendo por parte de la mujer que atendía a la línea telefónica policial.

Tras perder los nervios, el aparato se le escapó de las manos y fue a parar al duro pavimento. Con torpeza, el informático se agachó para recuperar la comunicación con las fuerzas del orden, aún con la certeza de que no tendrían suficiente tiempo para acudir en su ayuda. El impacto de sus rodillas en el suelo le provocaron un agudo dolor, mientras astillas de madera caían sobre su cabeza. Sin saber muy bien qué pasaba, alzó la vista. Un

agujero había hecho añicos la ventanilla del confesionario. «¡Me han disparado!», pensó horrorizado. Se agachó cuanto pudo, pasando por encima del cadáver y entró a gatas en el cubículo, su único escondrijo posible. Trató de respirar hondo para calmarse, pero al ver sus manos manchadas con la sangre del cura a punto estuvo de chillar. Intentó limpiarse en el pantalón, que también estaba empapado, y sólo consiguió untarse más con el fluido vital. Sólo le quedaba esperar que la policía llegara antes que el desconocido pistolero. Pero le parecía poco probable.

Caín observó con una sonrisa en los labios como su víctima se resguardaba en el confesionario. Ése sería el último lugar que vería. Avanzó hacia su objetivo pero tras dos pasos desechó la idea. Él esperaba que llegara por allí, así que daría un rodeo por la nave lateral hasta llegar cerca del altar, donde le quedaría un tiro franco hacia el interior de la cabina. No se lo esperaba. Le encantaba coger por sorpresa a sus víctimas y ver en sus rostros el estupor de sus últimos segundos de vida.

Felipe Aguiar desenfundó su arma al entrar en la iglesia. Todo estaba en silencio. Avanzó con cautela por el pasillo central, en dirección al altar, barriendo con su pistola los espacios a sus flancos a cada paso. Cerca del presbiterio le llegó el olor dulzón de la sangre. Al otro lado de los bancos le pareció ver una persona en el suelo. Se acercó con precaución hasta que escuchó un leve bisbiseo. Había alguien en el confesionario. Dio dos pasos más, para oír unas amargas lamentaciones. Empuñó con más fuerza su arma, alzándola por encima de su corazón.

–¡Salga de ahí con las manos en alto! –exclamó el inspector, a la vez que se desvanecieron los lamentos.

–Yo no he hecho nada. No me mate...

–Soy policía. Le digo que salga despacio del interior. No haga tonterías.

Un Arquímedes titubeante salió del confesionario, entre evidentes temblores, y levantó sus manos cubiertas de sangre.

–¿Sería tan amable de enseñarme su placa?

El inspector, sin dejar de apuntar al informático, sacó su identificación del bolsillo y la alzó despacio para que aquel individuo pudiera verla. Un individuo al que se le relajó el rostro y emitió un sonoro suspiro, entrándole unas ganas enormes de abrazar a aquel policía desconocido.

Caín observaba la escena desde la entrada que, debido a la escasa iluminación, estaba sumida en la penumbra. Le molestaba en exceso no haber matado a aquellos dos tipos, pero sabía que era mejor así. Asesinar a un policía hubiera montado un revuelo importante, obstaculizando sus labores de búsqueda. La ciudad ya tendría bastante presencia policial con las consecuencias de la muerte del cura, además del fuerte dispositivo por la inminente llegada del Papa. Salió a la fría noche que le aguardaba en el exterior, ocultando su arma y ajustando su chaqueta. Las sirenas de los coches patrulla se empezaron a escuchar, lejanas aún. Para cuando llegaran, él ya se habría fundido en las sombras de la noche.

Arquímedes formalizaba su declaración contestando a las preguntas de un agente que tomaba notas en un folio oficial, ante la atenta mirada del inspector Aguiar, que escrutaba las reacciones del informático ante las preguntas. Si tuviera que apostar, lo haría a que aquel curioso individuo no tenía nada que ver con el asesinato del párroco. Se le veía muy asustado por los acontecimientos. O era inocente o un actor de primera.

Él ya había escuchado el relato de los hechos de su propia voz, cuando lo encontró escondido en el confesionario. Parecía ser que aquel tipo había llegado a la ciudad para hacer un estudio sobre las leyendas de los Templarios y había quedado con el párroco Aguado para que le hablara de la iglesia tan asiduamente relacionada con el Temple. Una vez dentro, el cura había ido a atender a un feligrés que buscaba confesión, o eso creía. Escuchó un ruido al cabo de unos minutos y se encontró con el sacerdote muerto. Mientras llamaba a la policía, el asesino le disparó pero erró el tiro. Se escondió en el confesionario y el agresor escapó. Ahí finalizaba el incidente. Pero aún quedaban muchas preguntas por responder, sobre todo la que rondaba por su mente desde hacía un buen rato: ¿por qué asesinaron al sacerdote?

Estaba claro que no era un robo, pues no faltaba nada y no parecía que hubieran buscado en ningún rincón de la iglesia. Además, el testigo lo confirmaba. ¿Qué era entonces? ¿Una venganza? Imposible, todos tenían en gran estima al padre Aguado y no se le ocurría nada que pudiera hacer el recién fallecido para enfadar tanto a alguien. ¿Y por qué intentaron matar al otro individuo? Alguna cosa se le escapaba. Pero lejos de sentirse frustrado, se vio embargado por una intensa excitación.

Iba a ser su segundo caso de homicidio en los dos años que llevaba como inspector y tenía todos los visos de ser uno complicado. Seguramente tendría mucha presión del superintendente, pues la ciudad no podía dar una imagen de inseguridad a pocos días de la llegada de su Santidad, pero no le importaba y se sentía entusiasmado. Por fin un caso de verdad.

El fuerte incremento de su adrenalina le hizo moverse por la iglesia. Observó a dos funcionarios forenses que alzaban el cadáver, enfundado en una bolsa negra con cremallera que no se habían molestado en cerrar, y lo colocaban en una camilla con ruedas. Varios agentes de la policía científica sacaban fotografías, tomaban muestras de sangre del suelo e intentaban buscar algún indicio. Uno de los técnicos, que parecía estar rayando la jubilación y lucía un pelo muy corto y canoso, se acercó al inspector Aguiar con una bolsa de pruebas, que contenía un pequeño objeto metálico.

–¿Es la bala?

–Sí. A juzgar por el tamaño del orificio que ha dejado en la madera, diría que es una nueve milímetros, pero tendremos que esperar al informe de balística –explicó el veterano agente, que no le llegaba ni al hombro a Felipe.

Felipe Aguiar medía un metro ochenta y, aunque su musculatura no destacaba, no se podía decir que fuera débil, cosa que podían constatar varios de los rateros habituales de la ciudad, que él había arrestado en diversas ocasiones. Se atusó su corto cabello castaño y se acercó al informático, que en ese momento ya firmaba su declaración.

–¿Cuántos días tiene pensado alojarse en la ciudad, señor Boix?

–No más de una semana –contestó Arquímedes con una mueca de fastidio–, debo volver al trabajo.

–Perfecto, le agradecería que pasara a verme antes de marcharse, o nos comunicara si decide cambiar de hotel –concluyó el inspector entregándole una tarjeta de visita.

Caín daba buena cuenta de un completo plato combinado: huevos, croquetas, patatas, calamares y un buen bistec; ante la atenta mirada del camarero, que se afanaba por terminar las tareas del día, deseando cerrar. Aquel individuo había llegado media hora antes del cierre y el jefe se había empeñado en servirle. En ese momento, el patrón se encontraba limpiando la cocina mientras él barría el local y colocaba las sillas sobre las mesas, salvo la del único comensal, con la intención de que se diera cuenta de que iban a cerrar en breve. Pero el tipo rapado no se daba por aludido y se tomaba su tiempo entre bocado y bocado. Para desesperación del empleado, el teléfono móvil del comensal empezó a sonar y, tras hacerle un gesto con la mano, salió del local para contestar a la llamada.

–Monseñor.

–Buenas noches Caín. ¿Alguna novedad?

–Imagino que ya le habrán informado de la muerte del cura.

–Sí, por desgracia. Deberías ser más cuidadoso. La visita de Su Santidad tiene a las fuerzas del orden en alerta, y si vas dejando un rastro de sangre es muy posible que te eches encima a las autoridades.

–Tranquilo, Monseñor, eso no me preocupa. Pero hay

alguien más que parece estar metiendo las narices donde no debe.

–¿A qué te refieres?

–Un individuo estaba en la iglesia, quizá buscara el cáliz, pero no estoy seguro. Intenté eliminarlo pero la policía llegó justo a tiempo y tuve que huir.

–Un hombre blanco, rubio, de media melena y bien vestido...

–¿Cómo lo sabe?

–Es el mismo hombre que nos llevó hasta el diario. Quizás haya sido oportuno que no le mataras, podría sernos de ayuda.

–¿Qué quiere que haga?

–¿Has podido buscar el cáliz en San Miguel el Alto?

–No. Pero apostaría que no se oculta allí. El párroco dijo no saber nada y parecía sincero. Todo el mundo lo es cuando ve la muerte de cerca.

–Bien. Síguelo. Veamos si es tan inteligente como para llevarnos hasta el cáliz.

–Como quiera, Monseñor.

Caín cortó la comunicación. Le incomodaba no tener el control total. Saber que no podía tocar a aquel hombre le molestaba sobremanera. Aunque no tenía nada en contra de él, no podía soportar no tener su vida en sus manos. Entró en el local para proseguir con su cena, fulminando con la mirada al camarero, que desistió de reprochar nada a aquel corpulento hombre. No pasaba nada por terminar el turno media hora más tarde.

Arquímedes se tumbó, rendido, en la mullida cama del hotel. Cerró los ojos con fuerza, intentando aliviar su dolor de cabeza. En la últimas semanas ya había puesto en peligro su vida varias veces, pero esta vez había tenido la muerte muy cerca y aún estaba intentando asimilarlo. Quiso pensar que todo era una auténtica estupidez. Que no existían las brujas ni copas míticas. Pero lo que sí estaba claro era que había gente dispuesta a matar por esas leyendas.

Se incorporó y fue hacia el baño, que hacía honor a las cinco estrellas del alojamiento. Brillantes losas de mármol travertino vestían las paredes y se fundían con otras piezas del mismo material, menos relucientes debido al desgaste, en el suelo. Una imponente y moderna bañera de hidromasaje contrastaba con el resto del mobiliario de la habitación, de estilo barroco. Dejó correr el agua en la bañera y volvió al dormitorio para quitarse la ropa. Se sentó en una butaca y, con cierto esfuerzo, logró despojarse de su traje, manchado con la sangre del cura. Lo dejó en el suelo con suavidad, como si la prenda estuviera herida realmente. Cuando se incorporó, se dio cuenta que sus manos también estaban manchadas. Finas costras de líquido vital cubrían sus palmas, con algunas gotas secas que habían hecho una incursión involuntaria hacia sus dedos.

Volvió al lavabo, donde una nube de vapor le indicó que el agua estaba demasiado caliente. Graduó los grifos y puso la mano en el líquido que caía hasta que se tornó más templado. Se plantó frente al empañado espejo y pasó los dedos para verse reflejado. Estaba muy pálido. Empezó a lavarse las manos y se dio cuenta que aún temblaba inconscientemente. Tenía que olvidarse de todo

y volver a casa. Dejar las supercherías de lado y volver a centrarse en el trabajo. No quería volver a flirtear con la muerte. Se metió en la bañera dispuesto a relajarse y arrinconar en su mente los sucesos que acababan de ocurrir, pero se quedó dormido antes de conseguirlo.

Fuego. La barandilla de una escalera ardiendo. Una densa columna de humo negruzco... El pequeño Arquímedes descendía los peldaños entre resuellos, buscando la salida del edificio que le llevaría al aire puro y con él la salvación. Un hombre le vigilaba desde lo alto de la escalera. No parecía asustado, ni preocupado por ponerse a salvo de las llamas. El pequeño bajó unos cuantos escalones más y volvió a mirar hacia arriba. La silueta masculina seguía inmóvil, impertérrita al incendio que consumía la vivienda. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando ésta recibió un golpe seco y se astilló. El segundo impacto causó un agujero considerable, arrojando al vestíbulo esquirlas de madera. Con el tercero, la cerradura reventó y la salida quedó despejada. Un bombero, con un máscara de ventilación artificial en su rostro, entró y se abalanzó sobre el niño, asiéndolo por la cintura y refugiándolo contra su pecho. Antes de que el aire fresco de la noche llenara los pulmones de Arquímedes, echó un último vistazo al extraño espectador, que le seguía mirando con unos ojos que reflejaban alivio, en el momento en que una súbita deflagración le hizo desaparecer.

Se despertó sobresaltado, derramando una cierta cantidad de agua, que casi rebosaba la bañera, sobre el suelo del baño. Se quedó quieto unos segundos, desorientado, intentando cruzar el límite que le devolviera a la circunscripción de la realidad. Zambulló su cabeza en el agua para despabilarse y la mantuvo sumergida unos instantes. Emergió y la sacudió con fuerza, salpicando las

piezas de mármol del paramento. Estaba confuso. Por primera vez lograba recordar alguna cosa del terrible suceso que le arrebató a sus padres adoptivos. Pero, ¿era un recuerdo real o tan sólo una proyección distorsionada de su mente?

Una vez seco y en pijama, cayó en la cuenta de que estaba hambriento. Llamó a recepción para pedir algo para comer del servicio de habitaciones, donde un atento joven le informó de que la cocina estaba cerrada, pero que podían servirle algún bocadillo frío si lo deseaba. Aceptó de buen grado, dándole las gracias al servicial recepcionista. Consultó su reloj, que le indicó que estaban a punto de dar las dos de la madrugada.

Mientras esperaba el refrigerio sacó el ordenador portátil para revisar su correo electrónico, que supuso estaría repleto de mensajes de Sean Wells. Al sacar la computadora del maletín, cayeron una decena de folios que quedaron esparcidos por el suelo. Se agachó para recogerlos, constatando que eran los artículos que había impreso sobre los Templarios y el Santo Grial. Los dejó sobre la cama cuando tocaron a la puerta. Se sentó en el borde del lecho mientras devoraba con avidez el emparedado de queso. Miró el folio que había quedado encima y un apartado del escrito llamó su atención: “El culto a las vírgenes negras”. Con el último bocado empezó a leer con interés el escrito. Trataba sobre la devoción de los caballeros hacia la Madre Tierra, a la que veneraban en forma de imágenes de Virgen Negra en muchas de sus iglesias. Dichas vírgenes eran de color oscuro para adoptar la coloración de la tierra fértil, debido a reminiscencias de antiguos cultos a la fertilidad sobre la Madre Tierra. Por esta razón, muchas de las imágenes incorporaban a un recién nacido.

Arquímedes recordó la imagen tallada en la jamba de la puerta tapiada en San Miguel el Alto. Un indicio más de la presencia de los Templarios en la ciudad y, probablemente, de que aquellas grutas subterráneas podían esconder aún muchas de las pertenencias que los caballeros quisieron ocultar. Encendió el ordenador y buscó más información sobre las vírgenes negras. A pesar de que no encontró demasiados artículos, logró averiguar que en la iglesia de San Miguel el Alto hubo una Virgen Negra que se perdió con el paso de los años. Además, en la ciudad de Toledo aún se podían encontrar dos imágenes: en la iglesia de San Cipriano y en la Catedral.

Con renacida curiosidad y un insólito coraje, el informático tomó la resolución de seguir con la búsqueda del mítico Grial. La iglesia de San Miguel estaba clausurada por la investigación del asesinato del párroco y la Catedral tendría fuertes medidas de seguridad por la visita del Papa, así que su destino debía ser San Cipriano. Allí iría en busca de un objeto perdido en el tiempo que según la leyenda otorgaba la vida eterna y era capaz de realizar curaciones milagrosas, pero por el que cierta gente era capaz de matar sin compasión alguna.

XXXV

Toledo, Diciembre 2.010

Ander y Santxo repasaban por enésima vez el atentado sobre un plano turístico de la ciudad, sobre una pequeña mesa redonda en la habitación de la pensión. Era simple, a la par que arriesgado. Debían colocar los explosivos en una furgón de la Guardia Civil, que les sería facilitado por un empleado del taller donde hacían el mantenimiento de los vehículos policiales, que era simpatizante de la organización. Las bombas debían de fabricarlas ellos, mediante los materiales que les habían suministrado esa misma mañana: más de diez quilos de nitrato amónico, un par de litros de nitrometano y unos cientos de gramos de pentrita, que combinados daban como resultado nabolol, un potente explosivo.

Después, llegaba la parte más complicada, que era situar la furgoneta en la ruta del coche papal, a una distancia adecuada para acertar con el objetivo. Pero iba a ser ardua tarea estacionar el vehículo en las calles del casco antiguo, estrechas y abarrotadas de gente como estarían. La mejor opción parecía ser la Plaza del Ayuntamiento, el final del trayecto del vehículo de su Santidad, junto a la entrada de la Catedral. La mejor opción... y la más sangrienta. En aquella plaza habría congregados cientos de fieles, quizás cerca del millar, y

muchos perderían la vida.

–Lasko está muy preocupado por la actitud de Unai. Se está despreocupando por completo del atentado –dijo Santxo con tono serio.

Las palabras sacaron a Ander de sus reflexiones, y le devolvieron a lo que le estaba provocando la mayoría de dolores de cabeza: su hermano.

–Ya os he dicho que eso es mi problema, y yo lo solucionaré. Él nos ayudará, pero si decide no intervenir, lo haremos nosotros solos –espetó el mayor de los Labache, visiblemente enfadado.

–Al jefe no le gusta dejar cabos sueltos...

–Ni se te ocurra insinuar que te ha dado órdenes de eliminar a mi hermano si no participa –replicó Ander, cortando a su interlocutor, con una frialdad en su voz y una ferocidad en sus ojos que dejó sin palabras a Santxo.

El pequeño y fornido hombre se incorporó, recogió su chaqueta y, tras acomodarla bajo el brazo, dijo a Ander:

–Voy a desayunar. Volveré dentro de una hora.

Caminó con paso firme hacia la puerta, con la espalda rígida y sus largos brazos pegados al tronco, casi sin movimiento. Casi le parecieron cómicos los andares de aquel tipo menudo.

–Santxo –Ander esperó a que se girara para seguir–: No te acerques a mi hermano. Te lo advierto.

Santxo esbozó una sonrisa, salió de la habitación y cerró la puerta con delicadeza tras de sí.

Ander abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó una pistola. Tras comprobar que estaba cargada, la dejó sobre la mesa, con la certeza de que tendría que salvarle el culo

a Unai, una vez más.

Unai tocó un par de veces con los nudillos en la puerta y esperó a que su hermano abriera. Por la cara de Ander supo que iban a discutir. El mayor de los Labache dejó la puerta entreabierta y volvió al interior, para sentarse en la cama y colocar sus manos entrelazadas en el regazo. Unai entró y caminó lentamente hasta el pequeño balcón, notando como el hermano rehusaba su mirada. Echó un rápido vistazo al exterior y se giró. En la mesilla de noche descansaba un cenicero que acumulaba más de una docena de colillas. Tantos cigarrillos en poco más de dos horas era demasiado. Ander debía de estar muy nervioso. «Lógico. No tiene que ser fácil matar», pensó.

Miró a su hermano, allí sentado con la vista perdida en algún punto impreciso de la habitación. Ander era todo lo que a Unai le hubiera gustado ser, pero su ídolo empezaba a tambalearse en el pedestal en que le había colocado. No quería ser un asesino y detestaba que su hermano lo fuera. Siempre pensó que era inocente, pero la verdad le había golpeado con toda su fuerza. Odiaba que hubiera segado la vida de personas inocentes, que le hubiera engañado durante años, que hubieran estado separados tanto tiempo por sus actos criminales... Pero lo peor era saber que Ander ya no podía enseñarle nada, que no era un modelo a seguir.

–Debes irte, Unai –dijo el mayor tendiendo unas hojas, y prosiguió–: Aquí tienes un billete de tren hasta Madrid y el vuelo de Barajas a Bilbao.

–No voy a marcharme, Ander. Y no voy a dejar que cometáis semejante atrocidad.

–No sabes a qué te enfrentas, *anaia*. Esta gente es muy peligrosa y si no estás de su lado entienden que estás en su contra. Y en ese caso...

–Ander, olvídate de todo esto. Vayámonos juntos de aquí y que se metan su atentado por donde les quepa.

–No puedo, Unai. Te prometo que no me involucraré más con la organización hasta que abandonen las armas. Pero ahora ya no puedo dar marcha atrás.

El hermano menor suspiró profundamente y se sentó en el lecho, junto a su hermano. Tras posar con suavidad una mano en el hombro de Ander, prosiguió:

–Es un suicidio. Lo sabes. Habrán muchos “maderos” y “picoletos” por toda la ciudad. ¿Creéis que vais a poder poner una bomba en sus narices, hacerla estallar y salir tan tranquilos?

–No será fácil, hermanito, pero puedo hacerlo. No te preocupes por mí. Lo que necesito es que te marches de la ciudad. No podría soportar que te ocurriera lo más mínimo.

–¡Y yo qué, Ander! ¿Crees que no sufriría si te perdiera? ¡Vayámonos! Aún estamos a tiempo...

–Lasko es un cabrón muy peligroso. Si ahora me echara atrás... entonces sí tendríamos que temer por nuestras vidas y... quizá por las de los *aitás*...

–Cómo has podido... –masculló Unai dirigiendo una mirada iracunda a su hermano.

–Coge los billetes, Unai. Mañana debes partir, mientras yo me quedo aquí con Santxo ultimando los detalles. Cuando él se dé cuenta ya estarás lejos. Yo me inventaré alguna excusa y, como faltará poco para el atentado, no se molestarán demasiado si cumplimos.

Unai tomó los billetes y miró a su hermano con tristeza. Sabía que no podría convencerlo, por más que lo intentara. Quizás lo mejor era hacer caso a Ander. Apartarse y rezar. Rezar porque aquél no fuera el último día que estuviera con su hermano. Rezar a un dios que al día siguiente perdería a su máximo portavoz en la tierra, en un atentado del que él era cómplice.

Un atisbo de sonrisa cruzó su rostro al apreciar la ironía.

XXXVI

Toledo, Diciembre 2.010

Arquímedes se levantó temprano, tomó un frugal desayuno en el hotel y salió a dar un paseo acompañado por la gélida mañana. La boira volvía a hacer acto de presencia, errando a media altura por las angostas calles de la ciudad imperial y limitando la visibilidad de los transeúntes que se habían aventurado a hora tan prematura.

El informático se ajustó su gabardina y caminó sin rumbo fijo, dejándose seducir por el ambiente legendario de la ciudad. Se dijo que si existía el Santo Grial, tenía que estar oculto allí, no le cabía duda. Su paseo le llevó hasta el puente de San Martín, tras casi media hora de caminata. Dicho puente, constituía el acceso a la ciudad amurallada desde el oeste. Avanzó entre las viejas piedras que sostenían la estructura, mientras el Tajo salmodiaba un canto uniforme al atravesar los cinco arcos apuntalados sobre recios pilares. El río descendía con velocidad y con un caudal importante, gracias a las lluvias de los últimos meses, formando cúmulos de espuma a su paso.

Llegó al torreón exterior, formado por bóvedas nervadas y arcos de herradura, que confería un aire defensivo al lugar, manteniendo una clara fisonomía de la

Edad Media, a pesar de las posteriores restauraciones sufridas.

Se quedó allí un buen rato, en cuclillas, apoyado sobre el bajo murete y con la vista perdida en la masa de agua, que le traía ecos de un pasado de batallas y misterios. Trató de reflexionar sobre sus opciones. Su parte racional le decía que la solución más adecuada era volver a Barcelona y recuperar su vida cotidiana, mientras que su lado más visceral le incitaba a seguir la búsqueda, a saciar su curiosidad. Por más que pensaba no lograba decidirse, así que decidió actuar más que cavilar. Se dijo que no perdía nada por acercarse a la iglesia de San Cipriano y echar un vistazo a su interior. Cruzó el puente en sentido contrario, sin darse cuenta que el turista con el que se acababa de cruzar estaba más pendiente de él que de los detalles arquitectónicos que se esmeraba en fotografiar.

La pequeña parroquia no se encontraba demasiado lejos del puente y llegó a ella en escasos minutos. Descendió la empedrada calle de la Mano, con estrechas casas restauradas a ambos lados de la calzada, y apareció frente a él una plaza donde finalizaba la vía, quedando a la derecha el templo religioso. Frente a Arquímedes se erguía una sencilla iglesia, de la que destacaba su torre de estilo mudéjar compuesta por hileras de ladrillos de un rojo que se intensificaba con la incidencia del sol y rematada por un campanario con dos arcos de herradura que alojaban sendas campanas. Gran parte de la fachada la componía el portón de entrada de sillares almohadillados y sobre el mismo una hornacina con una imagen de una Virgen y un Niño Jesús en sus brazos.

–Está cerrada, amigo –dijo alguien a su espalda.

Arquímedes se giró y vio a un anciano, sentado sobre un muro bajo al calor de los rayos del sol. Una boina negra, una gruesa camisa de franela, de cuadros rojos y verdes, y unos raídos pantalones grises de pana conformaban el atuendo del viejo.

–La misa es a las doce. Hasta esa hora no abre el cura –expuso el abuelo, señalando el templo con su bastón y quitándose un palillo de la boca para hablar.

–Muchas gracias, señor. Volveré más tarde –se despidió el informático, acompañando sus palabras con la mano alzada.

Caín se caló la gorra un poco más y sacó la cámara de su funda cuando aquel individuo pasó a su lado. Disimuló sacando algunas instantáneas de la iglesia, hasta que le perdió de vista. Aquella parroquia parecía ser el siguiente lugar donde buscar el cáliz. El viejo había dicho que hasta las doce no estaría abierta, pero él no tenía intención de esperar. Observó la cerradura con atención y se dijo que no tendría muchos problemas en forzarla.

–Hasta las doce no abren, amigo –aclaró el anciano al nuevo turista, cuando éste empezó a abrir su mochila.

Caín le lanzó una mirada colérica y se volvió con actitud amenazadora, hasta que el longevo hombre resolvió marcharse tan rápido como sus piernas le permitieron. El corpulento sujeto sacó unas pequeñas ganzúas y se dispuso a abrir el portón, pero se detuvo al escuchar un ruido en el interior. Consultó su reloj. Las once de la mañana. Era posible que el cura ya estuviera dentro para preparar la ceremonia. Golpeó con fuerza la puerta con su puño y esperó unos minutos. El eco de un

cerrojo metálico en el interior le dijo que la puerta se iba a abrir. Un hombre, de unos cincuenta años, menudo y con el pelo ralo y blanco, se asomó por la reducida abertura que habilitó.

–¿En qué puedo ayudarle? –preguntó el párroco con un melódico tono de voz.

–Me gustaría hacerle unas preguntas, padre. Imagino que estará muy ocupado, pero le prometo que no le robaré más que un par de minutos.

–Pase, pase –accedió el cura entreabriendo la puerta.

El pequeño hombre hizo un ademán para que el recién llegado le siguiera y empezó a caminar con tranquilidad hacia el altar. Caín cerró el portón con discreción y siguió al párroco, mientras sacaba su Beretta del interior de la chaqueta y enroscaba con suavidad el silenciador.

El párroco llegó frente al altar y se giró, observando con pavor al sonriente mercenario que le apuntaba con el arma. Caín se deleitaba leyendo el terror en los ojos de sus víctimas.

–Padre, todo saldrá bien si colabora –empezó con tono calmado para luego continuar, tras el leve asentimiento del cura–: Sólo dígame donde está el cáliz y podrá irse.

–¿Qué cáliz?

El asesino escrutó el rostro del sacerdote, amartilló su pistola y la ascendió con lentitud hasta dejarla a la altura de la frente del amenazado.

–Créame, no me gustaría tener que matarle. Escuche bien, padre. Quiero el Santo Grial.

Sus últimas palabras reverberaron en la iglesia y quedaron flotando en el ambiente por unos segundos. El

párroco trasladó su mirada del cañón a los ojos de Caín, y viceversa, sin poder creer la petición de aquel hombre corpulento.

–¿Es una broma?

–¿Le parece una jodida broma, padre?

–El Santo Grial no existe. Es tan sólo una alegoría de la Biblia.

–Su última oportunidad. ¿Dónde está la maldita copa?

Caín examinó al sacerdote, que no supo qué contestar. Su mayor virtud era saber cuando le mentían. Quizá no era muy complicado cuando apuntaba a alguien con una pistola, pero nunca fallaba. Y su intuición le decía que aquel pobre hombre no sabía nada. Lo que quería decir que, o bien el cáliz no estaba allí, o al cura no le habían hablado de su existencia. Ya sólo tenía una opción. Debía dejar que aquel individuo, al que le habían ordenado seguir, buscara el Grial en aquella iglesia. Quizá él tuviera más datos para encontrarlo.

Pero ya era tarde para el cura. Le había visto la cara y probablemente llamaría a la policía, impidiendo la exploración del lugar del tal Arquímedes. Contuvo la respiración y tensó el dedo índice. Un chasquido precedió a las gotas de sangre que salpicaron su rostro, los impolutos manteles del altar y la patena dorada. El párroco cayó desplomado, con un orificio rosado en el centro de su frente, del que empezó a brotar un hilo de sangre espesa. Caín guardó el arma en la chaqueta y limpió su rostro con la parte interior del mantel. Empezó a caminar hacia la salida, pero se detuvo y echó un vistazo al cuerpo inerte. Observó la instantánea con detenimiento. Nada. No encontró ningún sentimiento en su interior. Se dio la vuelta y salió del templo con rapidez.

Arquímedes volvió a la iglesia, que seguía cerrada. Llevaba unos cuantos minutos dando vueltas por los alrededores y, aunque aún quedaba un buen rato para la hora de la misa, decidió probar fortuna. Se acercó al portón justo en el momento en que se abrió de repente. Un hombre muy fornido y con la cabeza rapada atravesó bruscamente el umbral, embistiendo con fuerza al informático, que tuvo problemas para mantener el equilibrio. Se giró para observar la huida del corpulento personaje. Él había visto antes a ese tipo. Arquímedes era muy observador y, aunque estuviera distraído, podía recordar todo tipo de detalles con sólo verlos durante un instante. Y se había cruzado con aquel hombre en dos ocasiones. La primera en el puente de San Martín, donde fotografiaba uno de los torreones, y la segunda hacía unos minutos casi en ese mismo lugar, cuando también fingía sacar instantáneas de la iglesia. Le estaban siguiendo. ¿Sería el mismo hombre que había intentado matarlo en San Miguel? Se dijo que no. No era posible que un día atrás hubiera querido asesinarlo y en ese momento hubiera dejado escapar una buena oportunidad.

Se adentró en la parroquia con cierto temor. No sabía qué podía encontrar allí dentro. Avanzó lentamente hacia el altar entre las hileras de bancos de madera ennegrecida. Vio el cuerpo que yacía a los pies de la gran mesa de piedra. Pequeñas gotas de sangre aún resbalaban de los mancillados manteles blancos. Arquímedes se inclinó sobre el menudo cuerpo del cura, que yacía boca abajo e intentó hallar el pulso en su yugular. Estaba muerto. Se levantó sobresaltado y miró en todas direcciones, como tratando de encontrar a un

asesino invisible oculto en la penumbra de la iglesia. Trató de luchar contra un miedo latente en su interior, que se afanaba por llegar a la superficie a través de todos los poros de su piel. Pero logró contenerse, pues su curiosidad era mucho más fuerte.

El informático escrutó el templo con detenimiento. Tras el altar, un retablo dorado rodeado por seis querubines con trompetas, contenía una talla de considerables dimensiones. Él la reconoció enseguida por los artículos que había leído la noche anterior: la Virgen de la Esperanza. La Señora, ataviada con un largo manto, sostenía una especie de cetro en su mano derecha y a un niño Jesús en la izquierda. Trató de examinar la imagen, en busca de alguno de los rasgos característicos de las vírgenes negras, pero no halló ninguno. Le dio la impresión que la talla debía de haber sido restaurada no hacía mucho tiempo, y seguramente habrían suprimido cualquier manifestación de la devoción del Temple. Buscó también indicios que le pudieran llevar a algún posible escondrijo del Grial, con nulo éxito. No parecía que hubiera ninguna losa de piedra hueca, ninguna palanca que abriera una compuerta secreta, ninguna pista que le llevara a otra ubicación dentro de la iglesia... En definitiva, nada de lo que había visto en las películas de aventuras.

La iglesia, de una sola nave, no alojaba muchos posibles escondites más, excepto la torre. Junto a la entrada, una escalera de hierro pintado de negro daba acceso a la entrada de la torre. Subió con celeridad, pues no debía quedar mucho tiempo hasta que entraran los feligreses a su cita con la ceremonia diaria. La torre, de estructura cuadrada, tenía un machón central, alrededor del cual se erguía una escalera de piedra que llevaba hasta el campanario. No le costó demasiado trabajo llegar a lo más alto y una vez allí se llevó una decepción más.

Allí arriba, junto a las campanas, no había nada. Ningún lugar donde se pudiera ocultar objeto alguno. Comprobó con sus nudillos cada una de las piedras de la paredes que envolvían aquel espacio, sin encontrar ninguna diferencia entre ellas. Sin saber muy bien qué más hacer, miró a las metálicas propietarias de aquel rellano, que esperaban en silencio el tirón de cuerda que elevara el telón y diera la entrada en escena a su plañidero canto. Lo que no sabían era que el virtuoso telonero sería el próximo homenajeadó de sus sonidos.

Arquímedes escuchó unas voces en la nave de la parroquia y se maldijo por no haberse marchado antes. «Deben ser los feligreses», pensó, e inició el descenso intentando hacer el mínimo ruido posible. Entreabrió la puerta que separaba la torre de la iglesia, para constatar que se había equivocado. Una pareja de policías examinaban el altar. Soltó un par de improperios más, mientras pensaba si tendría alguna opción de salir sin ser visto. Aprovechó que los dos agentes se agacharon ante el cadáver para tratar de huir. Bajó los últimos escalones pero se detuvo en seco antes de acercarse a la puerta. Otro par de policías contenían a una veintena de curiosos que se agolpaban en la puerta. De repente, las personas se apartaron para dejar entrar a un hombre alto, que ocultaba sus ojos tras unas gafas de sol. Se las quitó al cruzar el umbral y pareció reconocer enseguida al informático. Éste tampoco tuvo problemas para distinguir el rostro de Felipe Aguiar. El inspector dijo algo al oído de uno de los policías apostados en la entrada, que le contestó con una negación con la cabeza. Sonrió y avanzó hacia Arquímedes.

—Qué casualidad señor Boix. Nos hemos visto dos veces, en dos iglesias diferentes y con dos curas muertos. Demasiada casualidad, ¿no le parece?

XXXVII

Toledo, Diciembre 2.010

Una mesa rectangular de un frío e impersonal aluminio dominaba el centro de la pequeña estancia, cuyas medidas no superaban los cuatro metros cuadrados. Las paredes, desprovistas de cualquier tipo de decoración salvo por algún que otro desconchado, estaban pintadas de un blanco que empezaba a amarillear por el paso del tiempo y, probablemente, el humo de los cigarrillos que se habían consumido en aquella sala. Arquímedes esperaba sentado en una silla metálica de color gris, como la que hubiera podido encontrarse en cualquier oficina. Echó en falta un gran ventanal con vidrios de espejo, detrás del cual los agentes estarían hablando de él y preparando la estrategia para abordar su confesión. Tampoco había un fornido policía frente a la puerta, que le hiciera desistir de cualquier tentativa de huida. Le decepcionó aquella sala de interrogatorios. Era tan diferente de las que se podían ver en las series policíacas, todo lujo y amplitud.

El inspector Aguiar entró portando una carpeta de color marrón en la mano y, sin dejar de mirar al sospechoso, se sentó en la silla enfrentada al informático. Dejó escapar un largo suspiro y se pasó la mano por la cara antes de abrir la carpeta.

–Parece cansado, inspector –rompió el silencio

Arquímedes.

–Pues sí. ¿Y puede adivinar quién tiene parte de la culpa?

–No es lo que parece, señor Aguiar.

–¿Y qué es? ¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo en Toledo?

–Ya sabe quien soy. Me llamo Arquímedes Boix y puedo asegurarle que no he matado a nadie.

–Quiero creerle, se lo aseguro, pero no me lo pone nada fácil. Dos asesinatos y usted estaba presente en ambos. Ni rastro del asesino, sólo usted en la escena del crimen.

–Una vana casualidad, inspector. ¿Cómo puedo convencerlo de que no soy un asesino?

–Podría empezar por contar la verdad.

Arquímedes escrutó al policía durante unos segundos, dejándose empapar por los datos que le llegaban del rostro y la indumentaria de su interlocutor.

–La verdad... La verdad es que debería salir más.

–¿Qué coño quiere decir con eso?

–No veo ningún anillo en sus dedos, lo que me dice que no está casado. Su camisa, sobre todo el cuello, no está bien planchada, así que deduzco que vive solo. Sus prominentes ojeras y su descuidada barba de dos días ratifican mi deducción y me cuentan que dedica mucho tiempo al trabajo, para compensar el vacío de su escasa vida social.

Felipe Aguiar miró fijamente al informático, mientras tamborileaba con sus dedos sobre la mesa. Esperó un

largo minuto antes de hablar. Le gustaba que sus sospechosos se sintieran incómodos y, en ocasiones, el silencio era su mejor arma.

—¿Sabe que veo yo, señor Boix? Veo a un tipo inocente, que no sería capaz de matar porque no tiene las suficientes agallas ni para empuñar un arma. Pero aún así, está metido en un buen lío, porque se cree tan inteligente para ocultarme la verdad, siendo tan estúpido como para no darse cuenta de que eso es lo único que puede hacer que salga libre de aquí.

Arquímedes sopesó sus opciones, pensando si sería una buena idea explicar al policía toda la verdad. La situación, con dos muertos de por medio, era como para no tomarla a broma y decidió contar todo lo que sabía al inspector, aunque no sabía si podría ayudar en algo.

—Bien, le contaré todo lo que sé, pero ya le advierto que es difícil de creer. ¿Es usted católico, inspector?

—Creo que existe alguna fuerza que todo lo rige y controla, pero no sabría decirle si es Dios, alguna otra deidad o simplemente algún tipo de energía mística. ¿Es importante para el caso?

—Entiendo. Hace una semana, aproximadamente, secuestraron a la hija de un amigo y a dos niñas más, cuando disfrutaba de mis vacaciones en la Costa Brava. Una mujer enmascaró estos secuestros como parte de una venganza ancestral, para dedicarse a buscar un cofre oculto en el Empordà. Este cofre debía contener el Santo Grial que habían custodiado los Templarios durante muchos años. ¿Conoce la leyenda? —preguntó Arquímedes, haciendo una breve pausa para que Felipe asintiera con la cabeza y luego continuó—: Por circunstancias que no vienen al caso, esta mujer falló en

su cometido, pero yo pude localizar el cofre y dentro de él no estaba el cáliz. En su interior había un pedazo de papel muy antiguo, en el que decía que el Grial estaba oculto en Toledo. Tras investigar un poco, vine a la ciudad y mi primera visita fue la iglesia de San Miguel el Alto, la más relacionada con la Orden del Temple. Me hice pasar por un estudioso de los caballeros y concerté una entrevista con el párroco. Antes de su muerte, me indicó una puerta tapiada, por la que los Templarios campaban a sus anchas bajo la ciudad. En una de las piedras pude ver la imagen de una virgen y esa misma noche averigüé que los caballeros adoraban la figura de una virgen negra. Busqué información sobre donde encontrar tallas que pudieran estar relacionadas con el Temple y ésta me llevó a San Cipriano. Cuando iba a entrar, me tropecé con alguien que salía de forma apresurada. Probablemente el asesino. El resto ya lo sabe.

—A ver si he entendido bien. Está buscando el Santo Grial, pero alguien aún más loco que usted también lo busca y es capaz de matar a quien se interponga en su camino. ¿He resumido bien?

—Es todo cuanto sé —contestó Arquímedes encogiéndose de hombros.

El inspector volvió a pasarse la mano por la cara, a la vez que dejaba escapar un largo suspiro. Tenía claro que aquel tipo no era el asesino, pero empezaba a parecer un loco. Aún así, su intuición le decía que aquel extraño personaje tenía la clave para resolver el caso.

—¿Cuál sería su próximo paso? ¿Qué tenía pensado?

—Tenía pensado visitar la catedral. Aparentemente, allí hay otra virgen negra. Quizá pueda encontrar alguna pista.

–¡Ni hablar! El Papa visita mañana la catedral. Las medidas de seguridad son máximas y no vamos a permitir que nadie esté husmeando por allí. Desde hoy se ha cerrado el acceso al público.

–Deberíamos echar un vistazo. Quizás el asesino decida ir allí.

–No creo que se atreva a entrar con tantos policías en los alrededores. Le diré qué vamos a hacer. Le dejaré marcharse a su hotel y pasará allí la noche con un agente vigilando su puerta. No es que tenga miedo de que intente escapar, pero he pensado que quizá el asesino le busque a usted –el inspector dejó una pausa para ver como aparecía la preocupación en el semblante del informático–. Mañana, a primera hora, me acompañará a la catedral, donde pasaremos buena parte del día observando a las personas que se acerquen a las proximidades. Quizá pueda reconocer al supuesto asesino.

Ander se levantó antes del amanecer, se vistió en silencio y despertó a su hermano, que dormía inquieto en la cama de al lado.

–Arriba dormilón. Debes marcharte –susurró cerca de la oreja del pequeño de los Labache.

Un sorprendido Unai se frotó los ojos y soltó un largo bostezo. Después comprobó la hora en su reloj de muñeca.

–¿Qué demonios pasa, Ander?

–Debes irte. Hoy es el día. Santxo llegará en un par de horas y para entonces quiero que estés bien lejos.

Gruñó mientras intentaba liberarse de las sábanas. Se incorporó y buscó su ropa en el suelo, a la vez que ordenaba su aletargado raciocinio.

–Así que vas a hacerlo...

–Ya lo hemos hablado, Unai. No puedo negarme. Será mi último trabajo, te lo aseguro.

El hermano menor terminó de vestirse en silencio. Sabía que no podría convencer a Ander. Nunca lo había conseguido. Le vinieron a la mente algunas de las discusiones que tuvieron, en la infancia y adolescencia, en las que siempre tenía que claudicar, ya que el mayor nunca daba su brazo a torcer. Lo mejor que podía hacer era apartarse, con todo su pesar, y dejar que su hermano y su compinche cometieran la atrocidad que se habían propuesto. Él no lo podría evitar y si se quedaba no conseguiría más que ponerse en peligro, y también a su hermano. Recogió su bolsa de viaje y, a regañadientes, dejó que Ander le acompañara hasta el modesto vestíbulo de la pensión. Allí se dieron un efusivo abrazo y se despidieron con un breve gesto con la mano.

Aún era oscuro cuando empezó a caminar por las estrechas calles y un frío intenso le caló hasta los huesos. Se colocó un gorro de lana en la cabeza antes de dirigirse con premura hacia la parada de taxis, fuera de la ciudad amurallada. El gorro cubría totalmente sus orejas, salvaguardándolas de la baja temperatura, pero no le permitieron escuchar los pasos del hombre que le seguía a una distancia prudencial. La figura, robusta y de escasa estatura, empezó a ganar terreno a un desprevenido Unai.

–Parece que tienes prisa...

Sorprendido por la voz a su espalda, se giró para encontrarse frente a Santxo, que sacó lentamente una

pistola de su chaqueta. Por la expresión de su rostro, Unai supo que no había ido a despedirse.

–Ander me dijo que me fuera, que ya lo tenéis controlado.

–Es cierto, si tuviéramos que confiar en tus habilidades el atentado no se llevaría a cabo ni el día del juicio final. Pero Ander no es el que da las órdenes, ése es Lasko. Y no me ha dicho nada de tu marcha.

El hombre menudo alzó el arma y apuntó a la cara de Unai, que supo que iba a morir. A aquel criminal no le costaría nada apretar el gatillo por su causa. Una causa que hacía tiempo que había perdido toda razón, pero que con individuos como Santxo seguía muy viva. Se preparó cerrando los ojos, esperando el impacto mortal. Ni siquiera lo vio venir. Notó como le salpicaban la cara pequeñas gotas de sangre. Una sangre que procedía de la boca de un atónito Santxo. El arma cayó al suelo al tiempo que Ander entraba en escena. El fracasado agresor se dio la vuelta, a tiempo de recibir una nueva puñalada en el estómago del mayor de los Labache. Unai casi no pudo ver la empuñadura de un gran machete en el abdomen de Santxo. Ander tapó la boca del fornido hombre y con esfuerzo lo ocultó en un portal cercano. Con las manos completamente cubiertas de sangre, se acercó a Unai.

–Que sea la última vez que tenga que salvarte el culo –dijo a su hermano pequeño esbozando una sonrisa–. Ahora vete. ¡Ya!

Obedeció, aún sin saber del todo qué acababa de ocurrir. Retomó su marcha, que ya se había convertido en huida, con más urgencia.

–¡Unai! –llamó Ander a su hermano y esperó a que se

girara para continuar—: Hasta pronto.

El mayor de los Labache desapareció entre las menguantes sombras que se veían amenazadas ante la inminente salida del sol. Unai se quedó unos instantes en la ya solitaria calle, envuelto por el silencio que habían dejado las palabras de despedida de su hermano. Unas palabras que dejaban entrever una separación mucho más extensa de lo que habían expresado. Y así se lo había corroborado el semblante de Ander.

Arquímedes y el inspector Aguiar contemplaban una pequeña hornacina protegida por un recio vidrio y una reja de hierro. Estaba apostada a más de tres metros del suelo en uno de los muros de la Catedral, en el cruce de las calles del Cardenal Cisneros y del Barco. De una pequeña cubierta a dos aguas colgaba un viejo farol que iluminaba por las noches la hornacina. En la reducida cavidad se encontraba una imagen conocida como la Virgen del Tiro.

—Ésta es una de las dos vírgenes negras que se pueden ver en la Catedral. Aunque no se sabe mucho de ella, se cuenta que pudo ser la virgen original que veneraban en San Miguel el Alto. Cómo acabó aquí es un misterio. Se la conoce como Virgen del Tiro, debido a la polea situada en el último piso del templo, desde la que se tiraba de una cuerda para subir los materiales para hacer velas hasta el obrador de cera —explicó el policía haciendo de guía turístico, precisamente su trabajo anterior antes de entrar en las fuerzas del orden.

—¿Hay otra virgen negra en la Catedral? —preguntó el informático mientras intentaba ver la imagen a través de la suciedad del cristal.

–Sí. La Virgen del Sagrario, en una capilla del interior. Se dice que muestra ciertos rasgos comunes con sus “hermanas”.

–Parece que ha estado estudiando, inspector.

–Sólo un poco. ¿No pensaría que le dejaría tener ventaja?

–Será mejor que entremos, aquí no parece haber muchas pistas nuevas –dijo Arquímedes esbozando una sonrisa.

Rodearon el monumental edificio hasta la plaza del ayuntamiento, donde se encontraba la majestuosa entrada principal. Estaba constituida de tres grandes portadas: la del Perdón en el centro, la del Juicio Final a la derecha y la del Infierno a la izquierda. La del Perdón sólo se abría en las grandes ocasiones, y la visita de su Santidad era una de ellas. Sobre las hojas de más de cinco metros de altura, lucía un gran arco con seis arquivoltas góticas. Una decena de policías de uniforme custodiaban la entrada ante la verja de hierro forjado que precedía a las portadas. Los agentes del orden se apartaron para dejar entrar al inspector y a su acompañante.

En la plaza, unas vallas metálicas contenían a la muchedumbre ansiosa por ver al Papa, con la ayuda de los agentes que reprimían el afán de los congregados. Entre ellos, un hombre fornido con una mochila al hombro y una gorra blanca en la cabeza no quitaba ojo a Arquímedes y Felipe, y cuando éstos entraron en la Catedral, desapareció entre el gentío.

El informático admiraba la genial arquitectura del templo, mientras caminaban entre las enormes pilastras que aguantaban los arcos que se entrecruzaban en la techumbre. Con casi cincuenta metros de altura, Arquímedes pudo imaginar cómo la catedral infundía respeto, e incluso algo de miedo, en sus visitantes durante la edad media. Incluso él mismo, sin ser creyente, se sintió un tanto aturdido ante la inalcanzable cúspide, que bien podría haber tenido acceso directo al cielo.

Al fondo, tras el coro, sobresalía el Cristo crucificado del retablo de la capilla mayor, que parecía otear desde su posición todo cuanto acontecía hasta la puerta del perdón. Caminaron en silencio, empequeñecidos por el soberbio edificio. Al llegar al coro, giraron a la izquierda y siguieron por el pasillo de pilares hasta la capilla mayor. Allí se detuvieron a contemplar el gran retablo de madera de alerce, en el que destacaban numerosas imágenes que conformaban diversas escenas y que estaba coronado por el Cristo que todo lo veía.

A la izquierda, pasando bajo un par de arcos solemnes, llegaron a una pequeña capilla en la que se encontraba la Virgen del Sagrario. La talla descansaba sobre un pilar repleto de flores y la envolvía un arco en el que vigilaban un buen número de querubines. La virgen tenía sus manos juntas, en posición de súplica, e iba ataviada con un manto azul y una corona. Destacaban su cara y sus manos, con un claro tono oscuro. Arquímedes observó la estancia, tratando de evaluar donde podría hallarse oculto el Grial. Imaginó a los Templarios encomendándose a la virgen antes de la batalla, pero no fue capaz de encontrar un lugar en el que se pudiera ocultar objeto alguno durante tantos años. Llegó a la conclusión que era imposible que aquella virgen, patrona de Toledo y de las más visitadas y fotografiadas de la ciudad, escondiera

pista alguna sobre el paradero de la legendaria pieza.

Por primera vez, desde la entrada al templo, reparó en la presencia del inspector que, por contra, no había quitado ojo al informático y en ese momento escrutaba con atención su reacción.

–¿Ha encontrado algún tesoro oculto? –preguntó con sorna el policía.

–Hay muchos tesoros en esta catedral, inspector, pero me atrevería a decir que ninguno oculto –contestó Arquímedes sin ocultar su decepción.

–Inspector Aguiar –les interrumpió un agente de uniforme–. Debemos salir, van a preparar la catedral para el evento. Nos informan que el Papa llegará en un par de horas.

Felipe asintió y volvió a mirar a su curioso acompañante. El informático había retomado su análisis de la imagen.

–Se acabó la visita, señor Boix. Siento que no haya encontrado lo que busca.

Salieron de la catedral y se encontraron frente a una multitud que se había triplicado, como mínimo. La expectación era máxima y las medidas de seguridad se habían extremado. Policía Nacional y Guardia Civil trabajaban conjuntamente por mantener el orden y asegurar la protección de su Santidad. El vehículo papal aparcaría delante de templo, rodeado de coches celulares, y el Sumo Pontífice saludaría brevemente a los congregados, antes de entrar en la catedral para la ceremonia de la dedicación.

Una furgoneta de la Guardia Civil se detuvo a unos diez metros de la entrada y descendió un hombre robusto con el uniforme y el tricornio de la benemérita. Saludó a sus compañeros y abrió la parte trasera del furgón, de donde sacó una ametralladora y comprobó los maletines de explosivos que allí descansaban. Antes de mezclarse con los demás agentes, cerró con llave disimuladamente.

Ander se colgó el arma del cuello y adoptó la postura de los otros guardias que le flanqueaban. Todos ellos se cuadraron a su llegada y le recibieron con el típico saludo militar. Su contacto en la ciudad le había proporcionado un uniforme con galones de sargento, para así poder evitar preguntas y miradas inquisitivas. Palpó el bolsillo derecho de su pantalón, verificando que seguía allí el teléfono móvil que haría las veces de detonador a distancia. Debía alejarse a una distancia prudencial sin llamar la atención, esperar a la llegada del Santo Padre y pulsar una sola tecla del aparato. Tras el estallido, reinaría la confusión y aprovecharía para huir. Al día siguiente estaría en su tierra para tratar de reconciliarse con su hermano. Todo iba a salir bien.

Arquímedes contemplaba al animado público, mientras el inspector Aguiar recibía órdenes a través de su teléfono. Personas de todas las edades, que portaban banderas de diversas nacionalidades, se mezclaban en un batiburrillo intercultural de colores e ilusiones, que convergían en un mismo sentir: la fe en un dogma, en una religión cuyo máximo exponente tendrían ante sí en poco tiempo. Entre aquella amalgama de personas, el don de la observación de Arquímedes se activó y acertó a reconocer un rostro. En la primera fila, un hombre

corpulento le miraba fijamente.

–Está aquí –dijo el informático propinando un codazo al inspector.

–¿El asesino? ¿Dónde?

Volvió a dirigir su mirada al público pero Caín ya no estaba.

Unai, con su mochila a la espalda, trataba de abrirse paso entre la muchedumbre. De camino a la estación, había decidido que no podía dejar solo a su hermano y había tomado la determinación de hacerle desistir de su cometido. No sabía adónde tenía que ir. No conocía el plan pero había escuchado alguna conversación de Ander en la que hablaba de una furgoneta de la Guardia Civil. Después de una hora husmeando en los alrededores de la catedral, el pequeño de los Labache había creído ver como llegaba un furgón hasta la entrada del templo. Tenía que ser su hermano. Debía detenerlo antes de que fuera el autor de una masacre demencial.

Felipe Aguiar daba instrucciones a un par de agentes de su confianza. Debían buscar a un hombre entre el gentío sin levantar sospechas. Si lo divisaban, tenían que proceder a su detención con la máxima cautela, era peligroso y probablemente iría armado. Arquímedes les dio una breve descripción y se acercaron al vallado que separaba a la multitud de las fuerzas del orden. El inspector hizo señas al informático para que le siguiera y ambos tomaron posiciones para la búsqueda del asesino.

Con mucho esfuerzo y varios empujones, Unai llegó a las primeras líneas de entusiastas creyentes y desde allí observó la furgoneta aparcada de la benemérita. Ander no podía andar muy lejos. Examinó los rostros de los agentes ataviados con el tricornio, en busca de su hermano. Y lo encontró. Uno de los más alejados, cabizbajo y con la angustia reflejada en su semblante, era Ander. No cabía duda. Sacó su teléfono móvil y marcó el número de su hermano. Esperó mientras los tonos de marcado se sucedían sin que nadie contestara al otro lado de la línea. Cortó la comunicación y volvió a abrirse paso entre las gentes, a base de golpes y codazos que recibían como respuesta exabruptos de todo tipo. Tenía que evitar el atentado a toda costa. Tenía que salvar a Ander de los remordimientos que le consumirían, si llevaba a cabo tal atrocidad. Por primera vez, sería él el que salvaría a su hermano mayor.

De repente, chocó contra un hombre bajo pero recio, que bien podría haber sido una pared maciza, y se quedó sin aliento. El individuo dejó al descubierto su cabeza rapada y calzó la gorra blanca en la cabeza de Unai mientras se alejaba apartando a la concurrencia a empellones. El joven Labache recuperó la respiración y observó que aquel hombre vestía una sudadera muy parecida a la suya.

—¡Quieto! ¡Levante las manos y no se mueva! —escuchó Unai a su espalda.

Se giró para ver a dos policías que le apuntaban con sus armas y otro par que empezaban a desenfundarlas. Volvió la vista en dirección a su hermano que parecía

haberle reconocido. La muchedumbre, sin saber qué ocurría, empezó a apartarse dejando a Unai en el centro de un improvisado círculo.

–¡Ander! ¡No lo hagas! ¡Vayámonos a casa! –exclamó, alzando la voz entre los gritos de los policías.

–¡Levante las manos! –volvieron a vocear los agentes.

Arquímedes, que observaba la escena desde la distancia, no reconoció a aquel hombre al que apuntaban y se acercó al inspector Aguiar, que encañonaba a la persona equivocada.

–No es él –dijo el informático a Felipe, pero sus palabras quedaron apagadas por las voces que se alzaron.

–¡Tiene una pistola!

–¡Dios mío! ¡Va a disparar!

El atónito público demudó su actitud y empezó una caótica huida, que esparció el miedo entre la gente como una cerilla sobre un charco de gasolina.

Unai levantó la mano que sostenía su teléfono para mostrar el error pero no tuvo tiempo de hablar. La detonación trajo el silencio a la plaza durante unos segundos pero luego dejó paso a la algarabía de gritos de pavor de la aglomeración, que retomó el embrollado éxodo. En el suelo, un inerte Unai yacía sobre un charco de sangre.

A unos cuantos metros de distancia, Ander, enajenado por la rabia, sacó el detonador de su bolsillo. Con los ojos repletos de lágrimas, se preparó para pulsar la tecla que

acabaría con su vida, pero también con la de aquéllos que habían matado a su hermano. Se secó los ojos con el dorso de la mano mientras llegaban a su mente recuerdos de su infancia. Recuerdos de tiempos mejores, en los que no conocía las preocupaciones y su único trabajo era divertirse con Unai. Tiempos felices en los que la sonrisa de su hermano era su mejor fuente de energía. Tiempos que ya no volverían, al igual que la sonrisa de Unai.

Su mano empezó a temblar, por una mezcla de rabia y tristeza, mientras empezaba a recuperar la cordura. Acercó su dedo al fatídico detonador al tiempo que debatía consigo mismo si debía apretar aquella tecla. Toda su extremidad temblaba cada vez con más fuerza y era incapaz de aproximar el dedo al aparato. Empezó a respirar con dificultad y se le nubló la vista por un instante. Cerró los ojos y los masajeó con el índice y el pulgar. Abrió los ojos lentamente y un amago de sonrisa cruzó su rostro. No iba a pulsarla. Sacó la batería del teléfono móvil y la dejó caer al suelo. No morirían tan fácilmente. Tenían que sufrir. Se acercó unos pasos hacia la dirección en la que había visto el fognazo. Allí donde unos minutos antes se encontraban los dos individuos que en ese instante se arrodillaban ante el cuerpo de su hermano.

Arquímedes ayudó a incorporarse al inspector Aguiar, que había perdido todo el aplomo del que había hecho gala desde que le conoció.

–He matado a un inocente –balbució.

El informático no supo que decir para aliviar su desazón y se limitó a acariciar levemente la espalda del policía.

En el suelo, Unai Labache parecía disfrutar de un sueño del que no despertaría. Si no fuera por la sangre nadie hubiera dicho que el joven estaba muerto. Arquímedes volvió a agacharse para cerrar los ojos del cadáver. El pequeño de los Labache esbozaba una extraña media sonrisa, que aparentaba una señal de triunfo por haber evitado la matanza.

XXXVIII

Toledo, Diciembre 2.010

Felipe Aguiar apuraba su cerveza sentado en una dura silla de madera oscura, a juego con la mesa que había servido de apoyo a muchos comensales. El pintoresco local, de no más de cincuenta metros cuadrados, estaba ubicado en una de las estrechas callejas de la ciudad amurallada. No contaba con más de cinco mesas, pero sólo la suya estaba ocupada. En la barra, dos parroquianos degustaban sendos zumos gaseosos de lúpulo y cebada, fumando un cigarrillo tras otro al compás de un ameno debate político. La poca altura del local hacía que el ambiente estuviera demasiado cargado por el humo del tabaco, pero el inspector ni siquiera lo notaba. Aún le daba vueltas a los sucesos del día anterior. Estaba perdido en sus pensamientos hasta que reconoció al hombre que entró en el bar. «No puede ser», pensó.

–¿Cómo demonios me ha encontrado, señor Boix? – preguntó el policía antes de dar el último trago a su bebida.

–Debería cambiar sus rutinas si no quiere que le encuentren. En la comisaría, cuando se han dignado dejarme marchar después de una larga retahíla de preguntas, me han dicho que suele frecuentar este... tugurio –contestó el informático bajando el tono de voz al

articular la última palabra—. Y, por favor, llámeme Arquímedes, inspector.

—Pues usted deberá llamarme Felipe. No creo que vuelva a ser inspector —matizó, dejando escapar un largo suspiro.

—¿Cómo se encuentra?

—Todo lo bien que se puede estar después de matar a un inocente. Ni siquiera sé porqué disparé. La gente gritaba...pero no era un arma... —titubeó.

—No debe atormentarse. Todos cometemos errores. Si hubiera sido una pistola, habría salvado algunas vidas.

—Pero no fue así. Ahora se abrirá una investigación y me crucificarán. De momento me han dado “vacaciones indefinidas”.

—¿Tan mal pinta la cosa?

—Peor. Dos curas muertos cuyo asesino anda suelto, el homicidio de un inocente ante miles de personas, el hallazgo de una furgoneta con explosivos y, para colmo de males, se suspende la visita del Papa a la catedral. El futuro no es muy halagüeño para mí, se lo aseguro.

—Lo lamento. Hubiera jurado que era el hombre que vi. Vestía exactamente igual.

—No se preocupe. Usted no apretó el gatillo.

—Bueno, entonces podrá hacerme de guía turístico —propuso al policía dedicándole una amplia sonrisa, al tiempo que cambiaba el curso de la conversación.

—Aún sigue buscando tesoros.

—No. Pero me marcho mañana y me gustaría ver algunos lugares, y usted podría distraerse.

–Quizá no sea mala idea. Podría dedicarme a ello otra vez, cuando me echen. ¿Qué le gustaría visitar?

–Dicen que hay muchas galerías subterráneas en la ciudad, cuna de todo tipo de leyendas. ¿Se puede visitar alguna?

–Sigue usted en sus trece. Pero sí, podría llevarle a las Cuevas de Hércules. No estamos en horario de visitas, pero déjeme hacer un par de llamadas.

Tras las conversaciones telefónicas, partieron del local hacia el callejón de San Ginés, donde les esperaba un empleado municipal para facilitarles el acceso al subterráneo. El callejón empedrado era muy estrecho, con altos edificios que amenazaban con sumirlo en la penumbra, pero, al mediodía, se encontraba parcialmente iluminado, cuando el sol alcanzaba su cota más alta y daba una tregua a la umbría calleja. En la finca situada en el número tres, un portón doble de madera, enmarcado por una moldura del mismo material, permitía la entrada y, a la derecha, unas letras doradas indicaban que se encontraban frente a las “Cuevas de Hércules”. El veterano funcionario daba muestras de nerviosismo y esperó a que no hubiera mucha gente transitando para abrir con premura. Una vez abierto el recinto, entregó la llave a Felipe y éste le dio algunos billetes a cambio, o eso creyó ver Arquímedes. El hombre se marchó complacido y los visitantes entraron en el edificio.

Un puente de listones de madera, con unas planchas de vidrio que hacían las veces de baranda, conducía a un arco desde el que se accedía al conjunto de galerías subterráneas. El informático se asomó y pudo ver

montículos de piedras de lo que parecían haber sido antiguas estancias. En la más cercana, le resultó curioso ver una considerable losa junto a una de las paredes y se preguntó para qué habría servido en el pasado. El policía se puso a su lado, devolviéndolo al presente, y comenzó su exposición.

–En época romana, estas cuevas se utilizaban como depósito para el abastecimiento de agua de la ciudad. Con el paso de los años quedaron en desuso y sobre ellas se fueron construyendo edificios religiosos: una iglesia visigoda, una mezquita y por último la iglesia de San Ginés. Esta última fue demolida a mediados del siglo XIX y el solar se puso en venta.

–De ahí todas las viviendas adyacentes...

–Exacto. Pero la leyenda cuenta una historia bien diferente. Se dice que Hércules construyó un palacio de jade y mármol, encerrando en su interior todas las calamidades que amenazaban a España. Puso un candado en la puerta y ordenó que cada nuevo rey añadiera uno, ya que todos los infortunios se cumplirían si uno de ellos fuera tan curioso como para entrar. El último rey godo, Rodrigo, fue ese monarca fisgón. Por entonces, de aquel palacio sólo quedaban las cuevas donde, además de las desgracias, se escondían fantásticos tesoros. Tras romper todos los candados, entró y en una de las salas encontró un cuadro. En la pintura se podían ver guerreros a caballo con espadas curvas. También había una inscripción que decía: “Cuando ojos humanos vean este lienzo, estas criaturas dominarán tierra santa”. Los musulmanes invadieron el reino de Toledo al año siguiente.

–Ignoraba que Hércules fuera vidente...

–Hacia el año 1.546 se volvió a entrar en la cueva, por orden del cardenal de Toledo. Se cuenta que aquéllos que entraron, pudieron ver la Mesa de Salomón y unas estatuas metálicas gigantescas. Todos ellos murieron en los siguientes días de las formas más horribles.

–¿La Mesa de Salomón?

–Es otra leyenda. Dice que el rey Salomón manuscibió en una mesa de oro todo el conocimiento del universo, la fórmula de la creación y el nombre verdadero de Dios, que sólo debe pronunciarse para originar el acto de crear. El rey también construyó un gran templo en Jerusalén, para adorar a Jehová, único Dios verdadero. Allí guardó la mesa, junto a otras reliquias y tesoros, como el Santo Grial. Durante la conquista de Jerusalén por parte de los musulmanes, los caballeros Templarios se llevaron todas las reliquias del templo para evitar el saqueo, ocultándolas en las Cuevas de Hércules, aquí en Toledo.

–Interesante. ¿Y nadie más volvió a entrar?

–El cardenal ordenó precintar la entrada y nadie más entró. Se dice que cuando se abra por tercera vez, se cumplirá una profecía y empezará en Toledo una catástrofe que se extenderá por toda la Tierra, poniendo fin a la Iglesia Católica y vengando toda la sangre derramada en nombre de ella. Mucha gente opina que el Vaticano intenta evitar que se encuentre la cueva.

–¿Pero no estamos en ella?

–Los eruditos sostienen que no es ésta. En Toledo hubo infinidad de catacumbas bajo la ciudad, que se comunicaban entre ellas. Pero se cree que las verdaderas Cuevas de Hércules estuvieron en las afueras de la ciudad y ésta sólo fue la vía de acceso. Por desgracia, nunca se ha podido verificar, ya que la mayor parte de las

galerías están tapiadas.

–Unas leyendas fascinantes. ¿Podemos echar un vistazo?

–¿Por qué no? Ya que estamos aquí...

Los dos hombres descendieron, dejándose envolver por el olor terroso del ambiente y por el misticismo que exudaban las piedras del lugar. Tan inmersos estaban buscando el umbral de acceso a la leyenda, que no se dieron cuenta de que alguien les observaba. Alguien que no iba a respetar fábulas, mitos ni tradiciones para conseguir su objetivo.

Caín enroscaba con delicadeza el silenciador en la boca de su Beretta. Le encantaba aquella maniobra, mimando a su fiel compañera. Era el prelude de la caza. Desde la pasarela tenía una buena visibilidad de sus objetivos, que se hallaban una decena de metros por debajo. Pero no podía dejarse ver aún y permanecía en la superficie. Las órdenes habían sido muy claras: seguir a aquel individuo y su acompañante y sólo eliminarlos cuando dieran con el cáliz. El factor sorpresa sería determinante y, para cuando quisieran darse cuenta de su presencia, él ya tendría la iniciativa ganada. La acústica de las cuevas también jugaba en su favor, pues aunque estaba lo suficiente alejado para no escucharles, el eco del lugar le devolvía toda la conversación y sabría todos sus movimientos. Sólo quedaba esperar el momento adecuado y, por fortuna, la paciencia era una de sus mayores virtudes.

Unas horas después, con todos lo recovecos posibles de la cueva registrados por aquel curioso personaje, Felipe Aguiar se dijo que debían poner punto y final a la visita turística.

–Disculpe, pero si los arqueólogos no encontraron aquí ninguna reliquia, con toda su maquinaria e instrumental, dudo mucho que lo vaya a hacer usted sin equipo alguno.

–Intervienen otros muchos factores aparte de ir bien preparado, Felipe.

–Imagino que saber donde buscar es uno de ellos –dijo con sarcasmo el policía.

–Por supuesto. Pero en ocasiones la intuición es la mejor consejera. Y la mía me dice que estamos en el sitio adecuado.

–Si todos nos moviéramos por pura intuición...

–No sabe la cantidad de hallazgos que se han descubierto por un instinto repentino, sin ningún tipo de fundamento –explicó Arquímedes mientras observaba la curiosa losa que le había llamado la atención al entrar.

–Quizá. Debe ser cuestión de perspectiva.

–¡Por supuesto! ¿Para qué utilizaban esta cuevas los Templarios?

–Básicamente para ir de un sitio a otro, bajo la ciudad, sin ser vistos. Aunque también se dice que aquí escondían sus tesoros, realizaban los ritos iniciáticos de la orden, adoraban a sus vírgenes e incluso al diablo, hay versiones para todos los gustos.

–¿Ve esta losa que sobresale del suelo junto a la pared? –preguntó Arquímedes emocionado, señalando la

piedra rectangular de unos cuatro metros por dos, medio incrustada en el suelo.

–Sí, la veo. ¿Qué quiere decirme?

–Es un reclinatorio. Aquí debían hacer sus oraciones.

–Quizá. ¿Qué tiene eso de importante?

–La perspectiva amigo, la perspectiva –contestó el informático arrodillándose en la losa.

Una gran sonrisa se formó en el rostro de Arquímedes, al instante que descubría una inscripción en un saliente de una de las piedras de la pared, imperceptible si se miraba de pie. En la parte inferior del pedrusco que sobresalía, pudo ver un grabado que ya había visto con anterioridad: el dibujo de una virgen negra esculpido en la piedra, idéntico al de la iglesia de San Miguel el Alto. Al lado, se podía leer una palabra inscrita muchos años atrás: “initiati”.

–Iniciado –tradujo Arquímedes, mostrando su hallazgo al inspector Aguiar–. Esta piedra que sobresale debía soportar la imagen de una virgen. Los caballeros se arrodillaban sobre esta losa para rezar.

–¿Y bien? –preguntó Felipe enarcando una ceja, sin dejarse llevar por la euforia del informático.

–¿Cuál era el rito iniciático de la orden?

–Pues, aquí también hay muchas versiones –contestó el policía dejando escapar un suspiro–. Una de las más aceptadas dice que para convertirse en uno de los monjes-guerreros de la Orden del Temple, debían pasar una noche en vela orando, para recibir la comunión con la salida del sol. Acto seguido se bendecían sus armas y se juraba que las pondrían al servicio de Dios. Por último, tomaban un baño purificador.

–¿Un baño purificador?

–Sí, no se sabe del todo seguro en qué consistía, pero todo parece indicar que el aspirante a caballero recibía una ducha de agua pura y fría completamente desnudo, para eliminar cualquier hecho impuro de su vida pasada.

–¿Hay alguna fuente relacionada con el Temple en la ciudad?

–No, no que yo sepa. Pero...

–¿Qué?

–El pozo de El Salvador –musitó el inspector.

–¿Qué es ese pozo?

–Hará unos diez años, mientras se hacían unas obras para enterrar unos contenedores de basura en la Plaza de El Salvador, se descubrieron unas salas subterráneas. En una de ellas hay un pozo, en el que aún sigue habiendo agua potable. Nadie sabe muy bien cómo, pero el agua de lluvia sigue filtrándose hasta él.

–Agua pura. Debemos ir allí –sentenció Arquímedes–. Tenemos que tomar nuestro baño purificador.

XXXIX

Toledo, Diciembre 2.010

Al salir de las Cuevas de Hércules, el informático consultó su teléfono móvil, que le confirmó el porqué de su apetito acuciante. Quedaban escasos minutos para que la mezcolanza de campanas de la ciudad empezaran a sonar a discreción marcando las cuatro de la tarde.

Habían pasado casi cuatro horas en aquellos sótanos, rodeados de piedras del pasado que querían contar su historia, una historia de mitos y leyendas que Arquímedes cada vez creía más probables.

El inspector, leyendo la cara de su acompañante, propuso hacer un alto en el camino para tomar un tentempié. Entraron en un bar cercano, repleto de vecinos tomando el café después del almuerzo y de turistas que alargaban la sobremesa. Felipe se acercó a la barra para pedir un par de bocadillos, mientras que Arquímedes ocupaba la única mesa libre. Cuando el policía se sentó frente a él, intentó escrutar su rostro.

–¿Por qué me acompaña si piensa que persigo una quimera?

Felipe pensó mucho su respuesta antes de contestar a su interlocutor, que no desviaba la vista de sus ojos.

–A decir verdad, no tengo nada mejor que hacer. Pero

le envidio, Arquímedes. Envidio la pasión con la que se está tomando esta búsqueda. Imagino que en su trabajo será igual de apasionado. Yo hace tiempo que perdí la pasión por el mío y quizá haya llegado el momento de replantear mi vida. Quizá que me hayan relegado del servicio sea una señal.

–Felipe, me parece usted un buen policía. No debería abandonar por un error.

–Cuando era joven pensaba en convertirme en un gran investigador, como los de las películas. Resolver los crímenes más complicados y encarcelar a delincuentes a diario. Pero el tiempo me ha hecho ver que ser policía es mucho más complejo y mucho menos interesante que los del cine. Aquí no se investigan asesinatos casi nunca y los pocos que hay no conllevan ningún misterio. Luego está la justicia, que en ocasiones parece estar de parte de los delincuentes. Es desalentador arrestar a un ladrón y volverlo a arrestar al día siguiente, sabiendo que en unas horas volverá a estar en libertad.

–Quizás le convenga distanciarse y tomarse un descanso. Todo se ve mejor desde la distancia. Si le apetece una temporada junto al mar sólo tiene que decírmelo.

–Ahora me toca preguntar a mí. ¿Es usted creyente?

–No, inspector, ni por asomo.

–Entonces, ¿cuál es el motivo de esta búsqueda tan vehemente?

–La curiosidad. Soy extremadamente curioso, y me encanta desvelar misterios.

–¿No cree en nada?

–Sólo en lo que puedan ver mis ojos.

En ese momento llegaron los bocadillos, de los que dieron buena cuenta los compañeros de circunstancias sin volver a cruzar palabra.

Caín esperaba a que sus próximas víctimas concluyeran su último almuerzo. Miró al cielo, que empezaba a saturarse de grandes nubes oscuras. Le reconfortó que estuviera cambiando el tiempo, pues en breve las tinieblas empezarían a llevarse la luz y él estaría en el entorno que más favorecía sus aviesas intenciones.

Escondido en un portal cercano a la taberna, el asesino sacó su teléfono y marcó un número.

—Monseñor, creo que han encontrado el lugar. Les estoy siguiendo hasta el Pozo de El Salvador. Ahora han parado a comer.

—Perfecto. Ya sabes lo que debes hacer. Actúa cuando encuentren el cáliz. No antes. Ninguno de los dos debe salir de allí. Bajo ningún concepto.

Se cortó la comunicación en el momento en que Caín vio que los dos hombres salían del local y tomaban la calle de Alfonso X. Dejó una distancia prudencial y reanudó la cacería.

Arquímedes y Felipe llegaron a la Plaza de El Salvador al tiempo que el crepúsculo, aunque el encapotado cielo no permitía ver la inminente puesta de sol. A unos pasos de la calzada, un cuadrado metálico de medio metro de altura estaba siendo observado por varios turistas

curiosos. El informático se acercó y observó la inclinada cubierta de vidrio, sostenida por un soporte metálico y una reja en su interior. La estructura cuadrada protegía un agujero esférico, desde el que se podían ver un par de focos que alumbraban el interior. A unos diez metros de profundidad, se intuía la carcasa de un pozo de piedra.

–¿Cómo se accede al pozo? –preguntó al policía en el instante en que hacía acto de presencia el mismo funcionario que había visto al mediodía.

El recién llegado entregó un llavero al inspector y recibió una recompensa en forma de billetes. «Sin duda se le ve mucho más contento que antes», pensó Arquímedes.

–Como tengamos que visitar muchos más monumentos se me va a ir el sueldo –masculló Felipe.

–Esperemos que no haga falta.

–La entrada está aquí mismo –anunció el policía, señalando una puerta doble cerca del suelo, que al informático le recordó la entrada al sótano de la típica casa americana de las películas–. Ahora hay demasiados transeúntes. Tendremos que esperar.

Sentados en un banco de la misma plaza, la espera se les hizo eterna, sobre todo a un Arquímedes que soportaba peor el creciente frío de la ya negra noche toledana. El policía consultó su reloj cuando la plaza quedó prácticamente vacía. Las siete. Se levantaron del banco y se acercaron a la puerta con lentitud. Felipe se arrodilló, simulando que se le había caído algo, e introdujo la llave en la cerradura. Una vez abierta, levantó una de las hojas y, tras echar una ojeada alrededor y comprobar que nadie miraba, hizo un ademán a Arquímedes para que descendiera por la empinada escalera de madera.

Acto seguido entró él, cerrando tras de sí con mucho cuidado de no hacer ningún ruido.

Llegaron al lado del pozo y miraron alrededor. Una bóveda empedrada de considerable altura envolvía la estancia, de paredes redondas que morían en un muro recto y daba acceso a los otros recintos. Aunque probablemente aquella estancia debía de tener muchos años de historia, la restauración había hecho perder parte del encanto a sus antiguas piedras.

—¿Y ahora qué? —preguntó el inspector.

—¿Le apetece un baño? —dijo el informático asomándose al pozo.

El sótano abovedado estaba bien iluminado y podía ver el resplandor del agua a no demasiada profundidad. Era imposible saber a cuantos metros se encontraba el fondo del pozo.

—¿Se va a meter ahí? Esto no es curiosidad, raya la locura.

—Lo cierto es que había pensado que entrara usted.

—¡Ni hablar! Además, ¿cuál es su brillante plan para entrar?

—Quizá lo mejor sería entrar boca abajo, mientras yo le sujeto por los pies.

—¿Usted va a sujetarme? Disculpe, pero no veo ni rastro de músculos en sus brazos.

—Es culpa de la gabardina que los disimula —dijo Arquímedes fingiendo estar ofendido—. Una gabardina que, por cierto, sería un crimen estropear.

—No hay discusión posible. Yo puedo soportar su peso, usted no podrá con el mío.

–Está bien. Manos a la obra. Antes de que me arrepienta.

Arquímedes dejó la gabardina y la chaqueta bien plegadas en la base del pozo. Por su parte, el policía dejó caer al suelo su chaqueta, que hizo un ruido sordo. Mientras el inspector se remangaba la camisa, el informático rebuscó en el interior de la chaqueta del policía sin que le viera.

–¿Preparado? –preguntó Felipe a la vez que enseñaba unos considerables bíceps.

–Parece que usted sí –contestó Arquímedes admirando el perímetro del brazo de Felipe, que bien podía tener un tamaño cuatro veces superior al suyo.

Arquímedes sacó su teléfono móvil y activó el modo linterna. Un haz de luz potente brotó del aparato mientras el informático introducía la cabeza en el pozo, ayudado por Felipe, que primero le agarró por la cintura para cogerlo finalmente por los tobillos.

–Debería comer usted más –bromeó el policía, sorprendido por sostener a su acompañante con menos esfuerzo del esperado.

–Bájeme un poco más. ¡Creo que he visto algo!

El inspector intentó arrodillarse para dar más profundidad a su socio, pero trastabilló y perdió momentáneamente el equilibrio, aunque pudo recuperarse a cambio de un buen golpe en su rodilla. Arquímedes notó el tropiezo e intentó apoyarse en las paredes del pozo para no caer. Rozó el agua con el pelo y, mientras se recobraba del susto, notó que su mano se hundía en la pared. La piedra en la que se apoyaba tenía algún tipo de mecanismo y recuperó su posición inicial cuando retiró su mano. Una vez estabilizado, apuntó con la linterna a la

piedra y descubrió una cruz de ocho puntas. La cruz de los caballeros Templarios. Las piedras adyacentes tenían grabado el mismo símbolo. Alrededor del pozo contó ocho piedras con otras tantas cruces, numeradas del uno al ocho en números romanos. Las oprimió todas hasta el fondo, primero en orden numérico ascendente y luego descendente, pero no ocurrió nada.

–Ya puede subirme.

–¿Ha encontrado algo? –preguntó el inspector cuando Arquímedes recuperó la vertical.

–Sí. Hay unas piedras con el emblema del Temple. Son como unos pulsadores de algún tipo. Los he pulsado todos, pero no ha pasado nada.

–Quizá haya que pulsarlos en un orden concreto.

–Pues hay más de cuarenta mil combinaciones posibles.

–Vaya... Podríamos estar días hasta dar con la secuencia adecuada.

–La secuencia... ¿Sabe que ha vuelto a dar con la solución, inspector?

–¿Qué solución?

–La secuencia de Fibonacci.

–¿La secuencia de quién?

–No me diga que es la única persona en el mundo que no ha leído el Código Da Vinci. La secuencia, o sucesión, de Fibonacci es una serie numérica que se inicia con dos números "1", y los siguientes elementos son la suma de los dos anteriores. El inicio sería así: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13... Y así hasta el infinito. Leonardo Fibonacci descubrió esta serie intentando calcular cuantos conejos se podían criar

en un lugar cerrado durante un año, contando que su naturaleza era parir un par en un mes y que a partir del segundo mes los nuevos integrantes también podrían parir. Así llegó a la secuencia que, curiosamente, mantiene la misma proporción entre sus elementos a partir del número tres, conocida como proporción áurea. Esta proporción se encuentra repartida por toda la naturaleza y se dice que todos los objetos que la tienen en su esencia gozan de una estética especial.

—¿Y qué tiene que ver esta serie con los Templarios?

—Bueno, son sólo conjeturas, pero el mismo Leonardo Da Vinci, por ejemplo, utilizó la proporción áurea en varias de sus obras y, como él, otros muchos artistas relacionados de una manera u otra con los MASONES, considerados como los sucesores de los Templarios. Si esto fuera cierto, no sería de extrañar que los caballeros conocieran la secuencia de Fibonacci y fuera uno de los afamados códigos secretos de la orden que transmitieron antes de desaparecer.

—Por probar no perdemos nada, ¿no?

El inspector Aguiar volvió a descolgar al informático dentro del pozo, y éste pulsó las piedras grabadas en el siguiente orden: I, I, II, III, V y VIII. Un leve sonido le anunció que algún tipo de compuerta acababa de ser liberada de su gozne. Comprobó todas las piedras, una por una, hasta que dio con una que se movió ligeramente, justo encima del primer número pulsado. Arquímedes abrió el falso pedrusco y liberó el secreto oculto durante siglos. Un cofre de una madera inflada por la humedad y el paso del tiempo, mostraba dos joyas engarzadas en el frontal, que habían resistido mucho mejor el transcurso de los años. El informático recogió el objeto con sumo cuidado, como si pudiera deshacerse sólo con el tacto de

sus manos. El olor añejo a tierra y moho le indicó que aquel cofre llevaba mucho tiempo esperando ser descubierto. Con la emoción a flor de piel y la voz entrecortada pidió al policía que le devolviera a la superficie.

Se sentó en el suelo con las piernas entrecruzadas y dejó el cofre con mucho mimo delante de él. Felipe le observaba de pie, más asombrado que emocionado por el hallazgo. Con manos temblorosas abrió el cierre del cofre y levantó la tapa. El olor mohoso se hizo más intenso y pudo ver una copa de madera, un tanto deformada por la humedad, y a su lado reposaba un pergamino que bien podría haberse deshecho con sólo mirarlo.

—¿Esto es el Santo Grial? Pues no impresiona demasiado —manifestó el inspector.

—¿Qué esperaba de un cáliz de madera de dos milenios? Lo raro es que no se desintegre. Veamos qué querían explicar los Templarios.

Arquímedes desenrolló el pergamino con mucho cuidado y procedió a leer la antiquísima letra que contenía: *“He aquí la gran mentira de la Iglesia. Un falso cáliz para una falsa religión. Quisieron embaucar a las gentes con la falsa copa de Cristo, pero no pudimos permitirlo. Que las generaciones venideras sepan el porqué de nuestra extinción y puedan vengar nuestra sangre, sin hacer daño a los infelices creyentes. No ves más allá de Toledo. No ves el Grial. No ves la verdad”*.

La voz del informático resonó en la estancia unos segundos más, mientras los dos hombres intentaban hacerse una idea de lo que aquellas palabras significaban. Pero una voz extraña les sacó del estupor.

—Pobres Templarios. Parece que después de tanto

tiempo nadie podrá vengarles dando a conocer la verdad.

Arquímedes se levantó con torpeza, sorprendido por la presencia de un hombre bajo, fornido y con la cabeza rapada, que les apuntaba con una pistola.

–Tire el arma, señor. Soy inspector de policía. No debería agravar el delito de allanar una propiedad municipal.

–Sé muy bien quien es, inspector. Y voy a agravar con gusto el delito. Dos veces... –afirmó Caín, señalando alternativamente con la pistola a los sorprendidos adversarios–. Ahora sean buenos y alarguen su estancia en este mundo.

Felipe echó un vistazo a su chaqueta, sopesando si le daría tiempo a sacar la pistola antes de que aquel individuo disparara la suya. Evidentemente, la respuesta era no. Se maldijo para sus adentros.

–Señor...

–¡Cállese! –interrumpió Caín con ira al inspector, para luego señalar a Arquímedes–. Y usted, vuelva a guardarlo todo en el cofre.

El informático acató las órdenes entre temblores de pánico, mientras el menudo asesino apuntaba al policía.

–Ahora tráigalo aquí. Despacio. Déjelo en el suelo a dos metros de mí. No quisiera que una bala dañara esta falsa reliquia –dijo esbozando una sonrisa.

Caín observó al asustado hombre cómo cumplía su orden y, entre tropiezos, regresaba a su posición, un tanto apartado del inspector. El asesino se concentró en el policía, pues aquel tipo cobarde no suponía ninguna amenaza para él. Con un poco de suerte, ahorraría una bala, pues parecía que iba a morir de miedo en cualquier

momento.

–Inspector, ha sido un placer –sentenció Caín a Felipe, apuntándole al pecho y presionando el gatillo.

Un doble estruendo reverberó por todo el sótano, escondiendo el sonido de una bala al rebotar contra las piedras. Felipe abrió los ojos, doloridos por la fuerza con la que los había cerrado, y se palpó el pecho y el abdomen. Estaba vivo. ¿Había fallado adrede? Supo que era el momento de intentar coger su arma, pero se detuvo en seco al ver a aquel tipo en el suelo. A su lado, Arquímedes sostenía una pistola, humeante.

El inspector se acercó al hombre abatido y vio el agujero rosado en su sien, del que brotaba un hilo de sangre. No cabía duda, había muerto al instante.

–¡Menuda puntería! –exclamó el policía alborozado.

–No crea. Apunté a su corazón...

–Pues menuda suerte hemos tenido. ¿Es el tipo que vio? ¿El asesino?

–Sí. Desde esta mañana que nos estaba acechando. Disculpe que no le haya dicho nada, pero habría reaccionado como un policía y él se habría dado cuenta que nos habíamos percatado de su presencia.

–Tranquilo. Ya ha pasado todo. Puede soltar el arma –dijo con voz serena Felipe, al comprobar que la mano del informático aún sostenía con fuerza su propia pistola y temblaba notablemente.

Arquímedes dejó caer el revólver al suelo y se sentó para que la adrenalina recobrará sus valores normales.

–Supuse que pensaría que yo no sería una amenaza para él, después de mi lamentable actuación en la iglesia

de San Miguel, y que si estaba centrado en usted tendría una oportunidad de disparar. Por eso cogí prestada su arma.

–Le ruego que la próxima vez me ponga en aviso de sus intenciones.

–Espero que no haya próxima vez... ¿Qué vamos a hacer ahora?

–Váyase. Llamaré a mi superior para decir que he matado al asesino. Ya me costará bastante explicar qué hacía yo aquí, así que será mejor que no tenga que explicar que estaba buscando tesoros con usted.

–¿Y el cofre? –preguntó lacónicamente el informático.

–Será mejor que lo dejemos todo como estaba, ¿no cree? No sabemos con certeza qué significa todo esto y, si ha estado oculto tanto tiempo, quizá lo mejor sea que todo siga igual.

Arquímedes volvió a colocar el cofre donde lo había encontrado, con ayuda del policía. No sabía si aquella era la mejor opción pero estaba seguro de que el inspector no admitiría discusión alguna. Inició el ascenso a la superficie de la plaza mientras el inspector sacaba de su bolsillo su móvil.

–¿Sabe una cosa, inspector? Acabo de matar a un hombre y no siento nada. Ni tristeza, ni rabia, ni decepción...

–Eso no quiere decir que sea una mala persona. Ha hecho lo que debía hacer.

–Buena suerte, inspector –se despidió Arquímedes, cabizbajo.

XL

Toledo, Diciembre 2.010

Un lejano runrún de tormenta llegaba desde el sur a la ciudad imperial. Mirando en aquella dirección se podían ver breves destellos entre los nubarrones oscuros. El temporal no tardaría en llegar. Arquímedes, de pie junto a la puerta trasera del taxi, echó una última mirada a la ciudad amurallada. Le sobrevino una ligera sensación de tristeza. Habían sido semanas de búsqueda e investigación, desde el frondoso Empordà hasta el misterioso Toledo, y llegaba el momento de volver a la realidad.

Lo que descubrió en la cueva de Hércules le dejó un tanto frío. No era creyente, ni mucho menos, pero saber que el Santo Grial no existía, y que el cáliz que encontraron tan sólo fue una patraña de la Iglesia para mantener el reinado del cristianismo, le produjo una gran decepción. Se dijo que si aquel hallazgo se diera a conocer, muchas de las estructuras religiosas caerían con la facilidad de un castillo de naipes. Sin duda, lo mejor era mantener el secreto, como habían hecho los Templarios en su tiempo. «En el fondo, se sacrificaron por el bien de las gentes», pensó.

El vehículo inició el trayecto que debía llevarle a la estación del Paseo de la Rosa, donde debía coger el tren

de alta velocidad que le llevaría de vuelta a Barcelona. Podría haber llegado caminando desde el hotel en unos veinte minutos, pero había preferido dar un último paseo por el casco antiguo, perdiendo la noción del tiempo entre las intemporales calles y callejas del recóndito Toledo. Cuando se quiso dar cuenta, se encontraba frente al puente de San Martín y quedaba menos de una hora para la partida del tren.

El coche, un Renault Laguna con unos cuantos años sobre su metálica estructura, entró en una glorieta, atestada de coches en aquel mediodía nublado y tormentoso. Se detuvieron dentro de la rotonda, sin posibilidad de avanzar debido al tráfico. Un vehículo, situado dos posiciones por detrás, hizo sonar su claxon con impaciencia. Arquímedes echó una ojeada a través de la ventanilla, que empezaba a empañarse a causa de su respiración. Una señal llamó su atención, pero no supo el porqué. Era un rótulo indicativo, que apuntaba la dirección de algunas poblaciones, siendo una de ellas “Novés”. Aquella palabra reverberó en el cerebro del informático, hasta que recordó donde la había visto, si bien no estaba escrita de forma idéntica. Recordó el pergamino encontrado en la Cueva de Hércules. Y recordó las frases escritas: *“No ves más allá de Toledo. No ves el Grial. No ves la verdad”*.

–Perdone, ¿dónde cae Novés? –preguntó al taxista.

–Está al noroeste, a poco más de treinta kilómetros, señor.

¿Podía ser que aquellas palabras encontradas en las catacumbas de Toledo tuvieran un doble sentido? ¿Los Templarios habían ocultado la población en la que se encontraba el Grial en las mismas locuciones en las que parecían reírse de los que lo buscaban? Sólo había una

manera de averiguarlo.

—¿Me podría llevar a Novés, por favor?

Poco más de media hora después, el taxi accedía a Novés por el sur de la población. Unas casas relativamente nuevas, de planta rectangular y pintadas de beige y un color arenoso, flanqueaban la carretera a ambos lados. Las nubes, cada vez más oscuras, anunciaban la llegada de la tormenta y privaban de claridad a lo que parecía un tranquilo e idílico barrio residencial. El vehículo siguió su marcha por la misma vía y, tras una curva moderada, llegó a la plaza de España, donde se detuvo frente a la casa consistorial, un edificio de piedra con ladrillos formando las lindes de los grandes ventanales. Por encima del edificio se alzaba el campanario de la iglesia de San Pedro, como una punta de lanza apuntando al congestionado cielo. Frente al ayuntamiento, la plaza presentaba un aspecto lúgubre, con todos sus árboles podados que parecían alzar sus brazos de madera en un ritual de súplica por la lluvia que no acababa de llegar. No se veía ni un solo movimiento en las calles, salvo una bolsa de plástico que se alzaba del suelo formando círculos al compás de la leve brisa.

Arquímedes había aprovechado el trayecto para consultar la red con su flamante teléfono móvil. Al parecer, la talla que daba su nombre a la Ermita de Nuestra Señora de la Monjía, fue una de las posesiones de los Templarios y una de las imágenes de virgen negra a las que veneraban. Sin duda, aquella ermita tenía que ser el fin del itinerario de su búsqueda del Grial. La incipiente oscuridad avanzaba implacable, ayudada por la

encapotada bóveda celeste, aunque el reloj no marcaba ni las dos de la tarde. El único foco de luz provenía del letrero de un bar frente a la plaza, donde el informático entró a preguntar la ubicación de la ermita.

Dada la hora, su estómago protestó con firmeza y decidió comer uno de los platos combinados que mostraba una carta plastificada. Dos huevos fritos, tres croquetas, una pechuga de pollo y una buena ración de patatas fritas, componían el ágape con el que Arquímedes satisfizo su apetito. Tras un café, que tomó en la barra después de pagar la cuenta, siguió las indicaciones del veterano camarero, que le llevaron a un camino asfaltado que se alejaba de la población en dirección noroeste.

El camino se transformó en un sendero de tierra con el paso de los minutos. Cuando llevaba ya casi una hora de ruta, el informático creyó que se había perdido, aunque había seguido al pie de la letra las instrucciones del camarero. Una pequeña edificación, escoltada por diferentes árboles que la sobrepasaban en altura, apareció cuando ya empezaba a impacientarse. La frondosidad del follaje de los árboles que flanqueaban el templo difería por completo con los que había visto en la plaza del pueblo. Un pequeño porche, asentado sobre dos pilares de madera y con cubierta de tejas, salvaguardaba la puerta de acceso al interior. Palpó la recia puerta de madera y ésta se entreabrió con un chirrido. Entró en la ermita por la rendija que quedaba entre el portón y el marco. El interior, una pequeña nave de techo no muy alto y con las paredes encaladas, estaba prácticamente oscuro, salvo por una docena de velas que titilaban en el altar. Caminó con cautela entre la veintena de bancos que estaban encarados hacia la imagen que reposaba en un pedestal tras el altar. Arquímedes se aproximó a la talla, que estaba rodeada por una corona de flores, margaritas

y claveles, que empezaban a marchitarse. La virgen no parecía tener los siglos que le suponían, es más, él no le hubiera puesto más de dos lustros. Sin duda, los restauradores habían hecho un gran trabajo.

–Es preciosa, ¿verdad?

La voz a su espalda sorprendió al informático, que dio un respingo antes de girarse. Un hombre de mediana estatura, que vestía una camisa a cuadros blancos y azules y unos pantalones vaqueros, se encontraba en el pasillo que dejaban los bancos de madera. Se acercó con parsimonia hasta que Arquímedes pudo ver su rostro, que parecía temblar ante la oscilante luz que proyectaban las velas. Las arrugas que poblaban su tez y sus anchas cejas, conferían un semblante afable al septuagenario párroco, acentuado por su voz melosa. En su mano, como si fuera una bandeja, llevaba su sotana perfectamente plegada.

–Siento haberle asustado. Pensé que había dejado la puerta cerrada.

–No se preocupe. Yo sólo quería...

–No tiene porqué explicar los motivos de su visita –le interrumpió el cura–. La gente siempre es bienvenida en la casa de Dios.

El sacerdote miró a la imagen y sonrió. Tras unos interminables segundos de silencio, el párroco se santiguó y volvió a mirar al informático.

–Ahora debo irme. Espero que no le importe que le deje aquí solo. Cuando decida marcharse cierre la puerta. Ya volveré más tarde a echar la llave. Sólo le pido una cosa.

–Dígame.

–Déjelo todo tal como lo ha encontrado –requirió el cura con una amabilidad que no dejaba lugar a una negativa.

–Así lo haré.

–Quédese con Dios –se despidió el sacerdote, caminando tranquilamente hacia la salida.

Arquímedes se quedó quieto, observando cómo aquel singular párroco se dirigía a la salida. Una vez estuvo solo, escudriñó la pequeña ermita en busca del Grial. Tras un buen rato de búsqueda infructuosa, se detuvo frente a la imagen de la virgen. ¿Aquella imagen tenía la clave? La estudió a conciencia, pero allí no había más de lo que podían ver sus ojos. En aquel diminuto templo no se podía ocultar una reliquia milenaria. Desesperanzado, apoyó sus manos en el altar y, cabizbajo, trató de tranquilizarse. Noto el frío tacto de la mesa de piedra en sus palmas, con la salvedad de que aquel material no parecía ser piedra. Observó el altar, repleto de ofrendas florales y de cirios de varios tamaños, y lo volvió a palpar con las manos.

Apartó las velas y levantó el manto blanco, para dejar a la vista una brillante mesa de oro de tablero rectangular. Cada vez más fascinado, Arquímedes acabó de liberar al altar del paño que lo cubría. Pasó la mano por la superficie notando los surcos de las inscripciones. Un escalofrío recorrió su espalda y se dejó embargar por el misticismo del hallazgo. Aquella mesa debía de tener muchos siglos de antigüedad y el tablero dorado resplandecía como si lo hubieran acabado de encerar. Echó un vistazo a sí alrededor. Pensó cuánto tiempo debía llevar oculta allí la reliquia, prácticamente a la vista de todos, haciendo las veces de altar. Un altar que no podía ser más que la Mesa de Salomón. Con las

pulsaciones disparadas y las manos temblorosas, recogió una piedra negra y octogonal, una pequeña imitación de la base de la pila bautismal de San Miguel el Alto, no más grande que su palma y que parecía brillar con luz propia. Dicha piedra descansaba en un orificio de la misma forma, horadado en el noble metal. En ambas caras, aquella especie de gema revelaba unas extrañas inscripciones en un idioma que no lograba entender. ¿Era aquella la piedra en la que Salomón había escrito todo el conocimiento del universo y el verdadero nombre de Dios? ¿Tenía ante sí el Grial? Tenía que serlo, no podía ser otra cosa.

Cuando su ritmo cardíaco volvió a la normalidad, cayó en la cuenta de la ironía. Los Templarios no sólo habían ocultado a la iglesia su falso Grial, sino que también habían enmascarado al verdadero. El secreto de las brujas podía haber hundido los cimientos de la Iglesia, pero lo que Jacques de Molay escondió podía ser el único rastro fiable de la existencia de Dios. Aunque él había muerto en la hoguera casi siete siglos atrás, seguía ganándoles la partida a diario. Recordó las palabras del inspector Aguiar sobre la leyenda de la Cueva de Hércules: *“Se dice que cuando se abra por tercera vez, se cumplirá una profecía y empezará en Toledo una catástrofe que se extenderá por toda la Tierra, poniendo fin a la Iglesia Católica y vengando toda la sangre derramada en nombre de ella”*. Sin duda, no era la tercera vez que se entraba en la cueva, pero el hallazgo podía poner fin a la iglesia católica, al menos tal y como era conocida.

Se quedó parado, sin saber muy bien qué hacer. Tenía en su mano una piedra que decían que otorgaba un inmenso poder y un infinito conocimiento. Pero él no necesitaba eso, se conformaba con haber satisfecho su

curiosidad. Con una sonrisa de medio lado, empezó a cubrir la mesa de Salomón. Lo más sensato era dejarlo todo como estaba. Que la gente siguiera creyendo en lo que prefiriera, sin descubrir al mundo un objeto que podría cambiarlo todo. Con la punta del mantel alzada, echó un último vistazo a la mesa de oro, mientras seguía sopesando la piedra en su mano. Vaciló por unos instantes pero finalmente se decidió por seguir las instrucciones del párroco. Llegó a la puerta de la ermita y se giró para mirar por última vez el altar. Dejó escapar un ligero suspiro y se dispuso a salir del templo, santiguándose por primera vez en su vida.

XLI

Novés, Diciembre 2.010

Arquímedes salió de la iglesia y le recibió una fina pero intensa lluvia que caía de costado. El viento soplaba con fuerza y mecía con bravura las ramas de los árboles, cuyas hojas emitían un ruido casi ensordecedor al chocar entre sí. El informático, absorto en sus pensamientos, deambuló lentamente por el camino de tierra, en el que empezaban a formarse charcos de agua, dejándose empapar por las puntiagudas lanzas acuosas que descendían en barrena.

¿Era posible que el Grial hubiera estado oculto allí durante tanto tiempo? ¿Sin que nadie supiera de su refugio y con tan poca seguridad? Sonrió ante la respuesta que se le ocurrió. Casi con total seguridad, debía haber muchas personas que conocieran el paradero de la piedra griálica, como el mismo párroco que le había dicho que lo dejara todo tal como estaba. Sin duda, las palabras del cura escondían un doble sentido. Mantenerla allí, casi a la vista de todos, era la mejor protección. Nadie había sospechado de aquella pequeña ermita en muchos años. Los Templarios habían conseguido su cometido tan sólo desviando la atención. ¿Quién iba a buscar el Grial en Novés, cuando Toledo estaba cargado de simbolismos templarios? ¿Quién se podía fijar en un pequeño altar,

cuando la mayoría buscaba un cáliz? ¿Y qué se suponía que debía hacer él entonces?

Con la satisfacción rezumando por todos los poros de su rostro, echó a andar por el camino, que no tardaría en estar enfangado, en dirección al pueblo. Tenía muy claro cual debía ser su postura. Él no era nadie para desvelar el misterio. Quizás aquella piedra fuera la única prueba de la existencia de un Dios. De nuevo en una encrucijada moral, eligió la opción que mantendría las creencias de la gente intactas, al igual que hizo Jacques de Molay en su día. Sólo unas horas antes, había decidido que no podía aniquilar la esperanza de los creyentes, y en aquel instante supo que no era quien para decirle a la gente en qué debía creer, si ni él mismo lo sabía a ciencia cierta. El secreto de los Templarios, y las brujas, estaría a salvo si él callaba, y era lo que tenía pensado hacer.

Caminó sin prisas, admirando el cielo encapotado que descargaba de agua sus nubes, mientras la tarde daba paso al anochecer y la oscuridad se cernía sobre los campos. Estaba contento. Había desentrañado el misterio, aunque quedaban muchos cabos por atar, y podía volver tranquilo a Barcelona. Sean Wells lo agradecería. Un rayo cruzó la bóveda cubierta e iluminó el entorno.

Unos cuantos metros delante de él, vio a una figura que se acercaba. Una amplia chaqueta oscura cubría gran parte de su cuerpo y una capucha su cabeza y su rostro. Se aproximaba con celeridad, dando briosas zancadas, y se cruzaría con él en pocos segundos. Pero, prácticamente al llegar a su altura, se detuvo en seco y sacó las dos manos de los bolsillos del abrigo. Arquímedes vio que sostenía un objeto en su mano derecha. Un objeto que aquella persona alzó, apuntando

a su pecho, y que no dudó en usar.

No pudo reaccionar, tras el fogonazo y la detonación, y cayó al suelo con un agudo dolor en el vientre.

–Esto es por Unai –le pareció escuchar mientras se tumbaba boca arriba y la sangre manaba de su abdomen, manchando sus manos que trataban de taponar la herida.

Intentó hablar, preguntar el porqué a su agresor, pero un fuerte pinchazo le dejó sin aire y se retorció en la tierra.

–Será mejor que no hables. Te queda poco tiempo. Respira con tranquilidad y relájate. Yo te haré compañía hasta el final –dijo con voz serena Ander Labache, guardando la pistola y sentándose al lado de Arquímedes.

Miró al sorprendido hombre, que se debatía entre la vida y la muerte, y se sintió satisfecho. Estaba vengando el asesinato de su hermano. Sabía de buen grado que aquella herida era mortal. No para fallecer en el acto, pero se desangraría lentamente. Mejor aún. Sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo, con problemas por la lluvia.

–Pensarás que no es justo, pero tampoco lo fue para mi hermano. Era una persona noble, sin ninguna maldad. No merecía morir.

Ander habló para sí mismo, pues Arquímedes tuvo un amago de desmayo y la voz le llegaba extrañamente lejana y distorsionada. El informático empezó a notar un frío intenso y su cuerpo empezó a convulsionar levemente. En ese preciso instante, su recurrente pesadilla del incendio le llegó algo difusa por los estertores de la muerte. Fuego, humo y una silueta borrosa se superpusieron a la difuminada figura de su agresor. De entre todos los sentimientos que pudieron acompañarle entre sus últimos hálitos, fue el enfado el

que colmó sus pensamientos, al entender que se marcharía sin esclarecer el misterio oculto en su infancia.

Ander supo que aquel tipo se encontraba en los albores de su viaje al más allá. Se quitó la chaqueta y la colocó sobre el moribundo. Tomó su mano, la apretó con fuerza y esperó a que aquel hombre cruzara el umbral de la vida a la muerte. Observó su pecho, que ascendía cada vez con más dificultad, hasta que exhaló su último aliento y se quedó inmóvil. Cerró sus ojos con delicadeza, sacó el arma del bolsillo de la chaqueta y cubrió el rostro de Arquímedes. Se incorporó e inició con parsimonia el camino de vuelta a la civilización.

Cuando se quiso dar cuenta, sus mejillas estaban empapadas, pero no por la lluvia. Lloraba. Sin consuelo. Un consuelo que pensó que le traería la venganza, pero no fue así. Se sentía más vacío que nunca. Había mancillado el recuerdo de su hermano al matar por él. Con el rostro cubierto de lágrimas de rabia, una rabia que la venganza no había podido calmar, parafraseó a su hermano:

–La violencia no lleva a ningún lado.

Lloró, sin consuelo, pues había aprendido la lección demasiado tarde.

EPÍLOGO

Abrió los ojos lentamente pero una intensa luz blanca le obligó a cerrarlos. Volvió a intentarlo, parpadeando con frecuencia para acostumbrar su visión al resplandor que parecía envolverle, mientras sus pupilas se contraían en el centro de sus clarísimos iris verdes. Cuando lo consiguió, descubrió un panel cuadrado, incrustado en una porosa placa de pladur, que contenía cuatro tubos fluorescentes.

Estaba tumbado, con la espalda ligeramente inclinada y una mullida almohada bajo su cabeza. A su derecha, una ventana de aluminio dejaba entrar la claridad de un día soleado. Todo lo que pudo ver fue un límpido cielo de un azul un tanto apagado. Miró a su izquierda, donde descubrió una cortina blanca a medio correr que ocultaba parte de una cama aparentemente vacía. La sábana, que empezaba a perder su blanco original, estaba adornada por un ribete de color azul turquesa, que finalizaba en una cruz a los pies de la cama. Un poco más allá, una puerta entornada permitía la entrada a un ligero murmullo, mezcla de charlas informales y el peregrinaje de algún tipo de vehículo con ruedas. Un televisor descansaba en un soporte fijado a unos dos metros de altura, en la frontera entre las dos camas. Completaban el mobiliario, de lo que con toda seguridad era un hospital, cuatro sillas de hierro con asiento de cuero negro.

Una enfermera entró en la estancia, precedida por el

chirrido de las bisagras de la puerta, y avanzó con un grácil caminar hasta situarse frente a él.

–Buenos días, señor Boix. ¿Cómo se encuentra?

–Bien... O eso creo. ¿Dónde estoy? –preguntó un pálido y desorientado Arquímedes.

–En el hospital Virgen de la Salud –contestó la sonriente enfermera, que lucía un impoluto uniforme blanco–. Ya se encuentra fuera de peligro. Ahora trate de descansar.

La mujer, que no parecía superar la treintena, era esbelta y exhibía un oscuro cabello rizado y corto, que dejaba al descubierto gran parte de su nuca. Revisó el gotero, comprobó las constantes en la máquina a la que estaba conectado el paciente y anotó los resultados en el historial, para luego marcharse con el mismo sigilo con el que entró.

El informático trató de recordar el suceso que le había llevado a yacer en la cama de un hospital. Pero no pudo evocar muchos detalles. Una pistola apuntando a su pecho, un rostro parcialmente oculto por una gorra, un fuerte estruendo y oscuridad.

–Si lo llego a saber, te hubiera disparado yo. Créeme, no me faltaron ganas –dijo a modo de saludo el hombre alto que acababa de entrar–. ¿Qué hiciste para cabrear tanto al que te disparó?

Arquímedes tardó unos segundos en reconocer a quien le hablaba: el inspector Aguiar. Trató de pensar una respuesta ingeniosa pero desistió al no encontrar ninguna que le diera satisfacción. Definitivamente, sus neuronas aún no habían despertado.

–¿Qué me ha pasado?

–Te dispararon. Has tenido mucha suerte. Te encontraron en Novés, tirado en un camino a más de cuatro kilómetros del pueblo, con un balazo en el pecho. Llevas cuatro días aquí, inconsciente. ¿Recuerdas algo? ¿Quién te disparó?

–No recuerdo casi nada. Estaba oscuro y no pude verle la cara. No creo que nos conociéramos. No dijo ni una palabra. Se plantó ante mí y disparó, sin más.

–¿Qué hacías allí solo? –preguntó Felipe mientras acercaba una silla a la camilla y se sentaba en ella.

–Turismo –mintió Arquímedes sin saber por qué.

–No te creo, pero no pienso insistir. Gracias a ti me he ganado unas semanas de vacaciones no pagadas. Por fortuna, la muerte del asesino ha rebajado mi forzado descanso.

–Lo siento. No era mi intención. Pero tienes que admitir que disfrutaste de la aventura.

El policía soltó una carcajada y se incorporó. Se acercó a la ventana y echó una ojeada al exterior. Con la mirada perdida en un barrio residencial a los pies del hospital, trató de poner en orden sus pensamientos.

–¿Qué opinas de lo que descubrimos en el Pozo de El Salvador? Ya sé que no eres muy creyente pero, ¿dirías que no existe Dios?

–Cómo bien dices, no soy la persona más indicada para hablar de este tema, Felipe. Pero no deberías dejar que influyera en ti mi opinión, ni la de ningún otro, a este respecto. En aquella cueva sólo encontramos un falso Grial. Una mentira que fabricó la Iglesia para mantener a sus fieles pero, aunque sus motivos no fueran nobles, consiguieron que éstos conservaran sus esperanzas. Y

con eso deberías quedarte. Con la esperanza. Hoy no estás ni más lejos ni más cerca de tu Dios que ayer, y ningún objeto que encuentres afirmará o negará su existencia.

–Quizá tengas razón. ¿Sabes? El médico dijo que era un milagro que siguieras con vida. Quizás tendrías que empezar a creer tú también en algo.

El inspector se dio la vuelta y miró al informático con un esbozo de sonrisa en sus labios. Arquímedes dudó si debía hablarle de su hallazgo en Nuestra Señora de la Monjía, pero ni él mismo sabía qué podía significar. Felipe Aguiar emprendió su marcha con el ánimo alicaído.

–¿Dónde está mi ropa?

–Allí –contestó el policía señalando a la vez con un gesto de su cabeza en dirección a una mesilla alta con ruedas–. Deberías tirar esa gabardina. He visto vagabundos más elegantes que tú. Volveré mañana. Tengo toda la semana para agradecerte –hizo una leve pausa para entrecomillar con sus dedos en el aire esta última palabra– mis vacaciones.

Arquímedes acompañó con la mirada a Felipe hasta la salida. Después, se incorporó con mucho esfuerzo y recogió su gabardina, que descansaba doblada sobre la mesilla. Introdujo la mano en el bolsillo derecho y extrajo una piedra negra octogonal, suave al tacto y de un intenso brillo. Recordó su vacilación ante el altar de la ermita en Novés y cómo, antes de marcharse, la deslizó en el interior del bolsillo.

Alzó la vista hacia la ventana y miró al cielo, que parecía haber ganado en intensidad, tornándose de un color añil. ¿Existía Dios? ¿Existía el Grial? ¿Cómo se creó la Tierra? ¿Cómo podemos estar seguros de lo que

percibimos a través de nuestros sentidos? Demasiadas preguntas se agolparon en su cabeza pero una sobresalía de entre todas: ¿era posible que estuviera vivo gracias a aquella piedra? Sonrió mientras seguía acariciando aquellas extrañas inscripciones con sus dedos. Se dijo que no importaba, que la única certeza era la bella incertidumbre de todo cuanto le rodeaba.

AGRADECIMIENTOS

Un libro no es creado sólo por el autor, participan muchas más personas en la elaboración, ya sea directa o indirectamente. Y este manuscrito no es una excepción.

Por esta razón quisiera expresar mi más sincero agradecimiento...

A Arantxa, mi lectora más fiel, por leer todas y cada una de mis palabras en miles de ocasiones y no morir en el intento. Tu cariño y tus ánimos siempre me han ayudado.

A Paula, lectora empedernida de mis borradores, por tus consejos y por no dejarme caer en la oscuridad y en la desesperanza, por mucho que me haya empeñado en ello.

A Montse, un faro en la niebla, por su grata compañía que iluminó mis días más grises y su inestimable ayuda con la portada de la novela.

A Gerardo, eterno profesor, por sus correcciones, ánimos y sabias palabras que no debería tomar tan a la ligera. Llegará el día en que no tendrás que utilizar tanto tu lápiz sobre mis escritos. O eso espero...

A todas aquellas personas que me han apoyado, animado e inspirado, de una u otra manera, para que este proyecto llegara a buen puerto.

Y a todos vosotros, lectores, que con vuestras opiniones hacéis que este humilde “juntapalabras” crezca día a día.

A todos, gracias, de corazón.